

EL PAPEL DE CERCEDILLA

N.º5 • TEMPORADA II • ENERO 2022

Cercedilla inédita **Emilio Herrera** • Habla... **Pinino** • Plantas de aquí **Dedalera**
Montañas • Recuerdos • Urbanismo • Relatos • Poesía • Arte



Salud de altura
100 años del Hospital de la Fuenfría



EL PAPEL DE CERCEDILLA

Revista de la Fundación Cultural de Cercedilla



Patronato y consejo editorial

Francisco Cifuentes Ochoa
Jorge Jimeno
Teresa Martín Molina
Francisco Tomás Montalvo Palazuelos
Virginia Rodríguez Cerdá
Rafael Sánchez-Mateos Paniagua

Edición

Virginia Rodríguez Cerdá

Imagen, diseño y composición

Daniel García Pelillo

Corrección y asistencia a la edición

Francisco Cifuentes Ochoa
Teresa Martín Molina
Elena Molina García

Impresión

Imprenta Rosa

© DE LOS TEXTOS Y LAS IMÁGENES: SUS AUTORES, 2022
© DE LA EDICIÓN: Fundación Cultural de Cercedilla, 2022
Calle de los Registros, 56, 28470, Cercedilla

ISSN 2605-3365
DEP. LEGAL M-28551-2018

Con la colaboración del Ayuntamiento de Cercedilla



Ilustraciones de cubierta de Daniel G. Pelillo;
a la izquierda Digitalis purpurea (fotografía de Daniel G. Pelillo)

EDITORIAL

Amigo lector,

Para ti, esta nueva entrega de *El Papel*. Nos gustaría poder decir que ha vuelto la normalidad, pero seguramente aún queda un trecho, y en realidad tampoco sabemos muy bien ya en qué consistirá eso de la normalidad. Otro suceso excepcional, otro más: a punto hemos estado de no poder salir en papel por el desabastecimiento en las imprentas... Sea como sea, seguimos adelante. Los colores de las portadas van completando el arcoíris y el número de colaboraciones sigue creciendo. Se incorporan más y más voces locales y forasteras, y nos llena de alegría cuando por el pueblo nos preguntan con impaciencia por el siguiente número. Estamos orgullosos y agradecidos de esta respuesta comunitaria porque nos reafirma en nuestro propósito de convertir esta revista en una herramienta transversal de integración y convivencia.

Esa función ha cumplido a lo largo de cien años, junto a la suya principal, el sanatorio de la Fuenfría, cuya historia contamos en este número a la vez que ponemos en marcha una iniciativa para recoger las historias de la gente que ha trabajado allí o ha vivido en el Poblado. También nos preguntamos quién fue ese Emilio Herrera que veraneaba aquí en los felices años veinte y que siguió haciéndolo hasta justo antes de la Guerra. Y cuando nuestro historiador de cabecera nos lo cuenta, no podemos dejar de preguntarnos cómo puede ser que ese hombre no tenga una calle en Cercedilla... Recorremos la cacería de Gobienzo y casi nos parece escuchar el rumor del agua antigua entre las piedras, aunque luego nos vamos a pie desde la estación al centro y a punto estamos de perder la vida arrollados por un autobús; hablamos del arte popular, de lo difícil que es meterlo en las vitrinas de un museo; esquivamos veinticuatro horas seguidas con Aurelio Morales Montalvo, en su memoria; nos asombramos con el poder letal de la dedalera, leemos poesía y cuentos, nos quedamos observando fotografías alucinantes y tenemos un recuerdo emocionado para Almudena Grandes.

Lectora amiga, ojalá disfrutes la lectura y tu mirada se colme. Critica también todo lo que sea necesario, discute, disiente. Pero, por favor, llena de vida estas páginas. Y cuando lo consideres conveniente, animate a sumarte al bando de los que cuentan historias con palabras o con imágenes. En cualquiera de las dos orillas te aguardamos.



EN LA WEB



Contenidos disponibles en la página web:
elpapeldecercedilla.com

Colaboran en este número

Textos

Paco Cifuentes
Ana Pérez Cañamares
Amai Varela
Julián Delgado Aymat
Rafael SM Paniagua
Elena Molina
Ricardo Gómez
Iñaki López Martín
Jorge Riechmann
Manuel Peinado
Pedro Sáez
Lola Sanchís
Marcos Montes García
María Cifuentes Ochoa
Mig Oakley
Martin J. Walker
Francisco Tomás Montalvo
Jorge Jimeno
Cecilia Ledesma
Rosana Acquaroni

Imágenes

Juan Triguero
Daniel García Pelillo
Ana Pérez Cañamares
Ricardo Gómez
Amai Varela
Archivo de la Comunidad de Madrid
Revista Peñalara
Aurelio Morales Montalvo
Rafael SM Paniagua
Ana de la Hoz
Martín Santos Yubero
Biblioteca Nacional de Francia
Emilio Herrera
Atrevida Producciones
Biblioteca Nacional Austria
Servicio Histórico y Cultural del Ejército del Aire
Fondo Herrera Petere (CEFIHGU)
JM Neely
Jacob Sturm
Luis Monje
Carl Fredric
Vincent Van Gogh
Antonio Málaga
Augustin Hirschvogel
Pedro Sáez
Lola Sanchís
Marcos Montes García
María Cifuentes Ochoa
Mig Oakley
Martin J. Walker
Archivo familia Gómez Serrano
Daniel Medina

• Recursos de wikipedia, freepik, freepng, pnggg y macrovector

Esta publicación es un medio abierto a colaboraciones de diversa procedencia: las opiniones expresadas en los artículos corresponden a sus autores y no tienen por qué coincidir necesariamente con las del consejo editorial ni con posiciones defendidas por la Fundación Cultural de Cercedilla



6. DIARIOS DE BRUMA INVIERNO

por Ana Pérez Cañamares



10. SALUD DE ALTURA 100 AÑOS

por Amai Varela



28. HABLA... ANTONIO FERNÁNDEZ PININO

por Elena Molina

34. CERCEDILLA INÉDITA EMILIO HERRERA PERO... ¿QUIÉN ERA ESE?

por Iñaki López Martín



48. PLANTAS DE AQUÍ DEDALERA, EL REMEDIO MORTAL QUE HABITA ENTRE LAS ROCAS

por Manuel Peinado



68. AQUÍ LEJOS TWO LIVES IN THIS VILLAGE

por Mig Oakley
& Martin J. Walker

4. DESDE LA COCINA **RAFA Y LAS TRUCHAS**
por Paco Cifuentes

9. HASTA PRONTO, AMIGA
por tertulianos de Peña Pintada

18. IN MEMORIAM **AURELIO MORALES MONTALVO**
por Julián Delgado Aymat

22. NATURANS/NATURATA **BREVE VIAJE AL PAÍS DEL PUEBLO**
por Rafael SM Paniagua

32. DISTOPÍAS **DIARIO DE UN NEORRURAL III**
por Ricardo Gómez

46. POESÍA **DOS ABEJAS**
por Jorge Riechmann y JM Neely

55. RADIO CERCEDILLA **DÍAS DE RADIO (CERCEDILLA)**
por Paco Cifuentes

56. MONTAÑAS CONTADAS **AUSENCIAS EN EL PAISAJE**
por Pedro Sáez

60. DE ESTAS AGUAS **LA CACERA DE GOBIENZO**
por Lola Sanchís

62. EL PUEBLO A PIE **DE LA ESTACIÓN AL CENTRO**
por Marcos Montes García
y María Cifuentes Ochoa

73. LOS TIEMPOS QUE CORREN **CERCEDILLA, PASADO Y FUTURO**
por Tomás Montalvo

74. QUÉ CUENTO TIENES, JIMENO **EL MONSTRUO DE LAS GALLETAS**
por Jorge Jimeno

77. EL MONTALVO **LÁGRIMAS ROJAS**
por Cecilia Ledesma

78. EL PAPEL DE CERCEDILLA **NÚMEROS ANTERIORES**

80. POESÍA **VI LA CIERVA QUE EL BOSQUE**
por Rosana Acquaroni

RAFA Y LAS TRUCHAS

Paco Cifuentes

Yo creo que nuestras vidas, más que ríos que van a dar a la mar, que es el morir, son como truchas que andan de acá para allá sin saber si van o vienen, remontando cuando hace falta y dejándose llevar, o caer, si así se tercia.

Por eso ahora voy a subir un poco a contracorriente por este río de la memoria, a ver si pesco algo que llevaros al oído, una historia con pintas rojas, como las buenas truchas, las que no se habían escapado del criadero de los Frutales, las que cogíamos por las duchas de los Alemanes.

Rafa y yo salíamos a truchas en verano, a la hora de la siesta, cuando ya habíamos acabado de recoger y colocar en la frutería y las tías nos dejaban unas horas libres hasta que volvía a animarse el cotarro, que era cuando las señoras salían de misa y se acordaban de que les faltaban patatas para el caldo o para la ensaladilla rusa. Cogíamos la Puch Minicross y nos bajábamos a la estación, a su casa, donde dejábamos la moto después de dar una vuelta por el patio de los Chasquea acelerando a tope para joder al señor San-

tiago, que tenía muy mala leche y nos llamaba ruidópatas y aguasiestas. Luego andábamos hasta más allá de la cuadra de los Romero y nos metíamos al río. Evitábamos la zona del Molino porque por ahí se producían las «descargas» de las cuadras y aunque las truchas fueran gordas como gorrinas todavía creíamos que de lo que se come se cría.

Yo soy un par de años mayor que Rafa, pero de pequeño era muy enano, muy canijo, y abultábamos más o menos lo mismo. Nos complementábamos a la perfección porque a él se le daban bien todas las cosas que a mí me costaban, y viceversa. Y sentíamos admiración mutua, que es un sentimiento que ahora se valora muy poco y que ayuda a resolver todo tipo de conflictos entre las parejas. Por ejemplo, Rafa suspendía a tutiplén y yo sacaba muy buenas notas. Yo respe-

taba a mis padres y Rafa desafiaba continuamente al tío Esteban y, sobre todo, a la tía Mari. Rafa era capaz de construir un kart a partir del motor de una lavadora o de desmontar la caja de cambios de la Vespa del tío Lorenzo y yo no sabía para qué lado había que darle vueltas al destornillador para apretar. A los dos nos gustaba pelearnos, pero nuestros adversarios preferían siempre enfrentarse conmigo que con Rafa, no fuera a activársele el chip asesino, que ya entonces era famoso. Yo podía explicar la expansión del universo y la formación de las estrellas y los planetas, pero Rafa fumaba tagarninas, sabía cómo capar grillos (me ofrezco en este instante a transmitir este tan genuino conocimiento, que con esfuerzo yo logré adquirir de él) o dónde guinchar (él decía «jinchar») al Genaro para que nuestros rodeos fueran verosímiles del todo.

Además, tenía olfato para saber en qué tipo de piedras prefieren morar las truchas. Según íbamos remontando el río metía la mano donde le señalaba su instinto y yo me colocaba de tal manera que pudiera ver hacia dónde huía el bicho si era el caso. A veces hacía presa al primer intento: sujetaba la trucha con una mano aplastándola suavemente contra la piedra y con la otra le cerraba la salida, y poco a poco iba modificando la posición hasta tenerla completamente inmovilizada. Les hablaba como a las vacas cuando les echaba pienso en el pesebre: «Tranquila, bonita. Quieta, quieta, que ya acabo». Y si fallaba al primer intento, ahí estaba yo para desvelar el siguiente escondite. Alguna vez me señalaba una piedra y me decía: «Ahí». Pero yo solo en dos o tres ocasiones fui capaz de sacar la trucha porque soy torpe de manos, un muñones, como bien puede atestiguar Mercedes —esa chica que me hacía pasar tan buenos ratos—, y lo más normal era que al primer roce la trucha diese un coletazo y me dejara acariciando al agua.

Bardasano, que nos pagaba un duro por lagartija, pero nos las rechazó porque no tenían buen acomodo en su terrario.

Un día mi padre nos llevó de excursión a todos los primos a la Boca del Asno. Comparado con nuestro río, el Eresma era como el Amazonas, y las truchas de allí parecían cetáceos. Lo malo es que había guardas forestales. Mandamos a todas las niñas a distraerlos con ton-tunas y Rafa, casi buceando, agarró un par de ejemplares, se los metió en el bañador y salió marcando un paquete que despertó más risa que admiración o envidia.

Solo una vez le vi pescar con caña. Llevaba tiempo detrás de una trucha resabiada, de colmillo retorcido, con varios trienios de antigüedad, que se movía como pez en el agua en una de las pozas que tenían profundidad suficiente como para nadar dos o tres metros. La veíamos, pero no había manera de echarle el guante, así que

Rafa una tarde se preparó una caña artesanal con una varita de fresno, hilo de nailon y una de esas moscas mastodónticas de color verde metálico que tanto disfrutaban incordiando al Genaro, y al cabo de un ratito a la del colmillo retorcido le pudo más la gula que la prudencia y dio en la báscula casi un kilo, que para nuestro estándar era una barbaridad.

No sé si fue la escasez de lluvias o que alguna urbanización de las que salieron por entonces como setas vertía sus porquerías a nuestro río pero el caso es que empezó a oler mal, aparecieron muchas truchas muertas y un día, cuando Rafa sacó lo que había atrapado bajo una piedra resultó ser un sapo enorme y asqueroso, y se nos fueron quitando las ganas. O tal vez fue el amor, siempre tan inoportuno, que nos cambió el paso y empezamos a interesarnos por las chicas, igual de caprichosas pero mucho más escurridizas que las truchas y bastante más exigentes.

Si la operación se coronaba con éxito bailábamos una especie de danza ritual —tregua, catala, espera— y nos abrazábamos como cuando les metíamos un gol a los Quiques. Y luego seguíamos río arriba hasta la presa del Banelto, donde más de una vez el guarda, que mantenía su propio criadero, nos ayudaba en la batida. Con el tiempo fuimos perfeccionando la técnica y nos construimos un cazatruchas con los sacos de las cebollas. Nuestra productividad aumentó espectacularmente: hasta media docena en un par de horas.

El abuelo Paco o mi padre se las comían, que a nosotros nos parecía que tenían mucha espina. Lo mismo que tampoco nos comíamos los pajaritos que caían en los cepos que les robábamos a los pajareros y que tanto le gustaban al tío Esteban. Incluso una vez se las ofrecimos, vivas, al biólogo

Y aquí seguimos, en este río de la vida que baja ya crecido, y cada vez que veo a Rafa en el taller, o por los prados, acompañando con sus perros (que no mascotas, como aclara la Ana Iris) la breve trashumancia de sus ovejas, me entenece ese trucho filósofo, tan acostumbrado a los naufragios, todavía dando vueltas y soñando con un mar que siempre está muy lejos, como si esperase que una mano viniera a sacarlo del agua para llevárselo a otra parte.

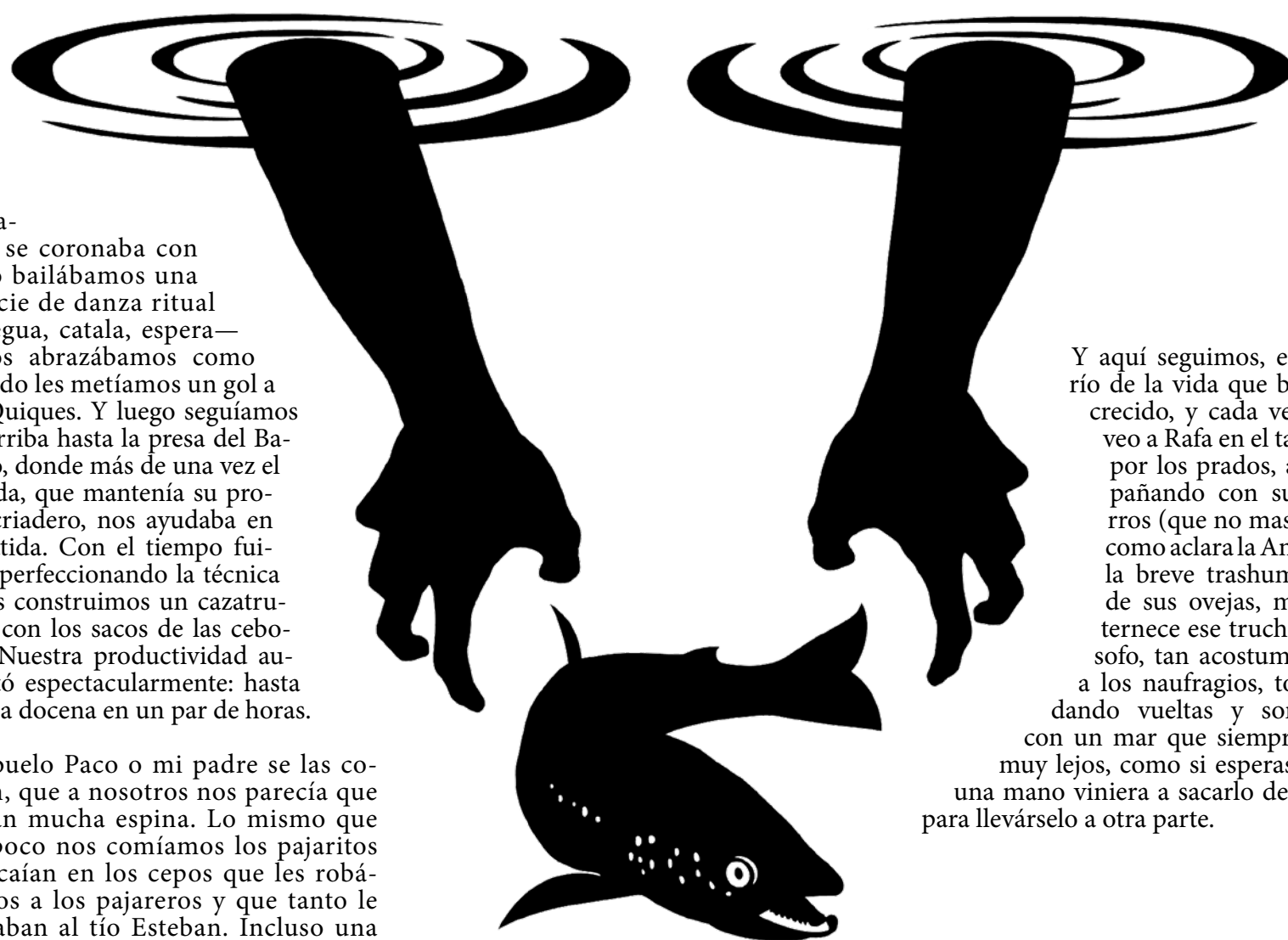


Ilustración de Juan Triguero

INVIERNO

Ana Pérez Cañamares

1 No necesito dar grandes paseos, subir montañas, vistas espectaculares. El esfuerzo me nubla el placer. Mi gusto por el campo está hecho de comederos para pájaros en el patio, árboles que cambian de aspecto bajo el efecto de la luz, un petirrojo que me espía a través de la ventana.

Quizá es una relación de urbanita; concretamente, de señora urbanita de cierta edad, que no quiere las incomodidades y el riesgo y la penalidad de subir sendas escarpadas, en las que con toda seguridad el dolor de cadera le secuestraría el disfrute del paisaje. Estoy leyendo Invierno, de Rick Bass, y comprendo su arrebató cuando se encuentra un oso grizzlie. Cómo no comprenderlo (la primera vez que vi focas en libertad me puse a llorar de emoción e incredulidad, como una pastora de Fátima

ante la visión mariana. Me produce alegría y serenidad saber que ahí fuera hay ballenas, águilas reales, leopardos y elefantes. Pero por nada violentaría su mundo, que no me necesita. No sé si es porque he estado mucho tiempo apartada de la naturaleza, o porque mi cuerpo se rebela mediante el dolor y el cansancio, o porque mi umbral de asombro es bajo: la pareja de carboneros que come las semillas de mi patio, el mirlo acuático que vi en el arroyo que marca la linde del jardín son para mí naturaleza salvaje.

Los veo mientras levanto la cabeza del libro o mientras Bruma hace pis, ajena a ellos. Los aprecio más en cuanto que son parte de lo cotidiano. Por favor, por favor, por favor, no quiero acostumbrarme a ellos. Si eso significa que no dejaré nunca de ser una urbanita o una niña, que nunca perteneceré del todo a la vida en el campo, que siempre seré una intrusa, una novata, no me importa. Lo asumo. Aunque ¿por qué doy por hecho que la costumbre anula el aprecio?

2 Hemos salido de paseo por los alrededores del pueblo y hemos visto un corzo. Él nos ha mirado y se ha perdido en la espesura. La experiencia de encontrarme con un cérvido siempre me hace pensar, inmediatamente, en Dios. Ya mucho antes de ver ese bellissimo vídeo que circula por internet de un alce paseándose por una iglesia, en mi cabeza el encuentro con ellos está asociado a lo divino, como si por sus ojos me mirara un ser de alma pura, más cercano, ahora que lo pienso, a un ángel (en mi mitología personal están más presentes los ángeles que los dioses, quizá por el sencillo motivo de que el vuelo me parece mejor atributo que la omnipotencia). Ya en casa, google me explica las diferencias entre las distintas especies que forman la familia, y también que están muy presentes en distintas religiones y creencias. Para los primeros cristianos, representaban la renovación perpetua de la vida y las estaciones; en la biblia simbolizan el áncora, la esperanza en la salvación. Para los celtas, están relacionados con la fertilidad y la vida salvaje, «siendo Señor de todos los animales y protector de estos». En la cultura maya, el venado «es la representación del dios de la caza y simboliza la relación entre la humanidad y la naturaleza, a la vez que la autoridad y la fortaleza, que son cualidades importantes

que debe tener un líder». Mi fe no es tan elaborada ni busca demasiadas explicaciones; me quedo con la sensación exacta de que su mirada me bendice, me purifica. Vuelvo a casa humildemente feliz, reconfortada por la idea de que la vida y la belleza se me aparecen y luego siguen sin mi presencia, entrando *más adentro en la espesura*. Corzos y ciervos aparte, ya no necesito tanto ser vista como ver. Es lo que soy capaz de ver lo que me da la dimensión de mí misma, cuánto de lo de fuera estoy dispuesta a permitir entrar en mí, haciéndole sitio, desalojándome momentáneamente si es necesario. La mirada se entrena a cielo abierto como los músculos en un gimnasio.



Carbonero común tras una ventana de Cercedilla
(fotografía de Daniel G. Peilto)

3.

Hay algo en lo que mi cuerpo y yo no podremos ponernos nunca de acuerdo; en este punto no somos uno, sino más bien una pareja resignada a tener una opinión discordante, que con los años se hace más enconada y deja finalmente de discutirse. Me gusta el tiempo cambiante, levantarme con niebla, a mediodía sol, que la tarde se despida con viento y lluvia. Así son muy a menudo los días en Asturias, y a veces también aquí, en la sierra madrileña. Pero mi cuerpo, ante la inestabilidad, refunfuña, se queja, se planta en una tercera edad achacosa y gruñona. Un dolor de rodillas anuncia lluvia (¡qué bien!, pienso yo, como si el dolor que siento fuera un trámite engorroso que promete buenas noticias una vez atravesado). Hoy, por ejemplo, me he despertado con un dolor de cervicales que me ha tenido mareada todo el día, una ligera borrachera dominical sin alcohol mediante. Llovía con ímpetu, casi con rabia, y el viento empujaba la lluvia desde todas direcciones. Más tarde ha dejado de llover, pero las nubes cruzaban el cielo a paso rápido, como si se hubieran contagiado del estrés de alguna ciudad al sobrevolarla. Dicen algunos que los pueblos son aburridos, que en la ciudad es donde sucede todo. En la ciudad ocurren cosas, sí, músicos que tocan en las esquinas, ambulancias que pasan rozándonos en los pasos de cebra, la inauguración de una obra de teatro. Pero aquí no dejan de producirse acontecimientos: dos urracas que se pelean por un trozo de comida, una niebla que baja de los picos en un caudal a cámara lenta, los árboles sacudidos con violencia por un viento que los desvalija de sus hojas. Esos espectáculos me sobrecogen, los miro desde el sofá al que el dolor o el mareo o el agotamiento me atan. No necesito estar más cerca del escenario; mi cuerpo es dolor pero también palco; un poco incómodo, pero con la visibilidad privilegiada de la que disfrutaría una reina durante el estreno de una ópera.

Bruma en Cercedilla
(fotografía de Ana Pérez Cañamares)

4.

Otro miedo, Bruma: la felicidad. Uno de los más aterradores. Me sorprende a veces en esta etapa de mi vida, cuando regreso a esta casa rodeada por árboles y un riachuelo que ni el verano detiene, pensando acongojada: «oh, dios mío, soy feliz». Lo pienso en tal tono de voz que pareciera que la frase debería terminar con un «qué horror, no puede ser». No creo, es imposible, que en esto nos parezcamos tú y yo. Tu alegría repentina y fugaz lo ocupa todo mientras dura. Pero cuando yo pienso que soy feliz, me veo en el futuro, recordando este tiempo, y las palabras que escucho son: «qué feliz era entonces». Cuando acababa de mudarme de Madrid, cuando veía por primera vez una oropéndola en mi jardín, cuando caía la nevada que llevaba soñando desde niña, esa que no desaparece al cabo de dos días, cuando mis muertos ya no dolían y yo y todos los que me rodeaban estábamos irremediablemente vivos y casi sanos. Incluida tú, Bruma. Porque habrá un día en que serás pasado, y trataré de recordar esa frase que el escritor C. S. Lewis pronunció a la memoria de su esposa muerta: «El sufrimiento de entonces es parte de la alegría de ahora. Ese era el trato». Y todo esto, que pienso de forma más o menos explícita, o que me viene a la mente rozándola como un aroma, hace que la felicidad tenga algo de afrenta, de reto supersticioso, un eco de la creencia de mi madre en que la alegría es siempre castigada o, al menos, equilibrada con el sufrimiento, como si vinieran siempre en un pack de 2x1. Y a mayor dicha corresponde una mayor desgracia. Lo escribo y me parece ridículo. Prefiero escribir: Vivo aquí. Vivo aquí. Vivo aquí. Aquí no es un lugar, es un instante. Mi casa es este día que me renueva el alquiler.

5.

«**M**e había retirado del mundo. Esta historia es mi regreso», dice Terry Tempest Williams al comienzo de su libro *Refugio*. Este es el ritmo que más he bailado a lo largo de mi vida: retiro, regreso, retiro, regreso, como una respiración, una marea, la sangre palpitante. Ahora, una vez más, escucho y sigo este estribillo: y es en la escritura donde el movimiento es más continuo y sutil, como el oleaje de un lago. Escribir precisa de un retiro, un paso atrás que no aleja sino que permite abarcar el detalle dentro de un paisaje; pero a la vez escribir es regreso constante, es acondicionar un lugar de encuentro, planear la cita con todo lo que se buscaba y se ha encontrado y con aquellos a los que se ha implicado en este juego. Algunos, los lectores, llegarán cuando yo ya me haya ido, pero eso no menoscaba la intención y yo limpio este refugio disponiéndolo para mí y también para los que vengan después. Cualquiera que pase por aquí está ya en potencia ahora mismo en esta palabra y en la siguiente. Los libros son madrigueras con vistas panorámicas, Bruma. Tú no conoces esa forma de expansión de la vida y en el fondo pienso que esa es la gran y definitiva diferencia entre nosotras. Curiosamente, te salva a ti y me salva a mí.





Almudena Grandes en las tertulias de Peña Pintada
(fotografías de Ricardo Gómez)

HASTA PRONTO, AMIGA...

Era una mujer hermosa: sonriente en las distancias cortas, rigurosa en su trabajo, severa en sus críticas, solidaria en sus causas, respetuosa y cercana, incansable, divertida y vital.

Nos ha acompañado en las tertulias literarias de Cercedilla siempre que la hemos llamado, a cambio de nada. Sus novelas abundantes, pobladas de personajes galdosianos, se enriquecían en nuestros encuentros con las anécdotas que ella nos contaba, secretos de cocina, confesiones y ese contraste entre la realidad y la ficción que nos permitía reconstruir la arquitectura de sus libros y darle algo de sentido a nuestra historia colectiva.

Contábamos con ella para hablar de su próxima novela, y de las que vendrían. Su muerte nos deja solos. Pero como los lectores creemos en lo sobrenatural, seguiremos leyéndola y siempre habrá en nuestras tertulias una silla, una copa de vino y un ramo de flores para invocar su voz de aguardiente y su risa exuberante. Pronto...

Con emoción, los tertulianos de Peña Pintada



100 AÑOS

Amai Varela

Cuando llegas a vivir a Cercedilla, además de integrarte en la vida social, adentrarte en sus tres valles y tantear el carácter de los bares del pueblo, tienes que ir desvelando poco a poco un misterio: ¿qué hace aquí, escondido en el bosque, un hospital tan grande?

Durante cien años, desde 1921, los muros del hospital de la Fuenfría han sido testigos de una guerra y varias pandemias, de enormes transformaciones sanitarias y sociales. Pero entonces, ¿por qué está tan apartado de la ciudad, e incluso apartado del pueblo? ¿Por qué se parece a los hoteles de la costa? ¿Qué enfermedades se tratan allí? ¿A quién se le ocurrió construirlo? ¿Cuál fue su cometido durante la guerra? ¿Cómo era la vida en el Poblado? ¿Quién trabaja allí? En caso de urgencia, ¿puedo ir a que me atiendan?

Esta historia tiene nombre de enfermedad: tuberculosis, tisis, consunción, peste blanca, mal malo, mal de amores... Quizá sorprenda saber que hoy todavía se diagnostican más de cuatro mil casos al año de tuberculosis en nuestro país, y que la enfermedad sigue siendo una de las principales causas de muerte en el mundo.

A finales del siglo XIX era la enfermedad que más muertes causaba en España, y aunque afectaba más a las clases desfavorecidas, la tisis causó también la muerte por ejemplo del rey Alfonso XII, en 1885. Probablemente este hecho determinó el interés por combatirla de su sucesor e hijo póstumo (sí, nació después del fallecimiento de su padre), Alfonso XIII. Con su esposa, la reina Victoria Eugenia, creó en 1907 el Real Patronato Central de Dispensarios e Instituciones Antituberculosas, y ambos impulsaron la construcción de dispensarios y sanatorios por todo el territorio nacional.

En aquella época no existía ningún tratamiento eficaz contra la bacteria (la Estreptomicina no se descubrió hasta 1943), y los salubristas, basándose en las observaciones de exploradores, médicos y naturalistas, concibieron diferentes hi-

pótesis acerca de qué exposiciones ambientales protegían de ella. Si se observaba que los habitantes de las islas del Pacífico no padecían la enfermedad, se defendía la construcción de sanatorios en la costa (aquí tenemos todavía el famoso sanatorio de Gorkiz). Si algún explorador decía que vivir en cuevas podía ser beneficioso, se construían sanatorios que intentaban reproducir las condiciones de humedad y temperatura de las cuevas (esta opción, evidentemente, fracasó). Pero la corriente que tuvo más éxito fue la que defendía una terapia basada en la exposición al aire puro, seco y frío de la montaña, y así nacieron los sanatorios de altura. Los médicos ya habían podido comprobar, además, los beneficios de la hipoxia —la falta de oxígeno en el organismo— en la estimulación de la producción de glóbulos rojos, lo que prevenía las anemias derivadas de la tuberculosis, así como la disminución

de las expectoraciones en condiciones de sequedad ambiental y los efectos «vigorizantes» de las bajas temperaturas.

A principios del siglo xx, los tuberculosos adinerados españoles viajaban a Suiza para tratarse en los sanatorios de montaña de los Alpes, cuyo prestigio era superior al de los de aquí. Esta estancia en el extranjero era además un signo de distinción que compensaba de algún modo el estigma de padecer la enfermedad. Ese fue el caso de Félix Egaña, oftalmólogo de Bermeo, que volvió de su ingreso en el sanatorio de Davos creyéndose curado y con el firme propósito de construir uno similar en Madrid,

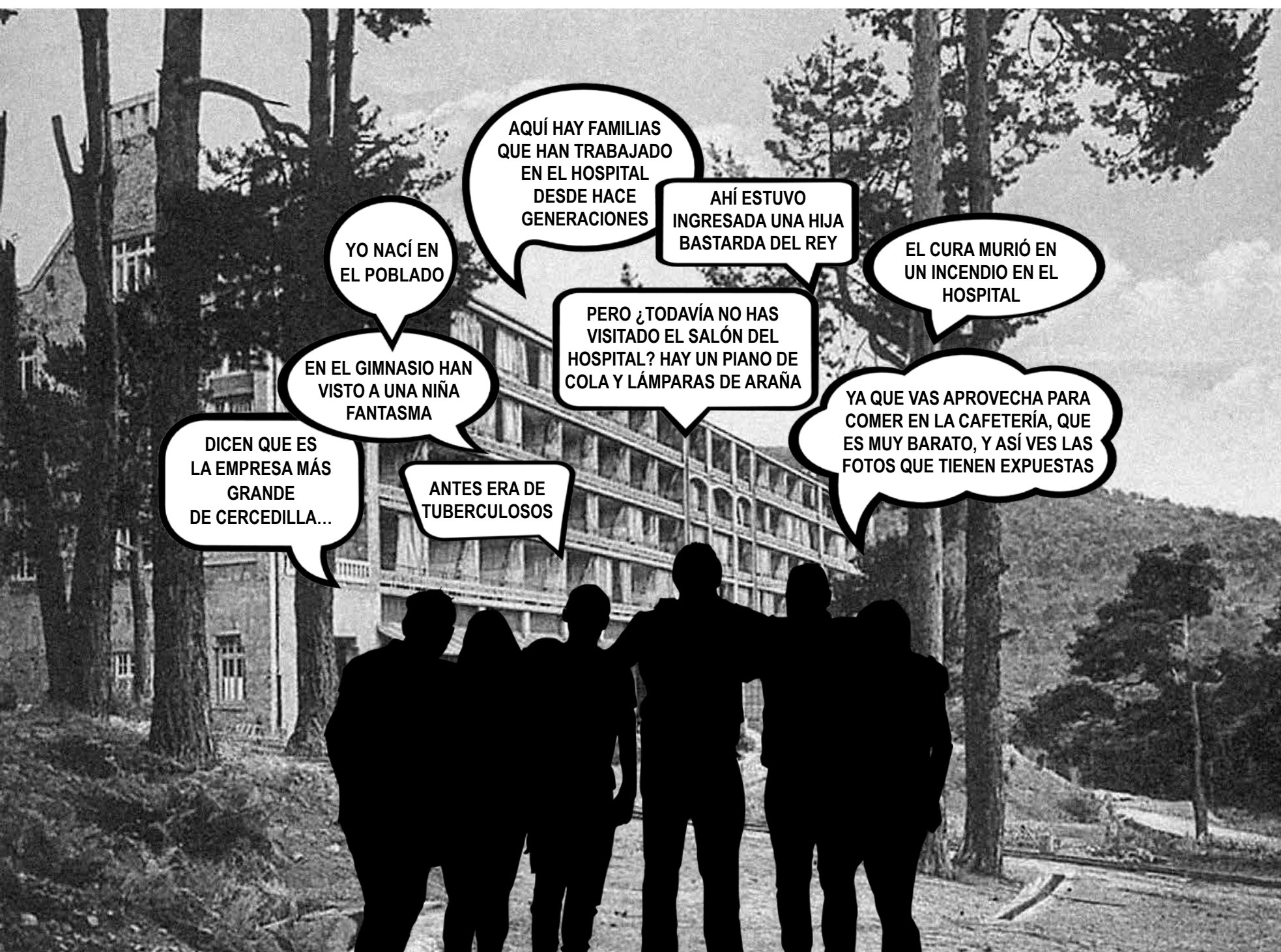
que dispensara los cuidados que a él le habían ayudado en su (efímera) recuperación: la cura de sol, el aire puro, el reposo y la buena alimentación en condiciones de altura.

Al doctor Egaña no le resultó fácil conseguir financiación para llevar a cabo su proyecto, pero al final lo logró, gracias sin duda a su tesón vizcaíno y probablemente también al éxito que había tenido en 1917 la inauguración del sanatorio de Guadarrama, en el valle de La Barranca, demolido hace unos años, y que fue el primero de sus características en España. O puede que el aumento de casos de tuberculosis provocado por la Primera

Guerra Mundial en Europa y la coexistencia de la bacteria con el virus de la gripe durante la pandemia de 1918 convenciese definitivamente a los inversores de la necesidad de construirlo.

Egaña consiguió fichar para su sanatorio al mejor arquitecto de la época, el gallego Antonio Palacios, el creador del palacio de Comunicaciones de Cibeles, del Círculo de Bellas Artes y varias estaciones del metro de Madrid o del hospital de Jornaleros de Maudes. Más difícil debió de resultarle reclutar personal suficiente para atender una enfermedad sin tratamiento y de la que se desconocía la vía de transmisión.

Fotomontaje con frases habituales relativas al hospital de la Fuenfría sobre una fotografía de la fachada sur procedente de un folleto promocional de 1930-1936 (Amai Varela / Daniel G. Pelillo, con materiales de la Comunidad de Madrid, freepik-macrovector y pnggag)



SALUD DE ALTURA

Podemos imaginar al doctor Egaña y a don Antonio Palacios en busca de un lugar que satisficiera los requisitos ambientales de la cura sanatorial (aire puro, altitud, exposición solar) y que a la vez estuviese conectado por carretera y ferrocarril con la ciudad para facilitar la logística durante su construcción y el acceso después de pacientes, familias y suministros. Y lo encontraron en el monte Pinar y Agregados de Cercedilla, a 1360 metros de altitud. Enseguida obtuvieron la concesión para ocupar esos terrenos y algo después la concesión para el aprovechamiento de las aguas del arroyo del Infierno, en las faldas de la peña del Águila. ¿Podemos decir entonces que el valle de la Fuenfría es a Madrid lo que Davos a Suiza?

La construcción de sanatorios en la sierra de Guadarrama significó un impulso económico y social para la región que todavía perdura. Fontanería, carpintería, bombas hidráulicas, instalación de la línea eléctrica y del más sofisticado sistema de calefacción de la época, una central de desinfección y esterilización, el laboratorio, los quirófanos, los ascen-

sores y todo el mobiliario fabricado con los mejores materiales para garantizar un estilo elegante a la vez que sobrio. Todo esto llegó hasta la Fuenfría.

Por fin, el 1 de diciembre de 1921, tras una década de trabajos y dificultades, el doctor Egaña pudo abrir las puertas del sanatorio. A la inauguración asistieron la familia real, miembros de la nobleza y del Gobierno, el obispo de Madrid-Alcalá (encargado de bendecir el edificio) y el consejo de administración del flamante nuevo sanatorio. La prensa madrileña se hizo eco de los elogios que los invitados dispensaron a las instalaciones. Hoy, frente a la foto de aquella gran inauguración que cuelga en el pasillo de Dirección y Gerencia, las trabajadoras del hospital nos entretenemos fantaseando: ¿quién será el predecesor de cada una? Y qué diferente sería la representación femenina (y la representación de bigotes) si se tomase hoy esa fotografía...

Durante los primeros años de actividad, la mayor parte de los pacientes eran de origen vasco. El doctor Egaña era muy popular en su tierra y atraía «clientela»

de allí. Pero poco a poco el hospital fue ganando fama y prestigio también entre las familias ricas de Madrid, que dejaron de viajar a Suiza y a Alemania para ingresar en el sanatorio de la Fuenfría, ya que aquí recibían cuidados de la misma calidad y en instalaciones igualmente lujosas. De hecho, los folletos publicitarios, que estaban traducidos al inglés y al francés, lo describían sin tapujos como «el mejor de Europa y en el clima más apropiado». En las fotografías que se exponen en el pasillo de la planta baja del hospital, pueden verse las lámparas, los apliques, la chimenea del salón e incluso el piano de cola de la famosa casa parisina Erard que hoy todavía adornan el interior.

La rutina entonces estaba sujeta a las terapias clásicas prescritas para la cura sanatorial, que consistían básicamente en largas sesiones de reposo y exposición al sol y al aire puro en las tumbonas de las terrazas de las habitaciones. Día tras día, en las largas estancias de hasta dos años de estos pacientes, el aburrimiento estaba pautado por las estrictas horas de las cuatro comidas (en el lujoso comedor

El Papel de Cercedilla celebra el centenario del hospital de la Fuenfría. En este artículo nuestra colaboradora Amaí Varela, médico especialista en el hospital, nos habla de la historia de la institución, y de bacterias y virus, que es lo suyo. Ahora queremos recoger las historias de la gente. Por favor, ponte en contacto con nosotros y cuéntanos tu historia de la Fuenfría. Entre todos, compondremos el mosaico de una gran historia social. Qué mejor homenaje.



Una trabajadora del hospital observa en la actualidad una foto de la inauguración cien años atrás (fotografía de Amai Varela)



El Hotel del señor Director en una postal de principios del siglo xx (todocolección.com)

El hospital inmerso en el valle de la Fuenfria, bajo la ladera oriental de la Peña del Águila; al fondo, collado de Marichiva y laderas de Peña Bercial (fotografía de Daniel G. Pelillo)

SALUD DE ALTURA

o en la habitación en caso de agravamiento de los síntomas), algún paseo suave por el jardín si el estado de salud del paciente lo permitía y, con suerte, las visitas de familiares o amigos.

El reglamento para preservar la tranquilidad y buena convivencia de los pacientes era estricto: se prohibía hacer ruido a la hora de la siesta y por la noche; tocar música (aunque sí se podía escuchar la radio y el gramófono); jugar a las cartas; fumar fuera de las habitaciones... «No se puede escupir —especificaba ese reglamento— más que en las escupideras destinadas al objeto [...]. Quedando terminantemente prohibido escupir en el pañuelo, lavabos, retretes y sobre el suelo, aunque ello tenga lugar a distancia del sanatorio». El personal de limpieza lo agradecería, eso seguro.

Existían diferentes tarifas según la orientación de la habitación (más caras las de la fachada sur), su tamaño o la disponibilidad de baño individual, y a lo largo de los años treinta los precios oscilaban desde poco más de diez pesetas al día hasta casi cincuenta. El precio de la pensión incluía la habitación, las comidas, la asistencia médica y «fricciones, baños y cuidados generales». Aparte, los pacientes tenían que sufragar los gastos de la desinfección de la habitación cuando eran dados de alta: veinte pesetas más. Y teniendo en cuenta la duración de las estancias y la situación económica de la población española en aquella época, es evidente que solo los más privilegiados podían permitírselo.

No sabemos si es cierto el rumor de la estancia en el sanatorio de una hija bastarda del rey Alfonso XIII y de un presidente de la Segunda República, pero sí tenemos la certeza de que entre los «afortunados» pacientes de aquella época se contaron algunos escritores y escritoras ilustres, ya que dieron testimonio de ello en sus libros. El poeta anarquista catalán Joan Salvat-Papasseit, por ejemplo, ingresó en 1921, justo después de la inauguración, y ese mismo invierno escribió *Les conspiracions*, su tercer libro, donde desarrolla su ideología independentista. Leyendo su poema «Tot l'enyor de demà» («Todo el recuerdo de mañana»), podemos imaginarlo en su tumbona del sanatorio soñando con la vida más allá de su encierro, siempre optimista en cuanto a su curación. Otro ejemplo: la venezolana de origen español Teresa de la Parra expresa en su diario de 1936 su descontento con los servicios y la atención en el sanatorio, y especialmente con



La escalera principal en una foto de un folleto promocional de 1930-1936
(Archivo de la Comunidad de Madrid)



Una trabajadora del hospital con el equipo de protección individual para atender a pacientes con covid-19
(fotografía de Amaí Varela)

la soberbia de su médico. Tanto era así que acabó solicitando el alta voluntaria para fallecer poco después de tuberculosis en un piso en Madrid, velada por su amiga la también escritora afrocubana Lydia Cabrera.

Hay muchos libros ambientados en los sanatorios para tuberculosos, que nos permiten hacernos una idea de cómo era la vida allí dentro. Camilo José Cela escribió *Pabellón de reposo* tras su ingreso en el vecino Real Sanatorio de Guadarrama, al que también dedica un poema Antonio Machado en *Flor de verbasco*. Pero la referencia literaria clásica sobre la vida y el funcionamiento de los sanatorios de altura, y por tanto la lectura más veces recomendada cuando alguien empieza a trabajar en la Fuenfría, es *La montaña mágica* (*Der Zauberberg*, 1924), de Thomas Mann. Hay que coger fuerzas y hasta días de vacaciones para animarse con esta lectura... El protagonista de la novela acude al sanatorio internacional Berghof, en Davos, para visitar a su primo, sin saber que él mismo se convertirá en paciente ni que su estancia se prolongará siete años, tiempo de sobra para conversar sobre la enfermedad, la vida, la muerte, el paso del tiempo, la política en Europa e incluso la cuadratura del círculo (no es broma). Entre reflexiones filosóficas, Thomas Mann describe perfectamente el régimen de vida de los ingresados a principios del siglo xx, las relaciones románticas que surgían durante sus estancias, los fallecimientos y suicidios, los procedimientos médicos de la época..., todo un microcosmos que podemos trasladar al edificio de la Fuenfría para imaginarnos las vidas de los enfermos aquí, condenados a un exilio cuyo final desconocían, con el estigma de padecer una enfermedad relacionada con la pobreza y la insalubridad y con un pronóstico «reservado».

Es probable que los enfermos se sintiesen esperanzados al ingresar, optimistas ante la posibilidad de curarse. Sentirían alivio al verse rodeados de personas en su misma situación y poder dejar de mentir sobre el motivo de su «viaje». Pero seguramente, con el paso de los días, el sentimiento de soledad y aislamiento iría minando su ánimo. La recurrencia del pensamiento sobre la propia muerte y la reducción de la vida diaria a las rutinas del sanatorio debían de crear una desagradable sensación de asfixia. Los afortunados que se iban de alta con las fuerzas repuestas eran despedidos por los demás pacientes, que se asomaban a las terrazas ondeando pañuelos blancos, seguramente con envidia.



Economato del hospital hacia la década de los cincuenta del siglo xx
(Archivo de la Comunidad de Madrid)

El hospital de la Fuenfría ha dado cien años de trabajo al pueblo: conductores, cocineros y pinches de cocina, limpiadoras de habitaciones, enfermeras, médicos, celadores, lavanderas, costureras, porteros, secretarías, telefonistas, camareras de la cafetería y del comedor de enfermos, técnicos sanitarios, auxiliares de enfermería, peones de oficios varios o subalternos (electricistas, fontaneros, pintores), jardineros y encargados de atizar la caldera... Son sus historias las que nos gustaría recoger ahora.

A pesar de la buena publicidad que se hacía de estos centros y del prestigio del que gozaban, para ser realistas, lo cierto es que la mayoría de los pacientes, si sobrevivían al ingreso, fallecían en los siguientes años en sus casas o en hospitales. Eso sí, la labor de los sanatorios fue fundamental para el estudio de las formas clínicas de la tuberculosis, las técnicas de diagnóstico, la investigación microbiológica, la radiología... Miles de enfermeras, auxiliares, monjas y médicos arriesgaron y perdieron sus vidas en estos centros, cuidando a sus pacientes y participando en el avance de la medicina hasta el descubrimiento de los antibióticos que cambiaron

por completo el pronóstico de la tuberculosis en todo el mundo... «desarrollado».

La Fuenfría, durante los quince años que estuvo en funcionamiento antes de la Guerra Civil, tuvo un papel protagonista en el avance de las técnicas quirúrgicas y farmacológicas en España, y sirvió además de sede para la celebración de las asambleas y conferencias de la Lucha Antituberculosa. El doctor Egaña, como recoge abundantemente la prensa de la época, participaba en múltiples foros impartiendo charlas sobre la colapso-terapia y los pneumotórax artificiales, técnicas que se ponían en práctica en el quirófano de su sanatorio.

En 1936 la Guerra Civil cambia el destino de la Fuenfría, como el de toda España. Durante las primeras semanas, la prensa publica comunicados oficiales para tranquilizar a las familias de los pacientes: «Todos los enfermos y personal del sanatorio de Fuenfría se encuentran sin novedad y la asistencia de los enfermos es completa, tanto en el aspecto médico como en el que se refiere a la provisión de víveres». Sin embargo, por su situación tan cerca del frente —el Batallón Alpino construyó trincheras y búnkeres por toda la zona, algunos de ellos todavía hoy visibles—, en el mismo año 1936 el sanatorio tuvo que ser desalojado y cerrado.

La mayoría de los sanatorios de altura españoles no han llegado activos hasta nuestros días, y lo mismo podría haberle pasado al de la Fuenfría si en 1950 no lo hubiera comprado y restaurado el Ministerio de Trabajo para reconvertirlo en un centro para el tratamiento médico quirúrgico de los afiliados a las mutualidades laborales con enfermedades respiratorias recuperables, pero no consideradas profesionales. Se trataban por lo tanto cuadros de tuberculosis leves (ya entonces sí existían tratamientos farmacológicos para la enfermedad), abscesos pulmonares, bronquiectasias, fístulas, tumores pulmonares... Pero quedaban excluidos los enfermos de silicosis, que se consideraba una enfermedad profesional. Así que el sanatorio reabre sus puertas en 1951, cuadruplicando su capacidad de camas y con un cambio radical en cuanto al tipo de pacientes que ahora se tratan, sobre todo por lo que se refiere a la clase social.

En los años sucesivos se construye la capilla - salón de actos, que actualmente es el gimnasio de rehabilitación funcional. También se levanta la nueva entrada al recinto, con la escultura en lo alto de una cabra montesa, la misma cabra que adorna el escudo del hospital, que posteriormente se trasladó a la actual fuente del jardín. También en los años cincuenta se proyecta el Poblado de la Fuenfría en el prado de Robregordo, frente al hospital, para alojar al personal de la institución. Desde su cons-

trucción, los trabajadores del hospital podían presentar sus instancias para que les fuera adjudicada una vivienda. Según distintos criterios como el número de miembros de la familia o de años trabajados, ocupaban los pisos de la colonia, que ahora está, tristemente, en situación de completo abandono. Algunos de los actuales trabajadores del centro y muchos otros vecinos de

pacientes que necesitan rehabilitación funcional por procesos traumatológicos o deterioros funcionales (como los ingresos en UCI por covid-19), y también tratamiento neurorrehabilitador por ictus o enfermedades neurológicas y pacientes en cuidados paliativos. Además, la Fuenfría hace honor a su legado y atiende a pacientes tuberculosos, de hecho cuenta con una unidad especializada que está dotada con los mayores adelantos tecnológicos en precaución de la transmisión de enfermedades respiratorias.

Es probable que alguno de los lectores haya subido hasta aquí para hacerse una radiografía prescrita en el centro de salud de Cercedilla. Aunque el hospital no presta servicio de urgencias (para eso debemos ir a Villalba, a El Escorial o al Puerta de Hierro), sí colabora con atención primaria para dar acceso a los vecinos a estas pruebas de imagen.

A lo largo de sus cien años de historia, la Fuenfría ha demostrado una enorme capacidad de adaptación y transformación. Ha sido una institución primero privada y luego pública; ha atendido a las clases más privilegiadas y a las más pobres, a jóvenes tuberculosos y a mayores con enfermedades crónicas. Y en estos tiempos que corren, con la llegada de la pandemia de covid-19, ha vuelto a transformarse por completo, igual que gran parte del sistema sanitario. Aquí, de alguna forma, revivimos circunstancias propias de los orígenes del sanatorio. La historia es cíclica. Los profesionales y todos los trabajadores del centro arriesgamos nuestra salud y nos enfrentamos a una enfermedad de la que desconocíamos sus formas clínicas, su modo de transmisión y el tratamiento, igual que había sucedido en los años veinte con la tuberculosis.

Han pasado cien años, pero el hospital de la Fuenfría todavía conserva rasgos juveniles de aquella filosofía higienista y ambientalista de sus orígenes. Es eso lo que lo hace único, tan valioso para la sanidad pública y para la gente de este pueblo.



Una galería con vistas al sur en una foto de un folleto promocional de 1930-1936 (Archivo de la Comunidad de Madrid)

Cercedilla vivieron o incluso nacieron y crecieron en esas casas. Ojalá nos cuenten sus recuerdos a lo largo de este año de homenaje, para que entre todos podamos asegurar la pervivencia de este pedazo de la memoria colectiva de Cercedilla.

En 1985, el centro pasó a formar parte de la red de hospitales públicos. Al principio siguió dedicándose a las enfermedades respiratorias, pero a partir de los años noventa empezó a atender también a pacientes con otras patologías crónicas. En el año 2000 pasó a tener sus funciones actuales como hospital de apoyo u hospital de media estancia.

En Cercedilla casi todo el mundo sabe que no es un hospital «normal», pero exactamente ¿a qué tipo de pacientes atendemos aquí? A la Fuenfría llegan principalmente pacientes procedentes de hospitales de agudos necesitados de cuidados que no pueden proporcionarse en sus entornos residenciales habituales. Patologías crónicas incapacitantes que requieren continuidad de cuidados médicos y de enfermería,



En el interior del hospital, hoy, un paciente en rehabilitación de la marcha
(fotografía de Amai Varela)

AURELIO MORALES MONTALVO: UNA VIDA EN 24 HORAS

Julián Delgado Aymat

Son las dos de la tarde de un sábado y las gentes de Cercedilla están en la hora del aperitivo. A muchos kilómetros de distancia, en Pinzolo, un pueblecito de los Dolomitas italianos, Aurelio está a punto de comenzar una aventura extraordinaria.

No se le ha ocurrido mejor idea que apuntarse a una carrera de esquí de fondo, que dura ¡veinticuatro horas seguidas! Y aunque las opiniones estarán divididas entre el «Ay mae, galán, ¡qué bárbaro!» y el «¡Menu-da tontuna!», a cualquier parrao que le conozca bien no le resultará nada sorprendente esta chifladura porque su trayectoria vital y la tradición le han llevado irremediablemente hasta aquí, siguiendo los pasos de otros memorables fondistas como Julián Velasco, Mario Morales o el mismo Félix Matesanz, que esta vez, gastronomía aparte, le sirve de apoyo técnico y anímico. ¡Habrà que superar momentos difíciles porque veinticuatro horas son... toda una vida!

La carrera ha comenzado. Es el último día de enero del 87 y han pasado pocos días desde San Sebastián. Cuando suena el gong, la gente sale disparada, parece que

están locos y van casi esprintando, ¡pero si la carrera no ha hecho más que empezar! Hay un gran ambiente y muchos tienen la obsesión de batir el récord del mundo, que es de 401 kilómetros.

Aurelio no sabe que, hasta siete veces, repetirá después el viaje a estas montañas rosadas que le han enamorado; tampoco sospecha que recorrerá otros circuitos en tierras más cálidas, del Levante español, como exhibidor de cine, y que estará sometido a la velocidad de los tiempos y tendrá que adaptarse a la evolución tecnológica, que le obligará a abandonar las bobinas de celuloide cuando llegue lo digital.

A las siete de la tarde, tras cinco horas a un ritmo infernal, superior a los veintidós kilómetros por hora para los que van en cabeza, nuestro Aurelio alcanza los sesenta kilómetros recorridos, que es

la distancia entre el negocio familiar en Madrid y el Montalvo, en Cercedilla, y el cuerpo le pide abrir el cine para la sesión de tarde. Él va más despacio, porque hay que ser paciente, ya se lo decía su tío Alfredo cuando le hacía repasar parsimoniosa y ordenadamente las operaciones en la cabina de proyección. Gracias a sus enseñanzas, a los catorce años Aurelio ya había aprendido el oficio y sabía cuidar la bombilla de arco voltaico, con sus varillas de carbón.

Dos horas más tarde es ya totalmente de noche y empieza a entrarle el sueño. Su hijo Hary, que nacerá cinco años más tarde, recuerda que la última vez que fueron al cine juntos en Alicante, ¡pagando!, para ver *Gravity*, su padre se quedó dormido porque, aunque es un experimentado empresario del cine, que proyecta en dieciocho salas de cuatro provincias..., «a partir de las nueve no se acaba una, ¡se duerme en todas!».



IN MEMORIAM

Por eso Aurelio decide detenerse al borde de la pista para devorar unos macarrones y algo de fruta y tomarse una bebida energética, todo en menos de diez minutos, antes de continuar corriendo; ha dado ya veintidós vueltas a este circuito de cinco kilómetros que va y viene entre Carisolo y Giustino, dos barrios del núcleo principal de Pinzolo, como en Cercedilla serían San Antonio y Santa María. Veintidós veces ha atravesado el puente de San Rocco sobre el río Sarca, que le acompaña en los dos mil metros de bajada, desde las fuentes de Nombrone hasta la zona de detrás del camping. A esta hora es un río desconocido y frío, mucho más que el nuestro de la Venta, en la Fuenfría, donde ha metido los pies desde niño.

El frío lo inunda todo. Es un frío que se te mete en el cuerpo y que te va subiendo

desde la misma nieve, y lo que pasa es que tiene los pies empapados porque ya está helando y cada hora se hace interminable, y tiene que parar para cambiarse de botas y de calcetines y Félix se ríe de él y le dice que tiene los pies muy grandes, sobre todo los dedos gordos, y que eso le ayuda mucho a impulsar los esquís en el paso de patinador, y hacen bromas mientras le ayuda a desatarse los cordones. Entonces Aurelio mira sus Fischer recién encerados y recuerda cuando le contaba a Gabi de aquel camarero de La Venta al que llamaba «el técnico» que incrustaba a martillazos las fijaciones de sus esquís nuevecitos cuando comenzaba a ser fondista en el club Siete Picos de Pepe Arias. Eso sí que le dolió porque hay una extraña comunicación entre los pies y las tablas de fondo.

A las tres de la mañana ya han salido todos los espíritus del bosque, y aunque está en Italia le acompañan los cárabos de las Dehesas, que le van llamando: «¡Aureelio! ¡Aureelio!», como queriendo que se pierda entre la niebla. Y en su imaginación ve a los gamusinos esconderse tras los árboles y a los güichis salir volando de sus ramas. Comprueba con asombro que han venido con él desde el pinar de Cercedilla para encontrarse aquí con Laurino, el rey de los enanos, que tiene un jardín secreto lleno de «rosas rosas», un jardín que con el sol se aviva y colorea las montañas y sus piedras. A esa maravilla la llaman la enrosadira.

A esta hora la temperatura es de catorce grados bajo cero. La mayoría de los corredores «individuales» van con pasamontañas, y si no fuera por la música



que suena cuando pasan por meta, esto parecería un desfile de locos. De esta hora en adelante, hasta que amanezca, el tiempo parece que no corre: ¡vueltas y más vueltas! Y Aurelio piensa: «¿Para qué habré venido? ¿Por qué me meto en estos líos?». Y le ha dado tiempo de repasar su vida al menos dos veces y de tomar algunas decisiones sobre los «problemillas» pendientes, e incluso... de meditar sobre el futuro.

Entonces se le aparecen todos sus hijos: Hary, Jennifer, Nicolás y el pequeño Benjamín. ¿Quién le iba a decir que tendría cuatro? ¡Y todos tan distintos! Aunque aún es pronto para saberlo, intuye que procurará transmitirles su amor por las montañas, el cine, la nieve, la fotografía, las cosas bellas y la conveniencia de tomarse la vida con humor, como hacemos en Cercedilla. A menudo intentará gastarles la broma de ir a buscar carabincunquillos a algún regato del monte, probablemente al de Cercabarranco, que no les pilla muy lejos de casa.

También tendrá que explicarles, como si fuese un cuento, que en el pueblo todos nos ponemos mote: a él, el Carreto, porque tiene los ojitos como los pequeños lirones del monte, o Pítimas, un juego con el nombre científico de los topillos (pitymys) que parece el apellido de algún campeón extranjero, como decía Enrique el Tele cuando iban a entrenar juntos con los *rollerskis*, o Galinchi, la síntesis ingeniosa del *galán* con el *ninchi*.

Ya amanece, y de alguna de las casas del pueblo llega un intenso olor a pan. Entonces, como si volviese a nacer, Aurelio parece recuperar las fuerzas perdidas y corre más deprisa, porque tiene el presentimiento de que la carrera va a terminar rápidamente, aunque aún queden más de cinco horas para el final. Esta es la hora mágica en la que, alguna vez, se ha encontrado delante de un corzo en el camino de los Campamentos, cerca del arroyo Butrón, o bajando por la ladera del Poyal del Rubio cuando él sube con los esquís al mirador de Luis Rosales, y en broma dice entonces Matesanz: «En ese momento sabes que formas parte de la Naturaleza y te sientes plenamente... Félix». Puede que sea este el sentimiento que nos une, a todos los fondistas.

El ritmo aumenta, y a las ocho de la mañana ha mejorado mucho su posición y ya es el trigésimo quinto de los ochenta y cinco participantes, de nueve países diferentes. Los números bailan en

su cabeza mientras patina y no puede dejar de pensar en formato analógico, en 35 mm, y en los nuevos proyectores Chino, con lámpara Xenon de 1000 W, que necesita comprar para poder echar cine en los centros culturales donde ahora exhibe las películas que les alquila a Cinesa o a Metro.

Desde el 82, cuando Aurelio y su primo Alfredo reanudaron la actividad del cine y del casino en el Montalvo, tras tres años cerrado al público, su vida está centrada en lidiar con las productoras, negociar nuevas salas, reparar butacas, trasladar películas, pegar carteles, conseguir créditos para adaptarse al mercado, a las nuevas demandas, a los nuevos tiempos.

Pero se siente vivo y feliz por poder dedicarse a una profesión que tiene que ver con la tradición familiar y con su propia infancia.

A las diez, el sol empieza a calentar. El público vuelve a aparecer, la pista se llena de corredores y el ambiente parece que va a explotar. Aurelio va «lanzado a tope», adelantando posiciones. Es la misma sensación que se tiene cuando la óptica familiar se llena de gente y todos quieren que los atiendan. A él le fascina la tecnología y se sabe de memoria las prestaciones de cámaras y lentes. Sus hermanas aún recuerdan la retahíla de características que iba recitando cuando, con dieciocho años, le regalaron aquella Konica Autoreflex T3: «Aquí se puede comprobar la profundidad de campo. En este otro botón puedes regular la sensibilidad de la película. En el visor: el brillo, la velocidad de obturación...». Y así podía continuar toda la tarde, porque la fotografía le apasionaba, y por eso acabó decantándose por los estudios de Óptica y sabía hacer unas fotos tan bonitas de los Siete Picos, que siempre ha sido su montaña favorita, su talismán. Pero como dice Rosana, lo que más le ha gustado siempre a su hermano es estar en movimiento, y bien lo decía su madre, tan orgullosa de él, cuando con humor castellano y deseando sentirle cerca lanzaba un «¡Este chico no me trae más que disgustos!», mientras se le caía la baba por las cosas que su hijo hacía.

El final de la carrera se acerca. Ya son las doce del mediodía del domingo 1 de febrero y Aurelio nota que se está quedando sin fuerzas y pide agua, café, coca-cola. No sabe qué comer, le duele el estómago. Tal vez la única forma de calmarlo habría sido una buena ración de aquel jamón serrano que compra-

ron Jorge Minchi y él el año pasado, al salir de Cercedilla camino de Belagua para participar en el Trofeo Eskitzarra. Allí además les premiaron con un queso del Roncal, para completar la intendencia, y el Nissan Patrol olía a gloria cuando llegaron a Candanchú para competir en los Campeonatos de España de fondo. Hasta el Tolo quería visitar su habitación para contemplar aquel jamón colgado de la lámpara.

Tan original siempre Aurelio, tan buena persona, y tan bromista.

A las dos de la tarde se cumplen las veinticuatro horas y suena el petardazo que señala el final de esta carrera de gran fondo, y entonces escucha un sonoro «¡Bravo, bravísimo!», por su magnífico puesto, ¡el decimosexto!, el primer español capaz de realizar semejante hazaña: ha recorrido 282 kilómetros y 201 metros, una distancia suficiente para cambiar de país, saliendo de Cercedilla y alcanzando la frontera con Portugal, o lo que es mucho más difícil, para acercarse a sí mismo, a sus recuerdos y esperanzas, a sus dudas y certezas, acompañado por sus seres queridos: su familia, sus amigos y los espíritus de su pueblo.

Y aunque ahora se ha marchado a recorrer nuevos circuitos, más allá del cine y de la nieve, su semilla de ingenioso hidalgo de Cercedilla permanece en cada uno de nosotros.

Te queremos mucho, querido Aurelio.

Nota: Este texto está estructurado a partir del artículo «De la Marcialonga a Pinzolo», escrito por Aurelio Morales Montalvo y publicado en el n.º 444 del 2.º cuatrimestre de 1987 (LXXV) de la revista ilustrada de alpinismo *Peñalara*, pp. 15 a 17.

La fotografía de la página 19 fue proporcionada por la organización de la carrera (publicación indicada en la nota)

En la página de la izquierda, autorretrato de Aurelio con su Konica (foto proporcionada por la familia)

BREVE VIAJE AL PAÍS DEL PUEBLO

Rafael SM Paniagua

Cucharas talladas por pastores; mariposas y lamparillas para prender el día de los muertos; alforjas de burro; cenefas de papel picado; detentes y amuletos; encajes de Camariñas; camisolas de cáñamo; aleluyas y pliegos de cordel.

El dinero que gasto en las subastas de Todocolección es muy poco, pero en unos meses, movido únicamente por el deseo y el arrebató estético, he montado un diminuto museo doméstico de cultura etnográfica peninsular. Aunque intento usar estos objetos, debo admitir que en verdad fueron comprados bajo la impresión de estar salvándolos, como dice Italo Calvino en relación a toda pasión coleccionista, de la dispersión y el abandono.

Es cierto que los mundos a los que pertenecían estos objetos y artes menores han sido mayormente destruidos, cimentados, remodelados, urbanizados. Cercedilla no fue una excepción. Esa es la sensación que uno tiene cuando sube por las escaleras del ayuntamiento y descubre que el mundo contenido en las fotografías que cuelgan de las paredes prácticamente ha desaparecido. ¿Es algo de lo que haya que lamentarse? La producción y el consumo industrial volvieron obsoletas muchas de estas culturas materiales, y la colección y la decoración parecen ser sus únicos des-

tinios posibles. Desde los tiempos del desarrollismo franquista, se instaló la idea de que no había forma de ser modernos, de progresar ni de salir de la miseria que acusaba el mundo rural sin pasar la apisonadora por encima de lo que teníamos de pueblo y penalizar por retrógrada hasta la más mínima manifestación de folclorismo. Ya se sabe: los pueblos son todavía hoy observados como lugares embrutecidos, hostiles y bárbaros, frente al civismo y el desarrollo que se le presupone siempre a la cultura urbana. Se acostumbra a mirarlos con distintos niveles de soberbia y desdén, asimilando acríticamente que la modernidad que se nos apremió a realizar era el mejor plan para todos y para todo. Así, las formas de vida, trabajo y consumo cambiaron intensamente y este tipo de cultura material no pudo más que convertirse en ruinas; en objetos folclóricos desvivificados en museos de segunda, o bien en meros pretextos para el turismo, fetiche *rusticool* o *ruralchic*. Sin embargo, son intensos depósitos de unas memorias y unos saberes que, más que rendirles

homenaje, quizá debemos comprender y reconocer —es decir, volver a conocer—. El «desarrollo» nos ha situado en un punto bien complicado y crítico para las vidas, eso seguro. Y no es absurdo pensar que los problemas de logística y abastecimiento que se nos anuncian cada vez menos discretamente podrían volver valiosas estas culturas materiales y estos saberes artesanos.

De esto se habló en el curso «Breves viajes al país del pueblo» —el nombre lo saqué de un libro de Jacques Rancière—, que organizamos en la Fundación Cultural en aquellos meses de otoño durante la pandemia cuando apenas podíamos reunirnos. Se habló de la labor de las mujeres en la configuración de los museos de artes tradicionales, de la complicidad entre arquitectura tradicional y contemporánea, de los carteles y almanques populares en las paredes de casas y tabernas, de las sorprendentes creaciones de artesanos que tomamos por locos y a los que sin embargo no parece faltarles la razón estética.

Cuando estaba tramando este artículo se me ocurrió escribir a uno de los grupos de *guasap* del pueblo para averiguar cuánto de memoria popular material se conserva en los hogares de Cercedilla. Aquí, como en todas partes, muchas personas conservan objetos que las conectan con «el país del pueblo». Gente que colecciona cerámica, planchas de hierro o que ha decorado su jardín con tinajas, herramientas y aperos de labranza, acaso para redimir a esos objetos del sufrimiento que les acarreaban sus funciones originales. Hay personas que, para ahorrarse unos eurillos en la gravosa factura de la luz, aún usan el calienta-camas de barro y el sacude-alfombras de caña. En el número 1 de esta revista hablé de Carlos, que colecciona cencerros, y ahora me ha gustado enterarme de que Mar se ha inventado un uso nuevo para estos objetos tradicionalmente asociados a las bestias: sacude uno para llamar al orden



Pequeña colección de detentes del autor
(fotografía de Rafael SM Paniagua)



Parte de la colección de bastones alpinos artesanos de Raúl Sáenz de Miera, diseñados por el propio Raúl y por José Luis López Recio, su realizador
(fotografía de Rafael SM Paniagua)



Fernando Doménico en su taller.
(fotografía de Daniel G. Pelillo)

a sus alumnos. Raúl colecciona y usa en todos sus paseos por el monte preciosos bastones de alpinismo decorados con cuero trenzado, astas de corzo y chapillas austriacas. Los hace su amigo José Luis, de Valladolid, que escucha con complicidad las propuestas de diseño de su mejor comprador. La colección de bastones de Raúl —que también colecciona cuchillos hechos por artesanos mundialmente reconocidos, navajas de campo, piolets y figurillas de bronce de animales salvajes, todo un espectacular museo diminuto a la entrada de su casa— la componen más de treinta piezas de avellano curadas en Aguilar de Campoo, que tienen un aire muy rural y vernáculo, pero que desde luego no proceden de esta tierra ni de estas montañas, así que también son una fantasía, una recreación libre, lo que me hace pensar que las artes populares están hechas de imaginación tanto como de tradición

Raúl conoció a José Luis por Fernando Domenico, el anticuario y restaurador más conocido de nuestro pueblo, que lleva varias décadas dedicado a la profesión que heredó de su familia. Con la pandemia acabó tomando la decisión difícil de cerrar la almoneda que tenía en el centro del pueblo, donde vendía piezas excepcionales. Llevaba años luchando con la presión fiscal, que no sufren los vendedores por internet, y después

del cierre forzoso de los comercios ya no volvió a abrir. Ahora, centrado en la restauración, trabaja directamente con compradores y vendedores desde la nave que comparte con Ponce, el carpintero. Fernando piensa que, bien por complejo de inferioridad o por falta de aprecio de la cultura tradicional, en España las antigüedades no se valoran como en Francia, Alemania o Inglaterra, países a los que él viajaba para comprar en mercadillos las piezas que luego vendía en su tienda. «En España se quemaban las cómodas isabelinas en las hogueras de San Juan», me cuenta, y vuelvo a pensar en la incomprensible pasión por el destroz que en este país se ha practicado con todo lo que fuera antiguo o de pueblo. «Hoy tiene más salida una puerta vulgar convertida en espejo que un espejo del XIX o un mueble castellano. De los objetos de los años cuarenta, cincuenta y sesenta apenas nadie quiere oír hablar, aunque su manufactura resulte enormemente apreciable».

Cris, que desde hace más de quince años tiene por hobby las antigüedades, que vende en Todocolección —entre sus ob-



Ponce en el taller
que comparte con Fernando.
(fotografía de Daniel G. Pelillo)

jetos hay banderines de esquí, postales antiguas de Cercedilla y programas de fiestas del pueblo desde los años cincuenta—, opina que «como no había la cultura horrible de usar y tirar de hoy, estos objetos antes eran más útiles, mejor hechos con materiales más duraderos y ornamentados con mayor delicadeza». Por ellos preguntan los clientes más variados, gente apasionada de cualquier lugar. Tiene su gracia imaginar el tráfico logístico para el transporte de cachivaches de pueblo comprados por internet (tanta quizá como mi pesquisa sobre este asunto por los grupos locales de *guasap*).

Evidentemente, estos objetos refieren unos materiales y una diversidad de trabajos manuales y artesanos también en declive, si no desaparecidos. Ponce dice que la carpintería artesana está revalorizándose, pero en cada encargo debe hacer un cálculo preciso entre «estética, precio, funcionalidad y ecología» para que un producto como el suyo merezca la pena. Él menciona como inspiración el movimiento Arts & Crafts, que en la segunda década del XIX pretendió producir muebles, textiles y objetos co-



Arriba y al lado, colección de objetos etnográficos de Alejandro, abuelo de Ana de la Hoz, en Maderuelo. (fotografías de Ana de la Hoz)

tidianos artesanos, funcionales, bellos y al alcance de todo el mundo, aunque los costes finales, humanos y materiales acabaron haciéndolos accesibles solo a las clases pudientes. Como no busca el abaratamiento extremo de los costes (que devalúa el producto y el trabajo mismo) sino la calidad, la profesionalidad y la durabilidad (no solo por la fortaleza de su material y su factura sino por el deseo de conservación que inspiran), el trabajo manual es sancionado por las inercias de producción y consumo. Evelio López Cruz, último cantarero tradicional de Mota del Cuervo, decía que el uso decorativo o el coleccionismo no podían asegurar la pervivencia del oficio, y si ya no queremos vivir entre cántaros sino entre *tuppers*, poco puede hacerse.

Cuando te das cuenta del temblor y la parálisis parcial de los brazos que sufre Evelio por toda una vida de extraer los barros del monte, preparar las pellas para el modelado, que llevaban a cabo las mujeres, y después el trasiego para cocer y manipular unos objetos que podían pesar hasta veinte kilos, se te cae al suelo todo el romanticismo de la mirada. Y es que al hablar de las culturas populares tradicionales siempre corremos el riesgo de parecer nostálgicos de algún tipo de pasado cuyos rigores desconocemos y que por eso idealizamos cándidamente. Mis vecinos, ya entrados en los ochenta



Escalinata del palacio de Grimaldi durante el traslado forzoso del archivo del Museo del Pueblo Español en un solo fin de semana de agosto de 1973, para que el palacio pudiera albergar la celebración del Consejo Nacional de la Falange (fotografía de Martín Santos Yubero; Archivo Regional de la CAM)

años, se ríen de la dureza del presente cuando piensan en la de sus infancias. Y sin embargo parece agradecerles más ese recuerdo que muchas cosas del presente, que les resultan absurdas y quizá en verdad lo son.

Para complicarlo todo más, tampoco debe olvidarse que las élites y poderosos de todo signo e ideología hasta hoy han pretendido manipular desde siempre las culturas populares a su favor, presentándose como adalides de la tradición y el *campechanismo*, garantes de la esencia del pueblo y por lo tanto de su destino. El folclore, como campo de estudio articulado en el XIX, fue impulsado por los poderosos con el fin de forjar sentimientos nacionalistas y patrióticos, pero también sirvió para excitar pasiones revolucionarias. Ahí está la mítica estampa del campesino español condensando ambas fuerzas, la reacción y el progreso, en una sola figura.

De todas formas, a pesar de la dureza de sus vidas, el testimonio de los artesanos siempre inspira también la idea de una vida bella, buena. Será el aura de dignidad estética y ética que rodea a estos trabajos y estos objetos, como dice Richard Sennet en su célebre libro *El artesano*, y que difiere tanto del aura de las obras de los artistas, quienes a menudo separan ética y estética siguiendo la máxima *Fiat ars, pereat mundus*, «hágase el arte, aunque perezca el mundo». En cambio, la dimensión ética se hace fuerte en la utilidad y el anonimato. Ana no puede evitar emocionarse al hablar de la inmensa colección de aperos de labranza y herra-

mientas de su abuelo en Maderuelo, en la vecina Segovia. Es ese mismo impulso que ha llevado a tantas personas en casi todos los pueblos de España a levantar, de forma autónoma e independiente, museillos en garajes y hogares.

Para Ana, estos objetos «son valiosos por la historia y el saber que transportan, por el calor de lo ancestral». Ella dice que «debemos conocer el pasado del que venimos, las raíces, porque eso nos ayudará a dar pasos hacia un futuro más saludable de lo que pinta el presente». Esa conexión, esa continuidad resulta decisiva. De sus abuelas, que le enseñaron a tejer, Ana conserva antiguos husos, ruecas, lanas, y desde hace un tiempo viene formando comunidades de tejedoras en Cercedilla, ahora también en el local de la Asociación de Artesanos y Artistas, creando trabajo a partir de un conocimiento tradicional transmitido de generación en generación.

Tampoco la museificación parece el mejor destino, si al final ese proceso de institucionalización acelera la obsolescencia de los objetos expuestos. Los museos, por lo que tienen de *mausoleos*, son a menudo esos lugares donde, con el pretexto de estar homenajeando al pasado, se almacena en realidad lo que ya no interesa en el presente. En el caso concreto de las artes tradicionales, ahí están los museos de etnografía y los archivos de folclore, que no parecen tener plenos derechos sobre el presente y son considerados menores, irrelevantes, cerrados por mantenimiento, abandonados en cajas y almacenes o dispersos

por las redes de la memoria subalterna. El devenir del malogrado Museo del Pueblo Español —que en palabras de Gregorio Marañón fue creado en 1934 no solo para «recoger los restos del naufragio [...], como el que diseca para su recuerdo especies raras que se van a extinguir, sino con la profunda certeza de que la humanidad encontrará la fórmula vital que le permita volver a descubrir en su masa, su pueblo»— es paradigmático de esta imposibilidad. Memoria almacenada del país pueblerino que tantas veces ha fundamentado su conservadurismo o su progresismo en imágenes construidas sobre las tradiciones populares y sin embargo vaciado de pueblo y sin museo. Decenas de miles de objetos trasladados en cajas de los sótanos de una institución a los sótanos de otra institución, una y otra vez; «museo fantasma», como denunciaba la prensa de finales de los setenta; condenado a existir bajo la inspiradora forma de «crisálida, larva o feto», según decía Julio Caro Baroja, que fue su frustrado director.

La patrimonialización inherente a todo proceso de museificación, especialmente cuando se trata de archivos con vocación de abarcar la vida entera —sus ciclos, trabajos, saberes y creencias—, resulta dramática, pues además de sustraer los objetos de sus contextos vitales y desconectarlos de su uso común, también se sustituye a sus legítimos propietarios y manipuladores por una cohorte de conservadores y técnicos que muchas veces, queriendo facilitar el establecimiento de relaciones con esos objetos, las vuelven más difíciles.

De eso se lamenta Ismael Peña, que no ignora el devenir que suele esperar a estos acervos. Los más viejos lo recordarán de la Banda del Mirlitón, pero también participó en algunas actividades de la Fundación Cultural de Cercedilla, como el homenaje a Gloria Fuertes, «poeta cosmopaleta» a la que algunos grandes de la literatura sancionan por su carácter menor, es decir, popular. Is-

mael Peña nos recibió amigablemente una tarde en su casa de Sevilla la Nueva, donde tiene almacenada una de las colecciones más importantes de artes populares y objetos tradicionales de este país. La colección de Ismael presta especial atención a los instrumentos musicales y a los objetos vinculados con la infancia y con los oficios tradicionales, además por supuesto de a los objetos personales que le legó su amiga Gloria Fuertes. Repasar los listados y el catálogo razonado es abrumador, ordenado por labores, provincias, épocas, edades, materiales... Ismael tiene almacenados en cajas objetos de todas las profesiones tradicionales de ámbito rural que puedan imaginarse, textiles de todos los pueblos y todas las épocas, instrumentos de todo el mundo que no se ha resistido a hacer sonar, artesanías de todas las clases. Una gozada para descreídos del plástico y escépticos de la mala vida tecnoindustrial. Un archivo de folclore que revela, además, que frente a la idea de lo propio, el tipismo y la identidad regional o local como diferencia, son más fuertes los elementos en común, las simpatías entre unas y otras costumbres, los hermanamientos, las semejanzas. Será por eso que dicen de que «la solidaridad es la ternura de los pueblos».

Ismael se pregunta qué podrá suceder ahora con una colección como la suya. Si bien ha conseguido que algunas secciones sirvan para fundar nuevos museos públicos (el Museo de Títeres de Cádiz adquirió su colección de títeres del mundo, y su colección de cerámica fue adquirida por el Ayuntamiento de Navacerrada), el destino de estos objetos es incierto, ya que quienes pueden tomar las decisiones no parecen tener la sensibilidad de hacerse cargo de ellos para el bien de todos. Él se imagina una forma de conservar que permita la práctica y renueve el uso, por ejemplo mediante talleres musicales, interacción con otras artes o activación escénica. La cuestión es la pervivencia, la revitalización, no la mera conservación o la explotación turística.

En general todos los museos suelen articularse como instituciones destinadas al turismo, poco practicables en términos de participación cultural ciudadana, con lo que su potencia como artefacto social se empequeñece. Y no puedo dejar de pensar en toda la diversidad de prácticas culturales y tradiciones de este pueblo, desde la calva a la arquitectura alpina, de los trabajos con el ganado a las tejedoras



Cajas con objetos de las labores de pastor, carpintero, peluquero, cerrajero, o de la matanza; colección de Ismael Peña.
(fotografía de Rafael SM Paniagua)



Ismael Peña con su catálogo razonado.
(fotografiado de Daniel G. Pelillo)

anónimas, el archivo de carrozas de la romería, el guarrismo institucionista y los gabarreros, pasando por supuesto por el esquí y sin olvidar ese fascinante archivo fotográfico local instalado en las escaleras del ayuntamiento. ¿No sería hermoso imaginar un museo artístico-etnográfico así en nuestro pueblo? No simplemente para rendir homenaje al pasado ni para empaquetar la identidad de lo que fueron, son o tendrían que ser Cercedilla y sus gentes, sino también para imaginar lo que podríamos ser. Un *folclore especulativo*, imaginativo, un archivo de cultura viva y no una institución turística articulada desde el costumbrismo identitario y esencialista.

Lo cierto es que eso que llamamos *pueblo* es algo que quizá no existe o que en verdad son muchas cosas, a veces contradictorias y conflictivas, a las que solo podemos acercarnos con cautela, haciéndonos preguntas y creando fabulaciones entre todos. En todo caso, *para que un pueblo tenga pueblo*, es decir, para que esté vivo, sus gentes deben ser conscientes de que lo que lo constituye es tanto la experiencia cultural que heredan como la que pueden imaginar.

ANTONIO FERNÁNDEZ PININO

Una entrevista de Elena Molina

Más conocido entre los vecinos por su apodo que por su nombre de pila, nuestro último pregonero es un apasionado de la música tradicional y, especialmente, de la dulzaina. Creador y principal promotor de la Escuela de Dulzaina de Cercedilla, no se cansa de reivindicar el papel de la música popular en la cultura.

ELENA: Buenos días, Antonio. Bienvenido. ¿Cuál es tu primer recuerdo de una dulzaina? ¿Cuándo comenzó tu historia de amor con este instrumento?

ANTONIO: De niño, cuando venían aquí los dulzaineros. Todos los años, en fiestas, nos contrataban a chavales de quince o dieciséis años para llevar los cabezudos. Ahí es cuando empecé a enamorarme de la dulzaina. Entonces, una de esas veces que íbamos con los dulzaineros, que íbamos paseando por las calles del pueblo con los gigantes y cabezudos, le dije al señor —un tal Gregorio, que se llamaba—, «déjame-la, a ver si sé cómo sopla esto». Claro, yo pensaba entonces que eso era soplar y ya sacabas el sonido, como el pito este que tocan los andaluces. Pero no, hay que tapar agujeros y destapar agujeros. Entonces ahí me entró una afición enorme, y la verdad que siempre que venían... yo es que me iba con ellos porque era una cosa que me gustaba mucho, el folclore ese me encantaba. Así es como empezó. Después, al cabo de muchos años, un amigo del colegio que era hijo de un guardia civil vino un día a Cercedilla, que se dedicaba a afilar cuchillos, y vi que en la furgoneta donde afilaba los cuchillos

llevaba una caja de tambor, y le dije: «¡Anda!, ¿es que tocas el tambor?», y dice «Síiii, y la dulzaina y tal». Digo: «Bueno, pues si tú tocas la dulzaina, yo toco aquí el tambor». Él estaba dando clase en Guadarrama y se ofreció a enseñarme. Y así empezó todo.

ELENA: Pero, entonces, ¿ya de adulto?

ANTONIO: Ya de adulto, ya mayor, con treinta y muchos años. A mis amigos de Segovia les comento: «Joé, si he hecho la mili aquí en Segovia y no se tocaba la dulzaina». Y me dicen: «Si es que la dulzaina volvió a renacer justo cuando tú la empezaste a tocar». Porque a raíz ya de la música esta moderna, ya con instrumentos más modernos, pues la dulzaina se olvidaba la gente de ella. Luego ha vuelto a renacer. Y ahora está cogiendo un auge que ya la toca todo el mundo.

ELENA: Para engancharte a esta afición durante tanto tiempo y a un ritmo como el que tú has llevado —con ensayos, bolos..., que sé que te han contratado para actuaciones importantes, y aparte tu trabajo—, tiene que ser algo que realmente te guste. ¿Cuánto tiempo le dedicas?

ANTONIO: Este año, con la pandemia, un poco menos. Pero yo toco prácticamente todos los días, me meto allí en el estudio y siempre toco alguna cosa, siempre, para no perder la boca, los labios... Porque es lo que tiene: la dulzaina es muy desagradecida, en cuanto dejas de tocar una semana, los labios pierden, se hinchan, te pican... A la dulzaina hay que darla todos los días, esa es la historia. Al principio, pues después de comer, o cuando lle-

gaba de trabajar me metía en el estudio y me ponía. Y, bueno..., ya llegué a un punto que yo necesitaba más, necesitaba más. Veía que aprender solo de oído..., no. Si quiero tocar la dulzaina medianamente un poco regular —porque tocarla bien es muy difícil y tocarla muy bien ya es la leche—, me digo, tengo que aprender solfeo. Y entonces, ya con cerca de cuarenta años, conocí a una chiquita de aquí de Cercedilla que estudiaba canto en el conservatorio de El Escorial, y la dije: «Mira, yo veo que no adelanto mucho con el sistema que tengo de oír, necesito aprender solfeo». Y ella me dijo: «Pues vale, bájate a casa y te enseño». Y así fue. Algunos dicen que es un aburrimiento el solfeo, que son matemáticas, pero a mí era tanto lo que me gustaba que iba por delante de lo que me enseñaba la chica. Y estuve un año y pico, hasta que aprendí a solfear un poco y luego ya es, pues..., como un libro, como cuando empiezas a leer.

ELENA: Tú procedes de una familia muy numerosa, ¿hay alguien más en tu familia que tenga esta afición por la música?

ANTONIO: No hay nadie, no. Yo tengo hermanos muy mayores —uno ya fallecido—, y me acuerdo que hace muchos años, cuando eran ellos chavales y yo era un niño, en Navidades se iba de ronda en ronda y sí que se les daba bien cantar la jota y se tocaba pues, eso, con una botella de anís. El que tenía una guitarra era la leche; con una botella de anís, unos platos, una sartén, lo que fuera. Luego ya no



Pinino tocando la dulzaina junto al horno que él mismo ha construido en el jardín de su casa
(fotografía de Daniel G. Pelillo)

más. Yo es que me aficioné, me entró el gusanillo..., me entró como a los toreros cuando dicen que tienen esa cosa que entra..., pues parecido.

ELENA: ¿Te hubiera gustado dedicarte profesionalmente a esto, poder vivir de tocar la dulzaina?

ANTONIO: Hombre, ¡pues claro que sí! Lo que pasa es que es muy difícil. Es muy difícil. Es así, los buenos músicos, y no viven de ello, así que fíjate un dulzainero..., que haces pocos bollos y que la dulzaina no está tan bien remunerada como otro tipo de instrumentos. Es un *hobby*, tienes que pensarlo como un *hobby*.

ELENA: Has actuado muchas veces en Cercedilla; de todas esas veces, ¿cuál ha sido para ti la más importante?

ANTONIO: Pues aquí la verdad es que hemos hecho muchas cosas, hacemos un festival, pero lo que más disfruto de todo es cuando vamos con el grupo a tocar en las fiestas, con los gigantes y cabezudos, me gusta mucho, me recuerda cuando era niño. Que yo antes llevaba un cabezón y ahora voy con la dulzaina. Es de las cosas que más disfruto de Cercedilla tocando la dulzaina.

ELENA: ¿Y fuera de Cercedilla?

ANTONIO: Fuera de aquí hemos ido a muchísimos sitios. Hace dos años o un poco más, en las fiestas de El Pilar, estuvimos en Zaragoza. Eso fue... Inauguramos nosotros las fiestas, que hicieron un festival de dulzaina, y tocamos en la plaza de El Pilar. Y fue una maravilla, fue una gozada tocar allí. Delante de tantísima gente, eso era... impresionante. Luego he estado también en Navarra..., en muchos sitios, en muchas ciudades, en Palencia, en Ávila, en Madrid... Y pueblos..., ¡puf, ni se sabe los pueblos a los que vamos a tocar!

ELENA: Eres el mejor testigo de la evolución de la música popular en nuestro pueblo. ¿Qué ha pasado los últimos veinte, treinta años? ¿En qué hemos avanzado y qué tradiciones hemos perdido?

ANTONIO: Hombre, cosas se han perdido, no cabe duda. La verdad que a la gente joven, a los chavales, pues no les da mucho por la dulzaina, les parece que es una música de paletos, como si fuera de segunda o tercera fila.

ELENA: Ya..., ¿y la Escuela de Dulzainas? Cuéntanos en qué punto se encuentra...

¿Tenéis apoyo institucional local para mantenerla? ¿Crees que tiene futuro?

ANTONIO: Bueno, lo del futuro lo veo..., lo veo un poco parado. Sí, hay chavalillos que se han apuntado a dar clases, pero luego es que duran muy poco. Cuando empiezas a tocar la dulzaina, pues claro... Los chavalillos te ven por ahí y «jo, cómo tocan, y cómo me gusta y tal», pero luego se piensan que lo que tocamos nosotros se aprende en un día y no es así. Cuando empiezan a tocar la dulzaina, les suena a gato *pisao*. Entonces se aburren y lo dejan. De la cantidad de chavalillos que empezaron en la Escuela ahora mismo solo tenemos a uno que tiene ya veinticinco o veintiséis años.

ELENA: Vamos, que nuestro futuro musical popular depende de él. ¿Y quién es? Cuéntanos.

ANTONIO: Juan Pedro, el hijo de Pedro Asenjo. Y su novia, que es valenciana, se ha apuntado con nosotros a tocar la dulzaina. Una chica que sabe de música, ya sabéis que en Valencia es casi como una asignatura, y la chica viene con una..., ¿cómo te diría?, sabiendo música, una maravilla. La

cuesta un poco porque ella tocaba el clarinete, y del clarinete a la dulzaina siempre hay un cambio, pero vamos, que es una maravilla verla cómo toca. A ver si tenemos suerte y se apunta algún chaval más.

ELENA: ¿Y cómo peleamos esto, Antonio? Esto hay que pelearlo.

ANTONIO: Pues bueno, en ello estamos. A todos los niños que se apuntan les damos muchas facilidades: les hacemos que en un par de meses no paguen la escuela, les dejamos dulzainas, al que quiera tocar el tambor le dejamos un tambor... Te voy a contar una anécdota de hace unos cuantos años: a un chavalillo, que no hacía los deberes o no sé qué historias, le dijo la madre, «pues como no hagas los deberes, te quito de tocar la dulzaina». Y yo digo, joder, quítale de jugar al fútbol o quítale de jugar a no sé qué, pero quitarle de tocar la dulzaina, pues me parece... Yo qué sé... Es cultura.

ELENA: ¿Y cuánto tiempo lleváis con la Escuela de Dulzainas?, ¿cuándo surgió?

ANTONIO: Pues mira, surgió cuando yo empecé en Guadarrama, como te he dicho antes, con este chico, y luego se apuntó otro más de Cercedilla, Sebastián, el hombre, que en paz descanse. A los seis o siete meses se enteró que yo tocaba en Guadarrama y me dijo que si él... Y yo pues claro, hombre, bájate conmigo y tal. Y después ya otros chavales de Cercedilla también empezaron a bajar. Y al ser bastantes pues pensamos «bua, pues podíamos hacer una escuela en Cercedilla. Le decimos a Juanjo que busque un día o un par de ellos en Cercedilla y pedimos aquí a ver si nos dejan y tal. Y la Fundación Cultural, que en aquella época la presidía Tomás Montalvo y estaba de tesorera Arancha Yarza, nos ayudó económicamente, y Pepe Arias nos dejó el Salón de Romeros de Santa María, de la ermita de Santa María.

ELENA: Un lugar emblemático del pueblo para poder ensayar.

ANTONIO: Ya, lo que pasa que en invierno no veas que frío hacía. Se veían las tejas, digo, puf..., y la nieve..., cómo caía la nieve... Luego nos dejaron tocar en el colegio Vía Romana, pero otra vez nos dijeron que no porque tenía que estar allí un empleado del Ayuntamiento y tal, y mi amigo Julián Martín, que estaba de profesor en el instituto, me dijo: «Pues, Antonio, si quieres hablas con la asociación de padres —dice—, porque para hacer una cosa cultural no te pueden decir que no, venís al instituto, seguro». Y

así hicimos. En el instituto hicieron una votación y dijeron todos que sí, menos un voto en contra, que lo voy a decir, no sé quién sería ni lo quiero saber. Y desde entonces estamos tocando en el instituto. Y vamos allí de seis a ocho de la tarde, martes y jueves. Y estamos maravillosamente bien, la verdad, muy bien con todos.

ELENA: Y más o menos, ¿recordarías la fecha en la que surgió esta iniciativa? Para ubicarnos también nosotros.

ANTONIO: Sí... Vamos a ver, ahora mismo... Sé que fue después de un verano, pero... Puede ser que llevemos veintidós años. Porque el primer certamen me parece que lo hicimos en el 2000 y yo creo recordar que empecé en el 98 a bajar a Guadarrama. En el 99 fundamos la Escuela. Veintidós años...

ELENA: ¿Y qué cualidades debe tener un buen dulzainero? A ver si conseguimos con esta pequeña promoción...

ANTONIO: Pues que le apasione y que tenga dedicación, que saque, si no todos los días, casi todos, un rato para tocar la dulzaina. Aunque sea solo una pieza o unas escalas. Luego se le va cogiendo el gustillo, cuando ya empiezas a tocar una canción, pues dices «bueno, uh, esto ya me va, esto ya sale», ¿sabes? Porque al principio pues, lógicamente, tienes que aprender a hacer escalas: do, re, mi, fa, sol, la, si, do, y así, ¿sabes? Porque la dulzaina se toca básicamente en..., así, para los que entiendan un poquitín, tocamos en do mayor, fa mayor y si bemol mayor, es en lo que tocamos la dulzaina, ¿sabes?

ELENA: Nos has contado que actualmente en la Escuela tenéis una chica, la novia de Juan Pedro, que es valenciana...

ANTONIO: Ah, bueno, perdona, tenemos dos más.

ELENA: Claro, yo lo que te quería preguntar era: ¿cuándo vamos a poder entrevistar a una dulzainera parrá?

ANTONIO: Pues mira, tenemos a María, que seguro que la conocéis. María Villamayor, que es dulzainera, y su hermana Loreto toca la caja. Y tenemos a la novia de Juampe, a Irene, que las podéis entrevistar cuando queráis, a las tres. Sería una maravilla, desde luego, a ver si fomentamos esto un poquito más y los chavales lo cogen un poco... Yo entiendo que no es la música a lo mejor ahora de los cha-

vales, que a ellos les gusta otro tipo de música, pero bueno... También conozco a mucha gente que va con rastas y toca la dulzaina, y la tocan de lujo, ¿sabes?

ELENA: Oye, y ahora que has sido abuelo, ¿te gustaría que tu nieto heredara tu pasión por la música, esta afición tuya tan vinculada al folclore de aquí?

ANTONIO: No me gustaría, ¡me encantaría! ¡¡¡Me encantaría!!! Ya las dulzainas las he puesto en el testamento, que son para él. Directamente las dulzainas para él. Ya que a mis hijos no les ha gustado... El pequeño empezó un poquito, pero no le terminó de gustar y... pues a ver si con un poco de suerte... Desde luego, las primeras clases se las voy a dar yo. Vamos, me encantaría. Claro que me encantaría.

ELENA: ¿Herederá también tu mote?

ANTONIO: Pues no lo sé, seguro. Porque aquí ya sabes que... A mis hijos les llaman Pinino, a los dos, pues a mi nieto seguro que le llamarán el nieto de Pinino y Pininín. Seguro. Ya sabes cómo es aquí en Cercedilla.

ELENA: Y, por cierto, ¿de dónde te viene el mote? Cuéntanos.



Dulzainas en Sol y en Fa# con las que habitualmente toca Pinino (fotografía de Daniel G. Pelillo)

Arriba y en el centro, recuerdos, premios y libros sobre música y folclore que Pinino guarda en su estudio; abajo, tocando la gaita a la puerta del mismo estudio (fotografías de Daniel G. Pelillo)

ANTONIO: De cuando yo jugaba al fútbol, de chaval. En aquella época no se fichaban extranjeros en la liga española. Y cuando abrieron las fronteras ficharon a dos jugadores cada equipo. Y había uno que vino al Real Madrid que decían que se parecía a mí, pequeño, con el pelo así un poquito largo, morenete, que se llamaba Óscar Pinino Más, y entonces como yo jugaba en su misma posición, pues de ahí me viene. Y luego ya Pinino, Pinino, y con Pinino me he quedado.

ELENA: Y oye, Pinino, ¿cómo fue lo de ser pregonero? Nuestro último pregonero, por cierto, porque fueron las últimas fiestas... ¿Qué siente uno al dirigirse a sus vecinos en un momento tan especial?, ¿qué recuerdos tienes de ese día?

ANTONIO: Pues la verdad es que cuando subes al balcón del ayuntamiento, subes temblando. También es verdad que fueron unas fiestas un poco..., por la muerte de Blanca Fernández-Ochoa, pero bueno, quitando eso, la verdad que bien, muy emocionante. Fíjate, yo no pensaba que la dulzaina me iba a llevar a estar en el balcón de pregonero de las fiestas de Cercedilla. Fue un honor para mí. Para mí y para mis compañeros porque yo represento a la Escuela y ellos..., como si hubieran sido pregoneros conmigo. Quiero decir que fue..., buah, fue un día muy feliz para mí.

ELENA: Claro... Todos estamos soñando con volver a estar en la plaza Mayor abarrotada, debajo del balcón del ayuntamiento, con las madrinas y los padrinos y todas las autoridades, con las peñas y las sociedades animando..., todos esperando ese instante mágico en el que, tras el petardazo del principio de las fiestas, volvamos a escuchar las notas de «La Respingona» y volvamos por fin a bailar juntos al son de las dulzainas. ¿Cómo te imaginas que va a ser ese momento?, ¿vamos a romper todos de alegría?, ¿llegará pronto?

ANTONIO: A mí se me va a poner la carne de gallina. Ver a los chavales, a los mozos, a las mozas bailar al son de «La Respingona» va a ser..., puf, qué estado de nervios, ¡va a ser una maravilla! Yo desde luego estoy loco porque llegue ese día.



DIARIO DE UN NEORRRURAL III

¿POR QUÉ ERES TAN IDIOTA QUE NO ENTIENDES EL PRECIO DE LA LUZ?

Ricardo Gómez

Cercedilla, 1 de enero de 2026

Estoy resacoso, afónico y helado. Vengo de fiesta y me siento bien el aire frío. Para celebrar el nuevo año, Fidel ha salido de casa a tomar un café. El pueblo está casi vacío, pero el incombustible Marcelo sigue trabajando en su bar como si fuese un día corriente. Veo a Fidel acercarse y nos saludamos. Me siento a su lado. No quiero nada. El estómago me da vueltas como un tirovivo, así que solo escucho. Después de tomarse su café, Fidel decide volver a casa, y yo, a punto también de irme, les oigo.

—¿Qué te debo, Marcelo?

—Cinco veinte.

—¿Estás de broma? Ayer me cobraste euro y medio.

—Es que con el nuevo año se ha liberalizado el precio del café y hoy cuesta cinco veinte. ¿No te has enterado?

—Bah, vas de coña... Anda, quédate las vueltas —dice Fidel dejando sobre la mesa una moneda de dos euros.

—Que, no, Fidel, que va en serio. Hoy son cinco veinte y no puedo hacer

nada, pero creo que mañana el precio bajará un poco. Ya lo siento...

—El que más lo siente soy yo. Con estos precios, mañana no me ves el pelo, me voy al bar de enfrente.

—No te enfades, hombre. Además, en el bar de enfrente te van a cobrar lo mismo que yo, y mañana será más barato, casi seguro.

—¿Me estás diciendo que hoy son cinco veinte y mañana vuelve a ser uno cincuenta?

—Hombre, eso no lo creo. Serán cuatro diez, o tres ochenta, no lo sé. Hasta la víspera de cada día no se sabe.

—¿Quieres decirme que el precio del café será variable a partir de ahora?

—Sí, es lo que hay. Son nuevas normas y los bares tenemos la obligación de cobrar lo mismo para que no haya problemas de competencia. Tiene que ver con la subasta del café.

—¿Qué subasta?

—La que se hace todas las noches entre las cafeterías del pueblo. Hay escasez de café, es caro de producir y de transportar, y para que haya igualdad de oportunidades y se elimine el mercado negro por las noches se subasta con todas las garantías.

—¿Y por eso sube de precio?

—Claro. Mira, imagina que llega un camión del café, que no se sabe cuánto café lleva. Las cafeterías hacemos pujas. Una escribe en un papel: yo compro cien kilos a veinte euros; otra, yo doscientos kilos a veinticinco euros; otra, yo setenta y cinco a treinta euros, y así... Cuando se acaba, se reparte primero al que ofrece más y luego a los restantes. Si has pujado por menos dinero, puede que te quedes sin café.

—Ya. ¿Y por qué no se pacta entre las cafeterías comprar al mismo precio?

—¡Imposible, Fidel! Eso es delito. Sería conspirar para alterar el precio de las cosas. Nos caería una multa que nos pueden fundir.

—Bueno, en cualquier caso, el que compra más barato ofrece el café más barato, ¿no?

—Je, je, eres un ingenuo, Fidel. Si el precio máximo que se ha ofrecido es de treinta, todos tenemos que comprar a treinta, para que haya igualdad de oportunidades, y por tanto debemos vender el café a los mismos precios.

—¡Pero eso es absurdo! Eso todavía se entendería si el camión fuera casi vacío. Pero si va lleno, podría comenzar

a repartir al que ofrece menos, y con eso bajarían los precios.

—No, no es posible. Siempre se paga el precio más caro que se ofrece y se reparte desde el más caro. Esa es la ley del precio marginal.

—¿Pero el margen de arriba o el de abajo?

—El de arriba, claro. Ten en cuenta que si todos pujáramos por lo bajo, como nunca sabemos cuánto de lleno viene el camión, podríamos quedarnos sin café en el caso de que alguien quiera mucho y barato. Y si tú ofreces menos, pues eso... Cierras.

—Pues sigo sin entenderlo.

—Será porque no quieres, Fidel. Pero así hay libre mercado, leal competencia, claridad en las subastas y sobre todo se garantiza el abastecimiento. Si se pujara muy bajo, los productores no cosecharían café, las cafeteras no lo molerían, tostarían y empaquetarían, los transportistas no lo traerían hasta aquí... Así se cubren no solo los costes de producción, sino de manipulado y de comercialización. Además, date cuenta de que hay café solo, cortado, con leche, carajillo, leche-y-leche, vienés, irlandés,

capuchino, descafeinado, con soja, largo, americano... El café es un producto que satisface casi todas las demandas. Y es lógico que se pague por eso, ¿no?

—No sé si es lógico, pero a mí eso de la subasta me parece una estafa.

—Hombre, Fidel, no exageres... Una estafa... Es lo mismo que hicieron hace unos años las productoras de electricidad y mira lo bien que les salió. Todas están forradas ahora, y además el Estado se lleva un pico en impuestos. Y pagar impuestos es muy importante, por eso de la sanidad, la educación, las carreteras... ¿No te parece?

—Me parece —dice Fidel levantándose, al tiempo que toma la moneda y deja un billete de cinco— que a partir de ahora me voy a pasar al té o directamente al whisky, aunque sea por la mañana. Total, por el mismo precio...

—Ay, Fidel, Fidel, que hay que escuchar las noticias... Desde este uno de enero hay libre mercado para el café, el alcohol, el tabaco, las infusiones, la leche y el pan. Son normas de la UE.

—¡Dios mío! Ya decía yo que debía haber hecho una compra gorda los días de atrás.

—Pues sí, la verdad. Eso de las subastas y los precios marginales es un poco gaita, pero es lo que funciona. Las curvas de Skinner-Klinenfield lo dejan bastante claro: así es como se garantiza el sostenimiento de la oferta y la demanda. Capitalismo puro.

—Oye, Marcelo, ¿y tú cómo sabes tanto de todo eso?

—Joder, Fidel. ¿No te lo he dicho? Soy titulado en Economía de Mercado por la MBA de Londres y master de la Business Money-Money School of Massachusetts. Te preguntarás qué hago aquí sirviendo cafés... ¡Pues el mercado laboral, qué vamos a hacerle!

—Y por curiosidad, ¿a cuánto está hoy la copa de whisky?

—A dieciocho euros, y el pan ni te cuento.

—No me lo cuentes, por favor. Mira, por ahí llega Reig... No sabes el disgusto que le vas a dar.

—Él ya está al tanto, no como tú, que no te enteras. Hace una semana se puso también el sistema desregularizado para los libros. No te digo más que ahora *La Iliada* va por los doscientos cincuenta euros, y en la colección de bolsillo de Austral. Menos mal que yo hice hace un mes las compras de Reyes.

—Pues mira —Fidel ocupa de nuevo la silla en que estaba sentado—, sirven dos whiskys. Y ya total, que sean dos McCallaghan.

—¿Seguro? Mira que no quiero que te lleves disgustos. Por la noche se subasta cada marca de whisky. Ahora lo miro, pero el McCallaghan debe de andar por los cincuenta euros el tiro. Los dieciocho euros son del DYC normal.

—¡Pues venga, Marcelo, dos McCallaghan! Que de algo hay que morir.

—Marchando. Por cierto, me debes veinte céntimos del café.

Levanto la mano y hago un gesto señalándome. A pesar de mi resacón, me apunto a ese whisky del fin del mundo.

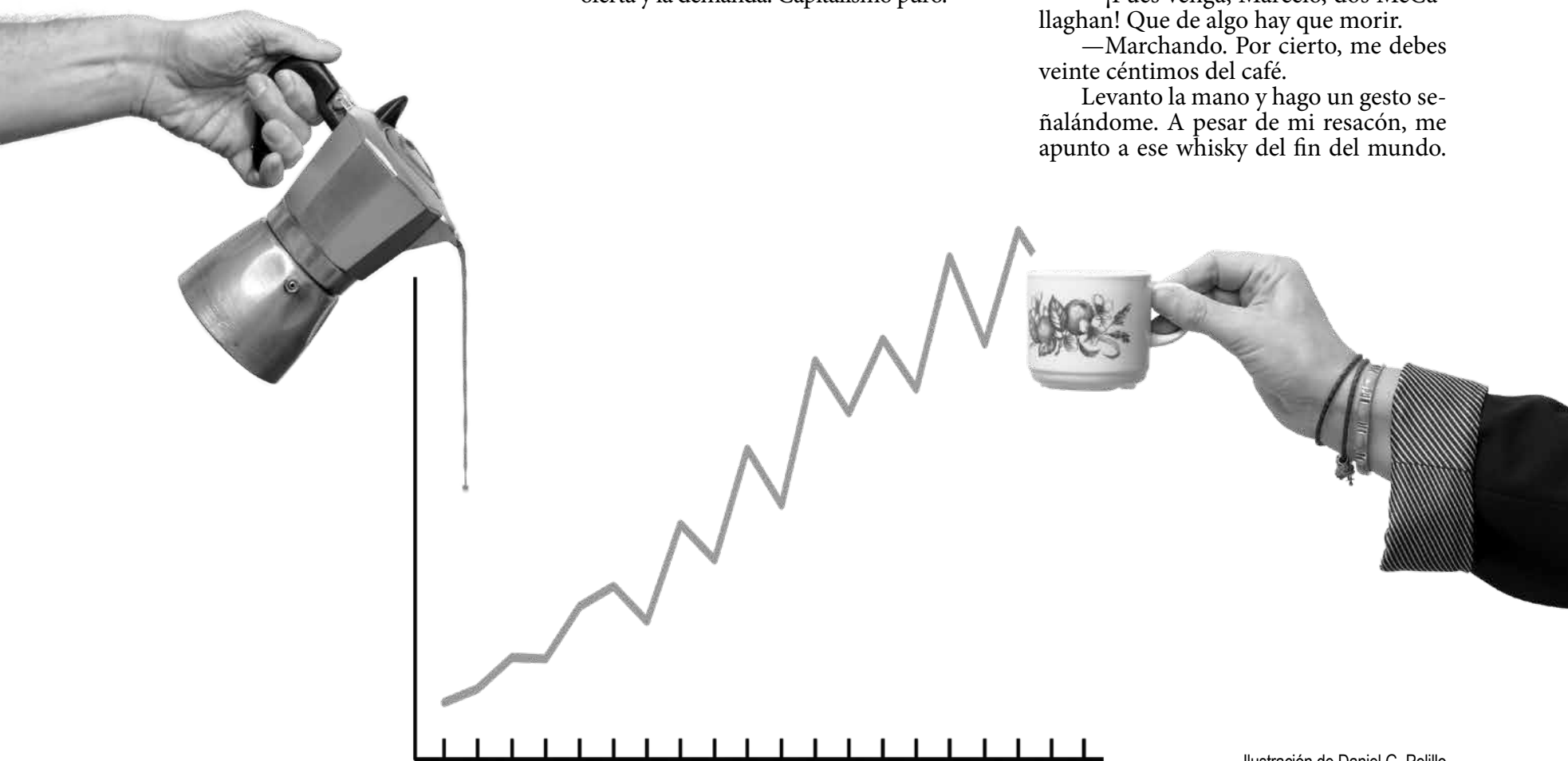


Ilustración de Daniel G. Pelillo

EMILIO HERRERA

PERO... ¿QUIÉN ERA ESE?

Iñaki López Martín

Hasta Cercedilla han llegado desde siempre visitantes y más visitantes atraídos por la belleza de estas montañas. Y para hacerlo, a lo largo de los siglos, han recurrido a los más variopintos medios de transporte.

Los primeros lo hicieron a pie, a lomos de caballerizas o en carros tirados por bueyes y caballos. Después llegaron los automóviles, las motocicletas, los autobuses, los trenes e incluso el tranvía, y los más aventureros vienen montados en sus bicicletas o deslizándose sobre unos esquís. Sin embargo, el protagonista hoy de esta sección tiene el mérito de haber sido la primera persona que ha llegado a Cercedilla ni más ni menos que por el aire. Más allá de lo insólito de esta curiosa visita, la vida de este personaje —extraordinaria, estrechamente relacionada con nuestro pueblo y hasta la fecha poco conocida— merece la pena ser contada.

En el amanecer del día de Navidad de 1908 algo singular ocurrió en Cercedilla. Poco antes de las siete de aquella mañana gélida, una extraña silueta aparecía en el horizonte deslizándose sobre

la sutil línea que a esas horas divide el cielo de las cumbres de la sierra de Guadarrama. Se trataba de algo insólito, casi mágico, y que muy probablemente debió de dejar a nuestros vecinos con la boca abierta. Un elegante globo aerostático descendía lentamente hasta tocar tierra en la ladera nevada de una de nuestras montañas.

Un pastorcillo parrao, de no más de diez años de edad, fue el primero en avistar el aerostato, y por supuesto acudió rápido al lugar del aterrizaje para interesarse por el extraño objeto caído del cielo. Cuando llegó hasta la aeronave, vio descender de ella a su único tripulante, un joven alto de unos veinticinco años, con un elegante bigote y enfundado en un grueso capote empapado. El hombre pidió amablemente al muchacho que le ayudara a recoger la barquilla de mimbre y a plegar el globo para transportarlo

todo ladera abajo hasta el pueblo. El pastorcillo fue a buscar lo imprescindible y al cabo de un rato regresó con un carro tirado por bueyes, donde cargaron los bártulos para encaminarse lentamente hacia la estación.

De esta manera excepcional, desde el cielo y en una fría mañana de Navidad, puso un pie por primera vez en Cercedilla el protagonista de este artículo: Emilio Herrera Linares.

El joven Emilio Herrera probablemente no lo sabía todavía, pero aquella no iba a ser ni mucho menos la única vez a lo largo de su vida que viniera hasta aquí. Aunque las otras muchas veces no se esmeró tanto en la puesta en escena. La relación entre Herrera y Cercedilla se sostuvo durante casi dos décadas. Desde 1917 hasta el estallido de la Guerra Civil la suya fue otra más de las tantas familias



Emilio Herrera y José Ortiz Echagüe a bordo del globo Ay Ay Ay durante la primera edición de la Copa Gordon Bennet en París; año 1906
Fuente: Biblioteca Nacional de Francia

CERCEDILLA INÉDITA

Herrera realizó, y han llegado hasta nosotros, una serie de fotografías y películas de excepcional valor para la historiografía parrá, un verdadero tesoro visual que nos permite descubrir, al tiempo que su vida íntima, la vida social de los veraneantes de la colonia de Cercedilla a principios del siglo xx y, al fondo, retazos de la vida popular de la gente de aquí por aquel entonces.

Fotogramas inéditos de las películas de Emilio Herrera. Mientras filma a su hijo montando en bicicleta en la calle Emilio Serrano alrededor de 1929 documenta de manera indirecta instantes de vida cotidiana en el pueblo. Varias personas circulan por la carretera de tierra a pie, en carreta, en caballo y en bicicleta. Una mujer lleva una cesta de mimbre, algo muy habitual, pues según me contaron en casa de pequeño las mujeres de mi familia bajaban en esas cestas la comida a sus maridos e hijos que trabajaban en el campo o con el ganado en la zona de las Pozas y Santa María. Se puede ver también a un niño transportando cántaros de leche, probablemente vacíos, en su carreta después de haber concluido el reparto por la zona baja del pueblo. Mi madre me ha contado que ella con sus primas y otros chiquillos del pueblo, hijos de familias de ganaderos, hacían lo mismo en los años cuarenta y cincuenta del siglo xx

Fuente: Atrevida Producciones



De izquierda a derecha: Emilio Herrera (Pikiki), Irene Aguilera Cappa, Carmen Aguilera Sabau y Josefa Aguilera Cappa delante de la iglesia de San Sebastián, visiblemente en obras de acondicionamiento del tejado; Pikiki lleva en la mano el estuche de la cámara Pathé con película de 9,5 mm con la que se rodaron todas estas escenas alrededor de 1930-1933

Fuente: Atrevida Producciones



EMILIO HERRERA PERO... ¿QUIÉN ERA ESE?

de la burguesía que desde Madrid venía fielmente a Cercedilla a disfrutar de las vacaciones y los fines de semana.

Pero, entonces, ¿quién era Emilio Herrera? Se ha hablado poco de él porque durante décadas su figura literalmente se borró de los libros de historia, a pesar de que en su vida había ocupado portadas de la prensa española e internacional y recibido homenajes, condecoraciones y reconocimientos de manos de reyes y jefes de Estado.

Emilio Herrera Linares nació en Granada en 1879, en una familia de consolidada tradición militar. Era hijo del coronel Emilio Herrera Ojeda y nieto del general y mariscal de campo José Agustín de Herrera García Gricelliz. Desde pequeño hizo gala de una personalidad apasionada y multifacética, que le llevó a desarrollar a la vez varias aficiones artísticas, musicales y científicas, con especial habilidad el dibujo y la matemática. El último piso de su casa familiar en Granada albergaba un bien surtido gabinete científico, equipado con los últimos adelantos, que su padre traía de París.

Fue allí donde un jovencísimo Emilio, lector entusiasta de Julio Verne, se familiarizó con el funcionamiento de todo tipo de aparatos fotográficos, eléctricos, fonográficos, microscopios, proyectores, cosmoramas e instrumentos de magia recreativa. Esta afición por la fotografía y el cinematógrafo, cultivada durante la infancia, iba a jugar durante su edad adulta un papel fundamental.

Completó sus estudios en la Academia de Ingenieros de Guadalajara, que entonces dirigía Pedro Vives Vich, el padre de la aerostación y la aviación militar y civil en España. En 1901 obtuvo el empleo de teniente del Cuerpo de Ingenieros Militares, y dos años después se incorporó a la recién creada Escuela de Aerostación de Guadalajara. Allí obtuvo sus primeros títulos aeronáuticos: el de observador, el básico de piloto de aerostato y el de primera categoría en 1905, que le permitió participar en una ascensión histórica para realizar experimentos durante un eclipse solar ese mismo año en Burgos. Poco después se incorporó como observador aerostático a las campañas militares de Marruecos,

donde fue condecorado por su habilidad para dar soporte a las tropas en tierra desde su globo.

Su destreza como aeronauta experimentado, después de numerosas ascensiones científicas y deportivas, le valió un reconocimiento que trascendió nuestras fronteras, y fue nombrado Caballero de la Legión de Honor, el más alto reconocimiento en Francia, por un espectacular vuelo de 1180 kilómetros que le llevó en una sola noche desde París hasta Hungría.

Durante su participación en la edición de 1908 de la Copa Gordon Bennet, una especie de olimpiadas de la navegación en globo, presenció en Le Mans el primer vuelo del aeroplano de los hermanos Wright en Europa. Allí estaba también Alfredo Kindelán, curiosamente otro miembro de una familia muy ligada a Cercedilla. Y Herrera y Kindelán, impresionados por lo que habían visto, lograron convencer a sus superiores de la necesidad de incorporar aviones a la aeronáutica militar española, hasta entonces dotada de globos y dirigibles.



Recibimiento a Hugo Eckener, Emilio Herrera y demás miembros de la tripulación del Graf Zeppelin LZ-127 por las calles de Nueva York (16 de octubre de 1928). El Zeppelin con Herrera como segundo comandante completó con éxito un hito de la historia aeronáutica: el primer vuelo comercial sin escalas entre Europa y América.

Fuente: Biblioteca Nacional de Austria

El catedrático e historiador granadino Emilio Atienza ha dedicado gran parte de su vida y de su obra a la investigación sobre la figura de Emilio Herrera. El lector interesado podrá encontrar en sus publicaciones toda la información que desee. También resultan muy recomendables, y muy amenas, las memorias del propio Herrera publicadas en el año 2018: *Del aire al «más allá»*.

CERCEDILLA INÉDITA

Emilio Herrera elaboró además el procedimiento para la obtención del título de piloto y promovió la construcción del primer aeródromo español, en Cuatro Vientos. Él mismo formó parte de la primera promoción de pilotos españoles, en 1911, y junto a José Ortiz Echagüe realizó el primer vuelo entre África y Europa por el estrecho de Gibraltar, en 1914, una hazaña por la que el rey Alfonso XIII lo nombró Caballero Gentilhomme de su Cámara, y fue ascendido a comandante.

Durante los siguientes años se concentró sobre todo en los aspectos científicos y comerciales del vuelo. En 1920 inauguró el Laboratorio Aerodinámico de Cuatro Vientos, diseñado completamente por él y que se convirtió en un referente mundial por disponer del mejor túnel de viento de Europa. Allí llevó a cabo estudios y comprobaciones de la aplicación a la aeronáutica de las teorías matemáticas y físicas, imprescindibles para hacer los cálculos que permitirían volar al autogiro de Juan de la Cierva. Hizo comentarios a la teoría de la relatividad de Einstein y participó, en calidad de vicepresidente de la Real Sociedad Matemática de España, en la única visita que el físico alemán realizó a nuestro país, en 1923. También impulsó la creación de la Escuela Superior Aerotécnica, predecesora de la actual Escuela Técnica Superior de Ingenieros Aeronáuticos, y fue su primer director.

Gracias a su dilatada experiencia como aeronauta y amplio conocimiento de la meteorología atlántica fue capaz de concebir el proyecto de una línea regular de dirigibles entre Europa y América, que garantizaría dos vuelos semanales entre Sevilla y Buenos Aires. Por desgracia, la falta de apoyos financieros e industriales en España no permitió que cristalizara el proyecto, que a la postre sería asumido por la empresa alemana Luftschiffbau Zeppelin, que lideraba el famoso piloto de dirigible Hugo Eckener, a partir de los cálculos y recomendaciones del proyecto original de Herrera. Fue el propio comandante Eckener, de quien Herrera se volvió estrecho colaborador y amigo, quien en octubre de 1928 le hizo participe de una hazaña que iba a dar la vuelta al mundo: el primer viaje comercial en dirigible entre Europa y América sin escalas, a bordo del *Graf Zeppelin*, del que Emilio Herrera fue segundo comandante. Tras un aparatoso viaje desde Alemania hasta Estados Unidos, después de sobrevolar territorio español, el dirigible estuvo a punto de perderse en el mar, pero finalmente logró llegar a Nueva



Emilio Herrera prueba la que es considerada como la primera escafandra espacial de la historia, proyectada por él mismo para alcanzar la estratosfera y realizar experimentos sobre el comportamiento del campo magnético terrestre y los rayos cósmicos, imposibles de llevar a cabo en una cabina presurizada. La ascensión estaba prevista para el final del verano de 1936. La Guerra Civil malogró el proyecto, que finalmente no pudo llevarse a cabo. La tela del globo acabaría reciclándose para hacer impermeables para las tropas.

Fuente: Servicio Histórico y Cultural del Ejército del Aire

Herrera era políglota y dominaba entre otros muchos idiomas el esperanto, incluso aprendió braille durante la guerra para poder leer en la oscuridad de sus vuelos nocturnos entre base y base, cuando era responsable de la aviación republicana.

York, donde los tripulantes fueron recibidos como héroes y paseados en limusinas descapotables por Broadway entre los vítores de la multitud, como había ocurrido tan solo unos meses antes con el famoso aviador Charles Lindbergh. Entonces, ¿quién fue Emilio Herrera? Se puede responder con otra pregunta: ¿cuántos españoles han sido vitoreados por las calles de Nueva York bajo una lluvia de confeti? Ese fue Herrera.

Y el hombre no parecía dispuesto a dejar de subir. En 1932 presentó nada más y nada menos que un proyecto para un viaje tripulado a la Luna, y dos años más tarde estaba concentrado en el diseño de su famosa «escafandra estratonáutica», en la que después se basaría la NASA para diseñar los actuales trajes espaciales y de la que sabemos que fue concebida durante sus trayectos en tren entre Cercedilla y Madrid.

Era inevitable entonces que acabara convirtiéndose en el principal representante español en los foros internacionales relativos a aeronáutica, y la Sociedad de Naciones (antecesora de la ONU) lo reconoció como Experto Internacional de Aviación en 1931. En nuestro país, junto a Torres Quevedo y Juan de la Cierva, se le concedió el título de ingeniero aeronáutico e ingresó en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Entonces estalló la Guerra Civil y Emilio Herrera se mantuvo leal al Gobierno de la II República. Le nombraron jefe de los Servicios Técnicos y de Instrucción de las Fuerzas Aéreas de la República (FARE), y en 1938 le ascendieron a general. El final de la guerra le sorprendió en misión diplomática en Chile y acabó instalándose en París. Ahí comenzó su larguísimo exilio: el gran hombre español tuvo que morir tres décadas después lejos de su país. Aunque por supuesto durante todos esos años siguió siendo un gran hombre en el extranjero. En París vivió el estallido de la II Guerra Mundial y la ocupación alemana. Con Pablo Picasso, Victoria Kent, José María Quiroga Plá y otros fundó la Unión de Intelectuales Españoles, en 1944. Y gracias a su amistad con Einstein, fue colaborador y revisor de documentos atómicos en la UNESCO, un puesto al que renunció cuando la ONU admitió el ingreso de la España de Franco.

Entre 1960 y 1962, ya anciano, fue presidente del Gobierno de la II República en el exilio. Murió en Ginebra en 1967, a los ochenta y ocho años. En 1993 su cuerpo fue repatriado y enterrado en el cementerio de San José de Granada, junto a la Alhambra, en presencia del rey Juan Carlos I y varias autoridades del Estado. Su memoria, a pesar de los honores, nunca ha llegado a repatriarse plenamente.

Emilio Herrera fue exponente destacado de la Edad de Plata española, integrada por científicos de fama mundial como Santiago Ramón y Cajal, Leonardo Torres Quevedo, Enrique Moles, Blas Cabrera, Miguel Catalán, Arturo Duperier, Esteban Terradas o Rafael Lorente de Nó, e intelectuales como Manuel Azaña, José Ortega y Gasset, Gregorio Maraón, Salvador de Madariaga y Américo Castro. Compartía con ellos la idea del regeneracionismo después del desastre del 1898, todos sentían la necesidad de la modernización y europeización de España como requisito indispensable para el progreso social y económico del país.

¿Y cómo fue entonces la estrecha relación que Herrera mantuvo con Cercedilla hasta que tuvo que exiliarse? Parece que surgió a raíz de su matrimonio con Irene Aguilera Cappa, en 1909. Irene, a quien había conocido años atrás durante su estancia en la Escuela de Ingenieros de Guadalajara y que sería la primera mujer española en volar, era hija de Ricardo Aguilera Paz, un reconocido ingeniero de caminos y director de Obras Públicas de Guadalajara, y de María Cappa Gerard. Tenía tres hermanos, Juan, Ricardo y Josefa, que vivían en Madrid y que igual que otros muchos miembros de la burguesía madrileña de la época visitaban asidua-

mente la sierra de Guadarrama, tanto en invierno como en verano. Era una familia conservadora, bien situada económicamente. Juan era agente de bolsa desde 1906, y llegó a ser presidente del Colegio de Agentes de Bolsa. Ricardo, ingeniero de caminos como su padre, especializado en infraestructuras ferroviarias. Su nombre aparece vinculado a la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte, y todo parece indicar que la llegada de la familia Aguilera a Cercedilla estuvo motivada por la posición de Ricardo, ya que trabajó a las órdenes de José de Aguinaga, el promotor de la línea al puerto de Navacerrada durante la segunda mitad de la década de 1910.



Emilio Herrera en compañía de sus dos hijos en el jardín del chálé Los Romerales, hoy Peña Pintada, con el puente de la estación y el Tomillar de fondo, en 1917

Fuente: Fondo Herrera Petere, Centro de la Fotografía y de la Imagen Histórica de Guadalajara (CEFIHGU), Diputación de Guadalajara

CERCEDILLA INÉDITA

Además, los tres hermanos de Irene y su sobrina, Carmen Aguilera Sabau, aparecen también en el listado de socios del Club Alpino.

Después de aquel descenso en globo del día de Navidad de 1908, existen pruebas gráficas de la presencia de Herrera en Cercedilla en 1917. El 17 de mayo de aquel año nació en Madrid su segundo hijo, Emilio Pelayo Herrera Aguilera, conocido en la familia como Pikiki, y pocas semanas después Herrera se trasladó a Cercedilla con su mujer y sus dos hijos para pasar el verano en compañía de su familia política, algo que durante las siguientes dos décadas se convertiría en costumbre.

Numerosas fotografías fechadas en 1917 muestran a Herrera en Cercedilla posando orgulloso con sus hijos, en compañía de su mujer, cuñados, nueras y sobrinos. En ellas se puede distinguir perfectamente la residencia de empleados de la compañía del Ferrocarril del Norte, el Tomillar, villa Gloria y Ródenas, y la casa que fuera del presidente José Canalejas. Todas estas fotografías se tomaron en una propiedad situada junto a la estación, en el número 34 de la actual calle de Emilio Serrano, la finca que se conoce entre la gente del pueblo como Los Romerales y que hoy se ha convertido en la posada Peña Pintada. En aquellos años el propietario de la casa era el francés, también ingeniero, Eugenio Mansi, por lo que resulta probable que conociera a la familia política de Herrera y esta hubiera llegado a algún trato con él para el disfrute de la vivienda. En una fotografía de esa serie, el primogénito, José Herrera «Petere», que había nacido en 1909 y que al cabo de los años se convertiría en escritor —miembro de la generación del 27 y premio nacional de literatura en 1938—, sostiene a su hermanito pequeño en el balconcillo que aún existe en el jardín de esa finca y desde el que se divisa un panorama magnífico del valle de la Fuenfría.

Otras fotografías correspondientes a los veranos de 1918 y 1919 muestran a varios miembros de la familia paseando por el actual camino del Agua, de excursión en las Dehesas, posando frente al puente del Descalzo o tumbados en la pradera del chalé Peñalara.

A partir del año 1920 y hasta 1935 las fotos del álbum familiar cambian de ubicación. Durante esos años la familia de Irene al completo, sus ancianos



José Herrera (Petere) sostiene a su hermano Emilio Herrera (Pikiki) en el mirador conocido como Peñas Grandes, situado sobre el Molino y el río de la Venta, en la actual casa rural Peña Pintada, desde el que se observa el panorama del valle de la Fuenfría (1917)
Fuente: Fondo Herrera Petere, Centro de la Fotografía y de la Imagen Histórica de Guadalajara (CEFIHGU), Diputación de Guadalajara



Emilio Herrera, Irene Aguilera Cappa, José Herrera (Petere), Emilio Herrera (Pikiki) y Josefa Aguilera Cappa (tía Pa) en las inmediaciones del actual camino del Agua (1918)
Misma fuente que arriba



Una de las numerosas reuniones de familiares y amigos en Cercedilla. La fotografía está tomada en el muro que delimita la finca de Los Castaños con el camino de la Paloma y el valle de la Fuenfría. Este lugar de la finca era el preferido por la familia para hacerse retratos de grupo, hay decenas de ellos (1925)

De pie: Josefa Aguilera Cappa (3.ª izq.), Irene Aguilera Cappa (5.ª izq.), Ricardo Aguilera Cappa «tio Ango» (5.º dcha.), Emilio Herrera (3.º dcha.), María Cappa Perad (2.ª dcha.), Ricardo Aguilera Paz (1.º dcha.). Sentados: José Herrera «Petere» (1.º izq.), Carmen Aguilera Sabau (4.ª izq.)

Fuente: Fondo Herrera Petere, Centro de la Fotografía y de la Imagen Histórica de Guadalajara (CEFIHGU), Diputación de Guadalajara

padres incluidos, empieza a veranear en el número 10 de la actual calle de Emilio Serrano, una zona frecuentada en aquel entonces por personas de un elevado poder adquisitivo. Todo un vecindario ilustre que por temporadas se alojaba en los hotelitos del barrio. La del número 10 era una propiedad de grandes dimensiones y podía acomodar fácilmente a todos los miembros de la numerosa familia Aguilera. Su propietario era Modesto Lafuente Dafonz, un exitoso industrial y marchante de arte, que por cierto había adquirido la finca, llamada la Herrén Nueva, de mi tatarabuela Damiana Rubio Herranz. El coqueto hotelito que hoy alberga la casa rural llamada de los Castaños había sido construido tan solo unos años antes, en 1909, rodeado de un amplio jardín y muy cerca de la estación, circunstancia que permitía a los hombres de la familia seguir bajando cómoda-



José Herrera (Petere), Carmen Aguilera Sabau (Carmencita), Irene Aguilera Cappa y Emilio Herrera sentados en el puerto de Navacerrada mirando hacia la provincia de Segovia; en segundo plano la carretera de Cotos y Guarramillas (1921)

Misma fuente que arriba

CERCEDILLA INÉDITA



Paseo por la recientemente creada colonia de Camorritos en 1925, con Siete Picos al fondo
De izquierda a derecha: Emilio Herrera (Pikiki), Carmen Aguilera Sabau, desconocida, Josefa Aguilera Cappa, desconocida, Irene Aguilera Cappa, desconocida, José Herrera (Petere)
Fuente: Fondo Herrera Petere, Centro de la Fotografía y de la Imagen Histórica de Guadalajara (CEFIHGU), Diputación de Guadalajara

mente a trabajar a Madrid en lo que se conocía por aquel entonces como «el tren de los maridos». Ya que lo habitual era que mujeres y niños permanecieran todo el verano en el pueblo mientras que los hombres iban y venían de Madrid para acudir a sus puestos de trabajo, o bien se quedaban allí entre semana y regresaban cada fin de semana.

Emilio Herrera pilotaba globos, dirigibles y aeroplanos, pero no sabía conducir ni disponía de coche propio, por lo que dependía del tren para desplazarse. En los recorridos entre Cercedilla y Madrid durante todos aquellos años coincidía asiduamente con otros veraneantes. Y aunque el viaje duraba poco más de una hora, Herrera lo aprovechaba para anotar cálculos en su inseparable cuaderno o para intercambiar pareceres sobre sus proyectos con otros viajeros. Así, por ejemplo, sabemos que el primer científi-

co español que conoció de boca de Herrera su proyecto de escafandra espacial fue José María Torroja, principal impulsor de la fotogrametría terrestre en España, con quien coincidía frecuentemente en los pasillos del tren entre Cercedilla y Madrid. Otra de las personalidades que coincidieron con Herrera e intentaron disuadirle de su arriesgado plan de vuelo estratosférico fue el doctor y académico Gregorio Marañón, que por aquel entonces pasaba largas temporadas en una casa del Ventorrillo. Y por proximidad científica y perfil profesional, es más que probable que también coincidiera con Victoriano Fernández Ascarza, director del Real Observatorio Astronómico de Madrid y propietario de cinco chalés en la actual avenida de Ramón y Cajal, a escasos metros de la residencia estival de la familia política de Herrera, cada uno con el nombre de una constelación: Orión, Perseo, Pegaso, Andrómeda y Acuario.

Cercedilla estaba en plena efervescencia y transformación. Desde la llegada del ferrocarril, muchas familias procedentes de Madrid construyeron sus segundas residencias en los alrededores de la estación. Algunos de aquellos vecinos, de hecho, han acabado prestándoles sus nombres a las calles de la zona: Francisco Muruve, Emilio Serrano, la marquesa de Casa López, el doctor Benítez, Ramón y Cajal, Joaquín Sorolla, Francisco Ruano, José de Aguinaga. Y además del ya por entonces fallecido José Canalejas, otros miembros del Gobierno tenían residencia habitual en Cercedilla, como Eduardo Cobián, Salvador Canals, Ricardo Samper, Cirilo del Río o Indalecio Prieto, y en el pueblo llegaron a celebrarse esporádicamente, durante los meses de verano, algunas reuniones del Consejo de Ministros.

En Cercedilla Herrera coincidió, prácticamente pared con pared, con el maestro Emilio Serrano, propietario del chalé de al lado, y con los hermanos Fernández Ardavín (Luis, dramaturgo, y Eusebio, director de cine), que en 1927 rodarían aquí la película muda *El bandido de la Sierra* y que vivían en el chalé de enfrente, al otro lado de la calle. También vecino suyo fue el alcalde de Madrid Luis Garrido Jurasti, propietario de la finca conocida como la Rioja, o el empresario hotelero Luis de la Cámara, propietario de villa Inesita. Tanto o incluso más viajero que el propio Herrera fue otro de sus vecinos más cercanos, el empresario y productor cinematográfico de origen mejicano Emilio Gutiérrez Bringas, bautizado en el pueblo como «el Negro», el productor de las tres primeras películas sonoras realizadas en España y propietario de la lujosa finca de Chapultepec.

La progresiva transformación de Cercedilla en localidad de veraneo de alto *standing* conllevaba la necesidad de dotar al pueblo de una serie de infraestructuras y servicios. Durante aquellos años el Ayuntamiento garantizó la canalización y suministro de agua corriente en las casas; gracias a la iniciativa del empresario Luis de la Cámara, se construyó la Fábrica de la Luz para suministrar electricidad a las viviendas, además de emprenderse varias mejoras en la limpieza e higiene urbanas, inaugurarse la escuela —en el edificio del actual Club de Mayores— y construirse una moderna plaza de toros, como nos han explicado Manuel Martín Gómez y Tomás Montalvo en sus libros sobre la Cercedilla de aquellos años.

Herrera, cámara en mano, fue testigo de algunos de estos acontecimientos, al tiempo que immortalizaba fragmentos de su vida cotidiana, lo que nos permite conocerlo en su faceta más íntima: reuniones familiares, momentos de diversión y excursiones por el campo en compañía de su mujer y sus hijos. La riqueza de su colección de fotografías es inmensa. Y por si eso no fuera suficiente, la historia nos tenía reservada otra maravilla.

Durante la realización de un documental para televisión sobre la figura de Emilio Herrera, hace un par de años, la productora encargada realizó un hallazgo en casa de los herederos. Olvidadas en el fondo de un cajón yacían, perfectamente enlatadas y precintadas, varias bobinas de película cuyo contenido les era desconocido, pues nadie las había

abierto desde hacía más de ochenta años. Al visualizar el material, la sorpresa fue mayúscula. Aquellas bobinas no contenían información técnica ni científica, como se había supuesto, sino filmaciones caseras llevadas a cabo en su mayor parte en Cercedilla, seguramente entre 1928 y 1933. Un hallazgo excepcional, pues son muy escasas las películas rodadas por aficionados en aquel periodo en España. Pero la afición de Herrera por cualquier novedad tecnológica explica la excepción, y probablemente en uno de sus constantes viajes al extranjero adquirió la cámara Pathé de 9,5 mm que empleó para hacer aquellas películas.

Las cintas de Herrera tienen un valor histórico y antropológico incuestionable para Cercedilla, ya que se trata de las imágenes en movimiento más antiguas de la localidad. Parte de ese material ha sido puesto a disposición del Ayuntamiento, que lo ha publicado recientemente en sus redes sociales, aunque soy de la opinión de que convendría ponerlo en valor catalogando y documentando su contenido adecuadamente.

En las escenas rodadas alternan momentos de vida familiar privada con eventos de carácter público. Por delante del objetivo desfilan todos los componentes de la familia e incluso él mismo, brevemente, en la única imagen en movimiento que existe de Herrera. Momentos íntimos en el jardín de los Castaños, en las inmediaciones del camino de la Paloma, en el pinarillo de la Coneja, las Dehesas, Cerro Colgado o la calle de Emilio Serrano. Comen, ríen, leen, hacen teatro, tocan el violonchelo, montan en bicicleta o a caballo, pasean por el monte y bromean felices delante de la cámara. Algunos elementos que aparecen en la película, como una excursión al parador nacional de Gredos, en Navarredonda, que se inauguró en 1928, permiten asegurar que las filmaciones son posteriores a ese año.

La familia Herrera disfrutaba inmensamente de nuestro paisaje, les gustaba hacer largas caminatas en verano y salir a «patinar» en invierno. En una carta del 27 de julio de 1933, Carmen Aguilera Sabau escribe a Carmen Soler, la novia de su primo José Herrera «Petere»:

Hemos organizado para el sábado ir desde el puerto de Navacerrada (subiendo en el tranvía) a Cabeza de Hierro y bajar luego el puerto de la Morcuera, donde nos esperará autobús o coche

para traernos. Es muy bonita excursión, según dicen, y desde luego no tan larga ni tan mala como la que hicimos la semana pasada Pikiki y yo a la Mujer Muerta, que también fue preciosa; nos cogió un granizo y tormenta del estilo de la de El Escorial. Esta de ahora son 16 Km (la otra casi) y piensa venir el tío Ango, la tía Pa y papá probablemente, y unos cuantos chicos y chicas de aquí.

Pero para la historiografía local es interesante sobre todo la participación de la familia Herrera en algunos eventos públicos y la aparición secundaria en las cintas de las calles del pueblo, donde pueden recogerse datos valiosos de tipo antropológico y social. Dada por ejemplo la circunstancia de que Emilio Herrera era una persona de profundas creencias religiosas, no es de extrañar que filmara una procesión. En esos fotogramas se observa una imagen de la Virgen del Rosario y otra de San Antonio, al entrar y salir de la iglesia de San Sebastián, dos esculturas que en julio de 1936 fueron destruidas a hachazos y quemadas, durante los primeros días de la Guerra Civil, lo que convierte a esta película en un documento valioso para el estudio de la religiosidad popular y también en un símbolo de la convulsión histórica española en el siglo xx. En ella aparecen diversas autoridades civiles y religiosas; entre estas últimas, José Polo García y Alejandro de Castro García, curas de Cercedilla y de Los Molinos respectivamente, los dos asesinados en agosto de 1936. Don José fue el párroco de Cercedilla desde el verano de 1930, por lo que la filmación es necesariamente posterior a esa fecha. No puedo asegurarlo con rotundidad pero, basándome en la documentación de hemeroteca que he consultado y a juzgar por las vestimentas de los asistentes y la presencia de las niñas de las colonias escolares, es muy probable que se trate de la fiesta de la Natividad o la del Dulce Nombre de María, que se celebraban el 8 y el 12 de septiembre y marcaban el final del veraneo. Resultan muy interesantes las secuencias de la familia Herrera paseando por el pueblo o en la plaza Mayor, participando del ambiente festivo: chiquillos que se arremolinan alrededor de un vendedor de caramelos, la terraza del bar Colonial a rebosar de clientes o un festejo en la plaza de toros aún inacabada.

La última imagen que muestra a la familia Herrera al completo en Cercedilla está fechada probablemente en 1935. El estallido de la guerra sorprende a Emilio en

CERCEDILLA INÉDITA

Santander, impartiendo unos cursos de verano. Desconocemos si el resto de la familia estaba en ese momento en Cercedilla. En el verano de 1936 la casa de verano de la familia Herrera, como la mayor parte de las de la zona, fue confiscada por el Gobierno de la República para alojar a los numerosos grupos de milicianos que llegaron para incorporarse al frente. El chalé de Chapultepec albergó la comandancia general, y los Castaños se convirtió inicialmente en una escuela pública mixta. Allí estudiaron varios niños del pueblo, entre ellos algunos de mis familiares, hasta que la amenaza del fuego de artillería de los sublevados desde el Alto del León

aconsejó desplazar la escuela a una zona más segura, concretamente a un chalé en Camorritos propiedad del psiquiatra y discípulo de Ramón y Cajal doctor Gonzalo Rodríguez Lafora.

La familia Herrera ya no regresaría jamás a Cercedilla, y el recuerdo de su presencia entre nosotros se desvanecería por completo. Petere, militante del Partido Comunista, se incorporó brevemente al frente del Guadarrama como voluntario del Quinto Regimiento, junto a otros poetas e intelectuales como Miguel Hernández o Rafael Alberti, y acabó en el exilio junto a su esposa, Carmen Soler, primero en México y más tarde en Suiza. Su her-

mano Pikiki había seguido los pasos de su padre: se formó como piloto de combate en la Unión Soviética y falleció en 1937 abatido en el frente de Aragón por cazas italianos. Tenía tan solo veinte años, y su cuerpo nunca fue encontrado. La familia conoció de cerca los horrores de la guerra. Y Cercedilla acabó olvidándose de ellos, pero ellos nunca se olvidaron de Cercedilla. Las referencias a nuestro pueblo, al valle de la Fuenfría o la sierra de Guadarrama son constantes por ejemplo en las numerosas cartas que se intercambiaban desde el exilio con familiares y amigos. En enero de 1947 Petere escribía a su esposa desde Canadá una carta llena de referencias nostálgicas a nuestro pueblo:



Retrato de familia en Los Castaños, Cercedilla. Carmen Aguilera Sabau, que hasta entonces aparecía en todas las fotos, dejará de hacerlo alrededor de 1935. Se hizo monja carmelita y partió como misionera a la India, donde ya residía al estallar la Guerra Civil. Esta fotografía pudiera ser tanto de 1935 como de principios de 1936.

Se trata de la última fotografía de la familia Herrera en Cercedilla

De pie (de izquierda a derecha): Emilio Herrera, Irene Aguilar, Emilio Herrera (Pikiki), Juan Aguilera Cappa, Josefa Aguilera Cappa y José Herrera (Petere)

Sentados (de izquierda a derecha): Ricardo Aguilera Paz, María Cappa Perard e Irene Aguilera Paz

Fuente: Fondo Herrera Petere, Centro de la Fotografía y de la Imagen Histórica de Guadalajara (CEFIHGU), Diputación de Guadalajara

Montreal es lo mismo que el túnel de la Cañada [se refiere al túnel de la estación] o que el restaurante Las Dos Castillas del puerto de Navacerrada. Todo está nevado y helado, mucha gente va vestida de sierra y con esquís por la calle, hay trineos tirados por caballos. La ciudad me ha causado bastante buen efecto. Hay cuestras donde los adolescentes patinan, los niños se arrojan bolas de nieve. Hay un silencio encantador. Cuando llegué la International Labor Office estaba cerrada y la calle Drummond parecía la carretera de la Fuenfría.

Rafael Alberti, que había conocido a Petere en Cercedilla antes de la guerra, de veraneo en casa de Maruja Mallo, decía de él: «José Herrera, a quien conocí en Cercedilla, en donde veraneaba con su familia, era un muchacho enamorado, hasta la obsesión, por la geografía. De la sierra de Guadarrama se sabía los nombres de todos los picachos, los pueblos, los puertos, los riachuelos...». Cercedilla dejó una profunda huella en la memoria y los recuerdos de la gran familia Herrera. Tal vez haya llegado la hora de corresponder a ese cariño.

A principios del siglo XXI tuve la oportunidad de charlar con uno de nuestros vecinos más ancianos, un buen conocedor de todas las familias del barrio de La Tejera. Al hacer el recuento de las personalidades que habitaron aquellos chalés cuando él era un adolescente, se refería a Emilio Herrera simplemente como «el aviador».

Y un último detalle. En los años treinta, en una visita que Emilio Herrera hizo a casa de su íntimo amigo Juan de la Cierva, en Madrid, sucedió algo asombroso:

Me saludó el portero, un arrogante hombre barbudo con una elegante levita, preguntándome si yo había aterrizado alguna vez el día de Navidad en la sierra de Guadarrama y, al decirle que sí, me contestó: «Pues el chico que le ayudó era yo».

¿Sabremos algún día quién fue aquel pastorcillo parrao?

Nota: Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a Carmen Bustos, propietaria de la casa rural Los Castaños, al director de Atrevida Producciones, Alberto Flechoso, y al catedrático Emilio Atienza por su ayuda en el proceso de documentación que llevé a cabo para escribir este artículo.



Autorretrato de Emilio Herrera incluido en la dedicatoria de un libro para un amigo, pocos días antes del estallido de la Guerra Civil, durante los cursos de verano en la Universidad Internacional de La Magdalena (Santander). Irene, su mujer, manifestó en alguna ocasión que no dudaría en acompañar a su marido durante su vuelo estratosférico. Ella o su hijo pudieran estar representados por la segunda figura
Fuente: Thomas F. Glick *Flying. The Memoirs of a Spanish Aeronaut*, Albuquerque, 1984

DOS ABEJAS

Jorge Riechmann

Esto son
dos abejas

hermanas abrazadas
en la corola roja de una flor

soñando
suaves sueños de abeja
a la manera de alguna resurrección egipcia
mientras enlazan patitas salpicadas de polen

Ha enviado la fotografía
Daniel, nuestro poeta piloto o viceversa, quien precisa:
las abejas duermen
entre cinco y seis horas al día
y a menudo lo hacen de esta forma, sosteniéndose
las patas entre ellas

Son dos abejas soñando
la suavidad del mundo impermanente
desde el rojo centro de todo lo creado

Uno quisiera
tener así seis patitas para poder dormir
con esa confianza en la salud del Sol
que morirá sin embargo

Qué indiscreción contemplar
a estas amigas obreras
desnudas abrazadas en su sueño espiral:
sabemos que mientras se enlacen de esa forma
el Sol no puede, no puede morir

Corremos con cuidado la cortina
de su mejor sueño de aquel su abrazo espiral
que será el nuestro
al menos esta noche
perlada de estrellas suaves como polen

Efímera noche sin fin
donde gustamos la miel del universo

JM Neely

Jorge Riechmann escribió este poema
al ver la fotografía de JM Neely;
el original en color puede verse en la página
www.jmneelyphotography.com



DEDALERA

EL REMEDIO MORTAL QUE HABITA ENTRE LAS ROCAS

Manuel Peinado Lorca

***Digitalis purpurea* L.** En España, dedalera o digital, por la forma de sus flores, que parecen dedos. El nombre común en inglés es *foxglove*, literalmente «guante de zorro». Puede que fox derive de *folk* (pueblo), en relación con su empleo ancestral como remedio en la medicina popular inglesa.

En inglés también recibe el nombre de *witches' bell* (campana de las brujas) y *fox's gliew* (en noruego *gliew* es un instrumento similar a la campana), mientras que el alemán *fingerhut* (dedal) se acerca más al término español. En el *Dictionary of English Names* se aproxima la etimología de la palabra al hecho de que las dedaleras suelen crecer cerca de las madrigueras de los zorros, algo que nadie ha comprobado.

La dedalera es una hierba bienal, es decir, su ciclo de vida dura dos años; en el primero, cuando una nueva planta germina a partir de una semilla, forma una roseta de hojas basales lanceoladas, de hasta treinta

y cinco centímetros de largas por unos diez de anchas, cubiertas de un **tomento** grisáceo blanquecino formado por unos pelos largos y otros cortos y **glandulíferos**; en ese estado, sin florecer, como un ramillete de hojas que surgen de un tallo de apenas dos palmos de altura, pasa el invierno a veces semienterrada por la nieve.

Una vez superado el frío invernal, estimuladas por el proceso de **vernalización**, en la primavera siguiente, allá por mayo o junio, en el segundo año de su vida, emite flores en **racimos unilaterales**. Las flores **hermafroditas** son cilíndrico campanuladas, con el tubo gradualmente adelgazado hacia la base, como dedos de color pur-

púreo o rosado, con manchas rojo oscuras con bordes más claros en la garganta. Los frutos son unas cápsulas cónicas de diez a quince milímetros de longitud en cuyo interior hay centenares de semillas minúsculas.

La dedalera se distribuye por la mitad occidental de Europa y el norte de África (Rif y Atlas), y es común en la mitad occidental de toda la península Ibérica. Habita en roquedos, taludes herbosos, bordes de caminos forestales y bosques aclarados de las montañas; por lo general rehúye los terrenos calcáreos, por lo que encuentra un amplio territorio en las rocas silíceas de toda la sierra de Guadarrama.



Flor de *Digitalis purpurea* (fotografía de Daniel G. Pelillo)

PLANTAS DE AQUÍ

*Vida o muerte:
la cuestión está en la dosis*

Hace unos quinientos años, en pleno Renacimiento, Paracelso, un médico y alquimista suizo, escribió que «todo es veneno y nada es veneno, solo la dosis hace el veneno». Podría haber estado pensando en la dedalera. Esta planta contiene una treintena de compuestos **cardiotónicos**, que actúan sobre el corazón regulando su ritmo y pueden provocar peligrosas arritmias, incluso la muerte en dosis superiores a las terapéuticas. Porque propiedades terapéuticas también tiene, y eso precisamente fue lo que descubrió en el siglo XVIII un médico inglés cuando, gracias a la dedalera, ofreció al mundo uno de los fármacos más valiosos para tratar las cardiopatías.

Antes de que la dedalera se colocase en la cima de las plantas con aplicaciones farmacológicas, las propiedades curativas secretas de esta planta tenida por venenosa habían formado parte del folclore anglosajón durante siglos, aunque en tiempos de la brujería habría sido una temeridad proclamar sus virtudes a los cuatro vientos.

En las paredes de una iglesia de Birmingham hay una curiosa placa tallada en piedra en la que aparece una dedalera. La placa recuerda al médico local William Withering. Nacido en 1741, Withering había batallado durante diez años contra dos enfermedades: la hidropesía, que afectaba a otros, y la tuberculosis, que amenazaba a sus propios pulmones. Combatió la primera gracias al hallazgo de la dedalera, pero la segunda acabó con su vida en 1799.

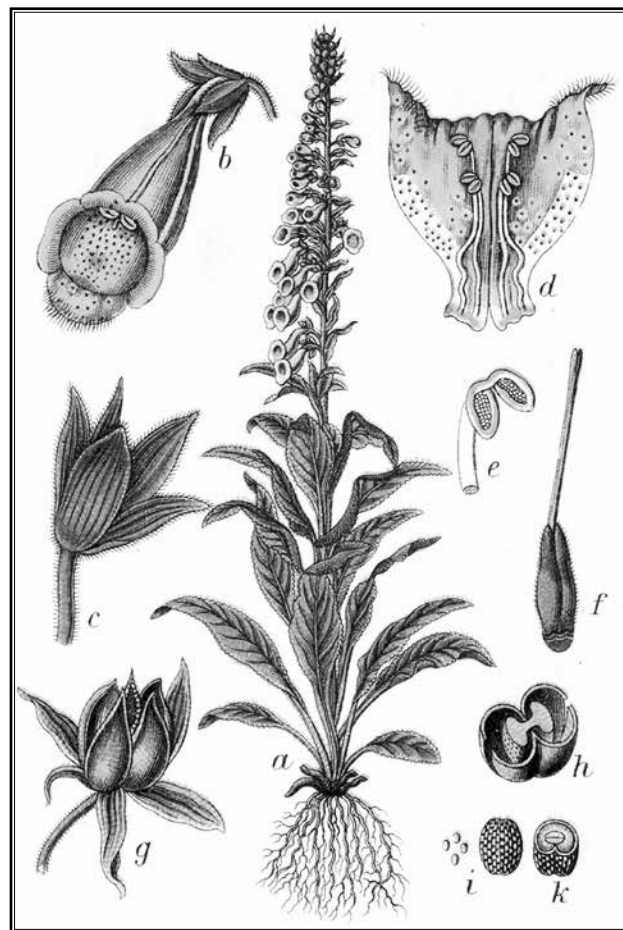
Trabajando como médico en el Birmingham General Hospital, un puesto que había conseguido gracias a la recomendación de Erasmus Darwin —el abuelo de Charles, que sería el más famoso de los naturalistas—, Withering tendió puentes entre la medicina oficial y el herbolario tradicional cuando conoció a un paciente que se había curado de hidropesía gracias a unas hierbas. Rebuscando en la bolsita que le enseñó, descubrió la dedalera. Durante diez años realizó pruebas clínicas con el principio activo de esta planta, la digitoxina, y concluyó que curaba la hidropesía en una época en la que era una auténtica plaga en toda Inglaterra.

La hidropesía, edema o retención de líquido es la acumulación de líquido claro en los tejidos o cavidades del cuerpo. No constituye una enfermedad por sí

sola, sino un síntoma clínico de diversas enfermedades del corazón, los riñones y el aparato digestivo. Además de que las hojas de dedalera tienen propiedades diuréticas, es decir, que favorecen la eliminación de orina, los efectos benéficos de la digital se refieren sobre todo a la llamada hidropesía congestiva.

La fuerza de bombeo del corazón ayuda a mantener una presión normal en los vasos sanguíneos. Pero si el corazón empieza a fallar (situación conocida como fallo cardíaco congestivo), la presión cambia y puede causar una retención de agua muy severa. Esta retención hídrica se aprecia en piernas, pies y tobillos, pero además puede producirse una acumulación de líquido en los pulmones, con tos crónica.

En tiempos de Whitering, la hidropesía causaba el grotesco efecto de hinchar el



Digitalis purpurea en una lámina de 1796 dibujada por Jacob Sturm e incluida en la *Deutschlands Flora in Abbildungen* de Johann Georg Sturm. a: Porte de la planta; obsérvese como la práctica totalidad de las flores crecen hacia un solo lado (racimo unilateral). b: Flor. c: Detalle del cáliz. d: Sección longitudinal de una flor abierta mostrando cuatro estambres. e: Detalle del extremo del estambre mostrando dos anteras abiertas en cuyo interior los granitos representan los granos de polen. f: Ovario, con la cavidad ovárica en la base y un largo estilo. g: Detalle de una cápsula (fruto) abierta, superpuesta a los restos del cáliz. h: Sección transversal de la cavidad ovárica, con sendas semillas ampliadas en i y k; en esta última, la sección transversal de la semilla muestra el pequeño embrión con dos cotiledones (hojas embrionarias).



Retrato de William Withering
(dibujo de Carl Fredric von Breda)

DEDALERA, EL REMEDIO MORTAL QUE HABITA ENTRE LAS ROCAS



Racimo «unilateral» de flores de *Digitalis purpurea*
(fotografía de Luis Monje)

cuerpo hasta el punto de que las víctimas se ahogaban en sus propios fluidos corporales. Y cuando los pulmones se encharcaban, las víctimas morían de asfixia. Los médicos purgaban a sus pacientes para extraerles varios litros de fluidos del organismo. A veces funcionaba: según se contaba, el conde de Oxford se purgó dos o tres veces y siguió una dieta a base de caldo de canario espesado con la yema de un huevo recién puesto y sus vísceras cocinadas con abundantes ajo y rábano picantes, un tratamiento radical que fue «bendecido con un gran éxito». Puede que fuese así, pero la mayoría de las veces los pacientes sucumbían a la enfermedad.

Antes de que William Withering publicara sus efectos curativos, ningún médico prudente se había planteado utilizar la dedalera silvestre como un

remedio terapéutico. El reputado herborista John Gerard rechazó «lo que los franceses llaman *gantes de Nôtre Dame* (guantes de Nuestra Señora), porque en su acreditada opinión «la dedalera es amarga, caliente y seca, con ciertas cualidades **depurativas**; a pesar de lo cual no se utiliza ni se elabora con ella ningún medicamento». Su opinión era hija de la prudencia.

Numerosos herboristas ingleses habrían discrepado de esa rotunda afirmación si no hubieran tenido miedo de ser quemados en la hoguera. Mientras que los médicos abordaban las enfermedades de sus pacientes desde un punto de vista tan holístico como ineficaz, con recomendaciones como aire puro, ejercicio, descanso y control de emociones fuertes como el placer y la ansiedad, el ama de casa del medio rural confiaba en la sabiduría de la herboristería ancestral.



Algunos personajes parecen haber sufrido intoxicaciones por digitálicos, como el pintor impresionista Vincent Van Gogh. A partir de 1886 y hasta su muerte en 1890, sus pinturas muestran una tendencia marcada hacia el amarillo, por lo que la historia del arte acabó caracterizando aquel como su Período Amarillo. Sin embargo, la xantopsia (trastorno de la visión que afecta particularmente a la percepción de los colores amarillo y verde) y el efecto corona (halos cromáticos que circundan los cuerpos) de su último periodo son probablemente debidos a una intoxicación digitálica, porque a finales del siglo XIX se usaban los preparados a base de dedalera para el tratamiento de la epilepsia, que el pintor padecía por su adicción a la absenta. Se piensa que el *Período Amarillo* de Van Gogh se debió a una terapia con digitálicos prescrita por el doctor Paul Gachet, su médico y mecenas. De hecho, el *retrato del doctor Gachet* presenta al galeno sosteniendo un racimo de dedalera.

PLANTAS DE AQUÍ

La dedalera se ha utilizado como veneno en casos de asesinato y suicidio, tanto en la vida real como en la literatura policíaca. En dos novelas de Agatha Christie se utiliza la tintura digitálica como método para el asesinato (*Cita con la muerte* y *Señorita Marple y 13 problemas*). Pero también en la vida real dos casos de asesinatos múltiples en los que se utilizó digitoxina se han hecho famosos en los últimos años. En 2004, la enfermera holandesa Lucy de Berk, conocida como la «enfermera de la muerte», fue declarada culpable de siete asesinatos, uno de ellos de una niña de seis meses. Los jueces explicaron con detalle las circunstancias de la muerte de la niña, que falleció por la «inyección letal e intravenosa de digitoxina». Otro caso muy conocido es el de Charles Cullen, un enfermero americano que fue condenado por cuarenta asesinatos, aunque se cree que mató a más de ochocientas personas entre 1998 y 2002, utilizando sobre todo dosis letales de insulina y digitoxina.



Flores de *Digitalis purpurea*
(fotografía de Luis Monje)



Un abejorro (*Bombus* sp.) liba flores de *Digitalis purpurea*
(fotografía de Antonio Málaga)

Las mujeres de los pueblos conocían las propiedades analgésicas del mirto y de la corteza de sauce, trataban las lombrices intestinales con plantas **vermífugas** como la artemisa o preparaban ungüentos, bizmas, emplastos, aceites reparadores y tisanas para curar tal cantidad de males que harían palidecer a esa mirífica panacea cervantina que era el bálsamo de Fierabrás. Pero hasta el siglo xv las mujeres solo podían transmitir oralmente sus conocimientos porque como la *lingua medica* era el latín y ellas estaban condenadas al analfabetismo, los remedios populares eran un arcano transmitido de madres a hijas y de vecina a vecina, con las cautelas propias del temor a ser acusadas de discípulas de Satán.

Pese a las reticencias de Gerard, las mujeres sabían que la «dedalera del médico» era una planta poderosa que podía matar o curar a los enfermos. En

pequeñas dosis era curativa, pero si se utilizaba para tratar la insuficiencia renal su principio activo se acumulaba en el organismo en dosis letales, con unos efectos tóxicos que ya eran conocidos desde el siglo xvi por el médico renacentista Leonard Fuchs.

En su *Modern Herbal* (1931), una recopilación de hierbas medicinales inglesas que se remonta hasta la Edad Media, Maude Grieve escribe que la dedalera se usaba tradicionalmente tanto para afecciones cardíacas y renales, como para tratar hemorragias internas, inflamaciones, epilepsia y otras enfermedades. Grieve podría haber añadido algunos otros consejos: la dedalera protegía a otras plantas de enfermedades, impedía que las patatas y los tomates almacenados se pudrieran y, como flor cortada, permitía que las demás flores del jarrón se mantuvieran frescas más tiempo.

DEDALERA, EL REMEDIO MORTAL QUE HABITA ENTRE LAS ROCAS

Un veneno voluble y azucarado

Whitering se centró en la cura de la hidropesía, y en sus anotaciones y análisis clínicos describió los posibles efectos tóxicos de la dedalera, pero hubo que esperar hasta 1850 para que el médico alemán Ludwig Traube describiera los efectos sobre el músculo cardíaco. Traube observó que en pequeñas dosis estimulaba el corazón, aunque si se sobrepasaban podía provocarse la paralización del músculo cardíaco.

Su conclusión fue que la ingestión moderada de las hojas de forma ocasional estaba indicada para la regulación del pulso o el tratamiento de la epilepsia, e incluso que las infusiones de hojas estaban indicadas contra los resfriados, de forma que empezó a recomendarse como «saludable» para el organismo y el paciente.

Así estaban las cosas cuando a mediados del siglo pasado empezaron a publicarse las primeras alertas sobre las propiedades venenosas de la dedalera. Los efectos beneficiosos o tóxicos parecían variar de acuerdo a algún factor desconocido que comenzó a relacionarse con la idiosincrasia de cada paciente o con la aplicación errónea de las dosis.

Sin embargo, conforme los farmacólogos fueron analizando científicamente la planta y empezaron a aislarse sus principios activos, en especial la digitoxina, pudo comprobarse que, a fuerza de estimular el corazón, la digitoxina podía llegar a provocar un infarto. La cuestión era encontrar la dosis exacta,

y aquí radicaba un nuevo enigma: cada planta representaba en sí misma un misterio. La conclusión era que no solo de una planta a otra, sino incluso en la misma planta o en una sola de sus hojas los niveles de digitoxina eran extremadamente variables.

Poco a poco la experimentación fue descubriendo que en cualquier planta observada la cantidad de digitoxina variaba a lo largo del día. La digitoxina es, esencialmente, un **glucósido**, es decir, un compuesto a base de glucosa, que es el azúcar empleado como «combustible» para alimentar el metabolismo de cualquier organismo. Mientras que, como consecuencia de la producción fotosintética, la digitoxina se iba acumulando durante el día hasta alcanzar su máxima concentración en las hojas por la tarde, durante la noche, cuando la planta respiraba y consumía glucosa, los niveles comenzaban a descender progresivamente hasta el amanecer, momento en el que eran mínimos o inexistentes.

Se comprobó también que la exposición a una mayor cantidad de horas de sol o el tipo de terreno en el que crecía la planta podían incrementar o hacer descender el nivel de digitoxina foliar; además, dependiendo de si las hojas eran jóvenes o viejas, la cantidad era muy diferente. A según qué horas y en qué condiciones, solo tres hojas podían ser suficientes para resultar mortales, de ahí que estén ampliamente docu-

mentados casos de envenenamientos producidos por la planta.

Progresivamente, la comunidad médica fue rechazando su uso terapéutico directo por la dificultad de calcular correctamente la cantidad de principio activo que había en cada momento. Incluso algunos farmacéuticos experimentados, que en teoría deberían de saber a la perfección cómo calcular las concentraciones, no dejaban de tener problemas con las dosis.

Hoy en día se sabe que una cantidad superior a dos miligramos de digitoxina hace que los latidos del corazón vayan a un menor ritmo, pero al poco tiempo se producen arritmias que pueden desembocar en un paro cardíaco: se inhibe la actividad de una enzima, lo que provoca un incremento inmediato de los niveles de calcio intracelular y en la gran mayoría de los casos acaba llevando a la muerte.

Sin embargo, muchos cardiólogos siguen valorando positivamente varios medicamentos basados en la digitoxina y los emplean con sus pacientes. Aunque hoy la farmacología garantiza ciertas condiciones especiales de recogida de la planta y posteriormente la somete a una rigurosa extracción química de sus componentes.

Así que cuando caminando por sendas y veredas, entre breñas, riscos y roquedales, veas a tus pies las hermosas flores de la dedalera, acuérdate de Paracelso.



Retrato de Paracelso en 1538
(grabado de Augustin Hirschvogel)

cápsula. Tipo de fruto seco que se abre al madurar para liberar las semillas.

cardiotónico. Sustancia que aumenta la eficiencia de la función cardíaca al disminuir el consumo de oxígeno. Fundamentalmente se presentan en vegetales, aunque están muy restringidos a una quincena de familias. El cardiotónico de origen vegetal más conocido y potente es la digoxina y sus derivados producidos por la dedalera, que se emplean por vía oral para el tratamiento de la insuficiencia cardíaca, principalmente cuando presenta fibrilación auricular y arritmias cardíacas.

depurativo. Sustancia que elimina las toxinas de un organismo o purifica los líquidos del cuerpo, en especial la sangre. En medicina popular muchas plantas se emplean en tisanas como depurativos naturales.

glandulífero. Epíteto latino que viene de *glandis*, «glándula», y *fer*, «que lleva», que alude a las glándulas que portan muchas plantas, a veces en pelos especiales, en las que acumulan sustancias diversas causantes del aroma o de la producción de néctar u otros compuestos metabólicos.

glucósido. Moléculas compuestas por un hidrato de carbono o glúcido y un compuesto no glucídico. Muchas plantas almacenan los productos químicos importantes en forma de glucósidos inactivos;

si estos productos químicos son necesarios, se hidrolizan generando azúcares necesarios para el metabolismo de la planta. Muchos glucósidos de origen vegetal se utilizan como medicamentos.

hermafrodita. Aplicado a las flores, se dice de aquellas que presentan estambres, los órganos masculinos productores de polen, y ovarios, que contienen los primordios seminales u óvulos.

racimo. Conjunto de flores que nacen de un tallo común. Cuando todos los cabillos que sostienen cada una de las flores miran hacia el mismo lado, se habla de racimos unilaterales.

tomento. Conjunto de pelos a menudo doblados y enmarañados que, a modo de fieltro, forma capas de lana, generalmente de color blanquecino, argénteo o grisáceo, que cubren la superficie de las hojas y tallos de muchas plantas.

vermífugo. Sustancia que mata o expulsa las lombrices intestinales.

vernalización. Del latín *vernalis*, «primaveral», en alusión a que la floración, es decir, la apertura primaveral de las flores de algunas plantas herbáceas, exige un periodo variable de frío previo. La vernalización o cantidad mínima de horas de frío requeridas varía en las distintas especies.



Racimo de flores de *Digitalis purpurea*
(fotografía de Daniel G. Pelillo)



DÍAS DE RADIO (CERCEDILLA)

Paco Cifuentes

Vivir es ver volver. Escuché este aforismo en el programa «Buena Luna, Cercedilla» y algunas de las pocas neuronas que me quedan empezaron a reconectarse. La frase parecía de Heidegger, aunque también pudiera ser de Gardel. O incluso de Antonio Muñoz Molina. Pero no. Según Robbie K. Jones, uno de los locutores, la frase es de Azorín.

Cuando yo era pequeño en casa no teníamos televisión. Por eso entiendo tan bien que mi hija de catorce años se queje por no tener *smartphone*. No tienes de qué hablar con los compañeros ni entiendes algunas bromas ni ciertos motes. Por eso nos pasábamos el día escuchando la radio. Mientras jugábamos, desayunábamos, hacíamos los deberes, nos pegábamos, lo que fuera. Era el murmullo de fondo de nuestra existencia cotidiana.

Vivir es ver volver y mi memoria ya no es la que era. He dejado de trabajar y soy lo que Aristóteles consideraba un verdadero hombre libre, dedicado a la vida contemplativa. Y como en este pueblo no hay muchas obras que vigilar estoy volviendo a la adicción a la radio. En particular a Radio Cercedilla. Os la recomiendo.

Es una radio que no se escucha en la radio, tienes que escucharla a través del ordenador o en un *smartphone*. Lo bueno es que puedes hacerlo en directo o cuando mejor te venga, descargándote el *podcast* correspondiente. Es una radio no comercial, sin ánimo de lucro, colaborativa, constituida en los tiempos de aislamiento por el covid-19 con pocos medios y mucha ilusión, y abierta a todo tipo de ideas.

Ahora mismo tiene ocho programas en su parrilla y para no daros mucho la brasa, solo voy a hablar de un par de ellos. Pero no os perdáis los demás.

«Buena Luna, Cercedilla» es un *magazine* que se emite en directo los lunes a eso de las nueve de la noche. Además de Robbie, colaboran Elena Ángel, F. Francesca y Jorge Jimeno. A mí, junto con los concursos, lo que más me gusta son las entrevistas.

No sabría deciros con qué disfruto más, si con aquellos que conozco (Luismi el alcalde, Mari Carmen López, Edu Capuz, Tessa Estévez, Nino Arias, Gemma y Tito Matos, Gabi Estévez, Isabel Pérez Montalvo, Raúl Carrizo, Federico el peluquero, Cristina Gómez, Tomás Montalvo, Juani López, Glenn Salgoud, Rosana Acquaroni, Alfredo y Sandra Gómez, Varadi, Amai Valera, Pinino, Coco Moya, Enrique Tintero o Jorge Ruiz), o con esos vecinos cuya existencia me era más o menos desconocida, casi siempre a causa de su insultante juventud (Carla Prieto, Andrés Duncan, Gabriela, Carmelo Nieto, Nelly Sempere, Miguel Aguilar, el novillero hidrocálido, Elena Santaolalla, Sebas Retamal, María Álvarez, Carlos Oliveros, Violeta Sangüesa, Jorge Dial Ambruster, Nuria Fernández Gamboa, Manuel González, Ambrosio Botello «Pirri», nuestro enterrador, o Enrique García Barbero, nuestro dentista). Se siente uno afortunado y orgulloso de vivir en este entorno y con esta compañía.

Vivir es ver volver. Cuando yo era pequeño una vecina nos daba clases de guitarra a mi hermano Mariano y a mí. No sabíamos solfeo y nos enseñaba por cifra.

Aún tengo los cuadernos con las partituras: «Farruca», «Verdiales», «Peteneras», «Malagueñas». Estábamos aprendiendo a tocar flamenco sin saberlo. Lo he descubierto muchos años después, escuchando «El Viaje del Duende», el otro programa de Radio Cercedilla que me tiene cautivado. Lo dirige Tessa Estévez y me ha abierto las puertas a uno de esos universos paralelos de los que habla la física cuántica. A una mitología que compite en héroes y dioses con la Teogonía de Hesíodo. Un programa tan didáctico que hasta yo puedo llevar el compás. Cantaores y cantoras, bailarinas y bailarines, tocaos y tocaoras mostrando su arte a través de los distintos palos tan bien explicados por Pablo San Nicasio o Juan Verdú «Patas Largas». En algún momento de mi vida, mis hijos me cambiaron el apelativo pasando de llamarme «Paco» o «Papá», a ser «La Paca». Ahora me gustaría pasar a la posteridad como «La Paquera Parrá».

Vivir es ver volver. La frase me sigue persiguiendo y de pronto recuerdo dónde la leí por primera vez. En *La casa encendida*, de Luis Rosales, que tanto admiraba a Azorín.



El equipo de Buena Luna, Cercedilla entrevistando en directo al alcalde, Luis Miguel Peña (fotograma de un vídeo de Daniel G. Pelillo)

AUSENCIAS EN EL PAISAJE

Pedro Sáez

Los personajes del Pallars Sobirà no dejan de sorprenderte. Vi a un pastor comunal que llevaba rastas hasta la cintura y un cayado de gigante, varios palmos más alto que él.

Bajaba desde lo alto de un cerro con una escolta de ovejas y mastines y, según se acercaba, su figura iba adquiriendo la desmesura de un personaje bíblico: Moisés bajando del Sinaí con las tablas de la ley o Juan Bautista gritando arrepentimientos y maldiciones. Cuando llegó hasta nosotros, era solo para reñirnos porque mi amiga llevaba a su perro sin correa, nada serio. El perro se llamaba Brontë, como las hermanas novelistas de Inglaterra, y ella era Meritxell, la librera de Alins, la pequeña mujer de hierro de Vallferrara, que literalmente significa el valle del hierro. Allí las rocas tienen hierro, son rojizas, y las personas también son de hierro. Allí se ha trabajado y se trabaja el hierro y hay esculturas y artesanías de forja por muchos rincones. Todos los años se celebra la fiesta de la forja y hubo un tiempo, antes de que los altos hornos vascos monopoli-

zaran el proceso de este metal, en que el valle bullía de fraguas que aprovechaban los saltos de agua para suministrar energía a los martinetes. Las fraguas se llaman aquí *fargas*. A veces te encuentras espacios vacíos con un pequeño panel informativo que cuenta que allí, en su día, se levantaba una, de la que ya no hay restos salvo trazas de escoria entre la hierba o una acequia que traía el agua desde un torrente cercano. Esta parte del Pallars es así, un lugar de ausencias, de memorias perdidas y de la firme vocación por convocarlas.

Yo fui a Alins, al Pallars Sobirà, para presentar un libro. En un cerro muy cercano al pueblo hay una ermita románica. Subimos de noche. En cuanto estuve en el lugar, sentí la magia. Un sitio para celebrar aquelarres y encuentros de brujas, dije. Y Meritxell me lo confirmó. La er-

mita estaba completamente vacía, una nave sola en mitad de la noche. No por casualidad la sucursal de lotería más famosa de España se llama La Bruixa, y está aquí, en la capital de la comarca, en Sort. Cerramos la puerta de la ermita y bajamos al pueblo perseguidos por la sugestión de los conjuros. Pero aquí, como en otros lugares, la memoria de las brujas se ha transformado en una historia de resistencia.

Porque todas las historias de montaña son historias de resistencia y, en este caso, también de la Resistencia. Se trata siempre de persistir en un lugar pese a la dureza del medio, un lugar con limitados recursos para la vida y con un clima y una orografía hostiles y agotadores. Las laderas caen aquí en picado sobre fondos de valle mínimos, encajados, que un día fueron un estuche de hielo, los moldes de glaciares

estrechos y largos que llegaban casi hasta la Pobl de Segur. Los glaciares, todos ellos, también han desaparecido, son otra ausencia en el paisaje. Y los valles guardan la esquizofrenia de todo aquel pasado y este presente, en el lenguaje de los árboles: las laderas de solana son de estirpe mediterránea, con encinas de montaña colgadas de las rocas; las laderas de umbría tienen vegetación eurosiberiana, abedules sobre todo, robles, algún hayedo, serbales y, según subes en altitud, abetos rotundos y las sombras del pino negro bailando en las rayas de cuarcitas.

Porque todas las historias de montaña son historias de resistencia y, en este caso, también de la Resistencia.

Historias de resistencia y de libertad. Me dijeron que allí estaban algunos de los pasos de fugitivos más difíciles del Pirineo, pasos de gentes diversas. Al inicio de la Guerra Civil los cruzaron sacerdotes. Luego pasaron los republicanos vencidos huyendo de Franco. Después, camino de la península, judíos perseguidos por el nazismo, soldados franceses que querían unirse al ejército de De Gaulle, aviadores aliados derribados en territorio alemán, polacos que querían echar a los nazis de su tierra, y resistentes yugoslavos, belgas, holandeses, griegos, italianos..., media Europa en busca de la libertad, armados con el deseo de unirse a los ejércitos aliados para continuar en la lucha. La mayoría de los que lograban pasar por estos collados de altura conseguían su objetivo. En otras provincias de los Pirineos de collados más modestos (Gerona y Navarra) pasar era más fácil,



Estany del Port
(fotografía de Pedro Sáez)



Cap dels Aspres
(fotografía de Pedro Sáez)

pero también era más fácil que te detuvieran y que te mandaran a los campos de concentración de Miranda de Ebro o Nanclares de Oca, o que se produjese una devolución en caliente, diríamos ahora. Algunos de los devueltos, sobre todo los judíos, acabaron asesinados en Auschwitz o Birkenau. O se suicidaron antes. Es el caso de uno de los grandes pensadores del siglo xx, el alemán Walter Benjamin, aunque su drama tuvo lugar en esa parte del Pirineo que se hunde en el Mediterráneo, en Portbou.

El día de mi cumpleaños subí al collado de Tavascán, entre la niebla y la llovizna. Justo antes hay un *estany* y una cabaña maltrecha. Abrí la puerta y la oscuridad y la sugestión de vidas perseguidas se abrió paso desde dentro. Volví a cerrar, trabé la puerta con una piedra y seguí hasta el collado, apremiado por aquellas sombras sigilosas. Arriba, una emoción desconocida se apoderó de mí. No era la típica emoción de la montaña, esa que llega cuando culminas un collado o una cumbre, provocada tanto por la curiosidad satisfecha de ver que hay más allá, y por el deslumbramiento ante el paisaje, como por las endorfinas y las dopaminas que segregamos en los esfuerzos. No, era una emoción del todo diferente. Era una emoción histórica y personal, empática, fraterna, liberadora. Sentí la emoción del tiempo

y el vínculo con vidas salvadas. Imaginé a refugiados vestidos con ropas incongruentes y absurdas para aquel paraje. Imaginé el miedo y su alivio, la alegría elemental de estar vivos tras el desgarró y el desaliento de la muerte. De nuevo, en el Pallars, ausencias y presencias simultáneas. Sentí que la palabra «gracias» flotaba pronunciada en mil idiomas. Sentí la euforia de esas vidas. Vi celebraciones del Yon Kippur en una casa de Cracovia o quizá de Amsterdam. Vi bailes campestres y familias felices en día de fiesta. Vi madres y bebés creciendo sin miedo. Todas esas imágenes habían burlado la saña de los nazis en aquel lugar. Miré hacia la vertiente francesa, muy empinada, como suele suceder: estaba llena de niebla. Entre los harapos de nubes vi otra cabaña ennoblecida por aquellas historias.

Y supe en ese momento que yo había querido ser guía de montaña porque a veces es necesario llevar a la gente al otro lado. Por eso.

En la librería de Alins había comprado un libro que leía por las tardes en la casa que me habían prestado. El libro se llamaba *Montañas de libertad*, de Josep Calvet, un historiador de la universidad de Lérida. Tuve la suerte de que uno de esos días iba a pasarse de visita por allí, por la librería de Meritxell, ya que Josep

sigue haciendo entrevistas a la gente mayor que recuerda cosas de aquel tiempo, cosas que contaban sus padres y madres al calor de la lumbre. Algunos de esos padres había sido guías de fugitivos, *passeurs*, como los llamaban en Francia. Por supuesto, los aliados habían dispuesto toda una red de evasión que funcionaba a ambos lados de la frontera. Entre los guías los había de diferentes clases. Estaban los políticamente concienciados y activos, sobre todo anarquistas españoles, que actuaban por solidaridad y por sumar su esfuerzo en la lucha contra Hitler. Entre ellos, el grupo del maestro Francisco Ponzán, que llegó a pasar a casi tres mil personas. Estos guías a veces burlaban la vigilancia de las patrullas alemanas con las armas en la mano. Ponzán, sin embargo, fue detenido por la Gestapo y ejecutado en 1944. Nadie pudo salvarle. Otros *passeurs* guiaban puntualmente y lo hacían por puro afán humanitario, ajenos a cualquier red de evasión. Pero también había quienes lo hacían por dinero, antiguos contrabandistas reciclados. El libro recoge el caso de un andorrano que asesinó a un matrimonio judío para quedarse con sus joyas. Calvet asegura que es el único caso que tiene confirmado de una acción semejante.

Cogí mi libro y bajé a la librería. Allí estaba Calvet, alto y bondadoso. Ha-

blamos de aquellas aventuras. Le pregunté por la cabaña del *estany*. Y sí, me dijo, fue el primer refugio de muchos huidos. También la palabra *refugio* cobró entonces su auténtico y profundo sentido. Yo había ido al Pallars a presentar un libro que se titula *Refugio* y cuyo protagonista es un guía de montaña. Todo encajaba y yo me sentía abrumado y un poco ridículo. Meritxell trajo otro libro de Calvet. Este hablaba de un hecho increíble que él mismo propició. Una joven judía polaca, detenida en Sort, había escrito una carta a su hermana gemela. La carta había sido enviada y posteriormente devuelta de nuevo a Sort. Aquella joven desapareció y no se supo más de ella. Pero la carta permaneció en el hostel donde la joven polaca la había escrito, hasta que Calvet la encontró setenta años después. Tuvo entonces la temeraria idea de hacérsela llegar por fin a su destinataria. La buscó por todas partes, de todas las formas posibles. Y la encontró. Aquella joven era ahora una anciana que vivía en Tel Aviv. Calvet viajó hasta allí y le entregó la carta en mano. Yo también le di las gracias.

Durante varios días seguí persiguiendo el paso de refugiados y resistentes. Las aves migratorias también cambiaban de lado, movidas por el instinto de los via-

jes y el ritmo de las estaciones. Como los osos. Estos valles son abruptos y salvajes y observan la lenta recuperación de los osos. Los osos también cruzan la frontera y el programa de recuperación es internacional. Así nos lo explicó Marc Garriga, director del Parc Natural de l'Alt Pirineu y un sabio naturalista. Marc iba a presentar mi novela en un refugio. Pero antes nos llevó de excursión y nos explicó muchas cosas del parque. Aprendí maravillosas palabras en catalán: *cervol, cabriol, gall fer, mollera, neret, os brut, glacera*. También nos dijo que los lobos se acercaban poco a poco, pero no el lobo ibérico, sino el itálico, a través de Francia, como los refugiados y resistentes de la Segunda Guerra Mundial.

Luego presentamos la novela. Nos acompañó la guardesa del refugio, Aurora. No nos entretuvimos mucho porque al final venía lo importante: la cena que ella y Paco habían preparado. Dormí en el refugio. Había poca gente. Al día siguiente se anunciaban lluvias y los urbanitas no subirían al Pirineo. Sentí el frío del invierno que se acercaba. Sentí de nuevo las noches de insomnio de los refugiados. También de los de ahora.

El Pallars se despedía con lluvia y nieve en los tresmiles. La Pica de Estats,

el pico más alto de Cataluña, me había recibido con nieve en sus aristas. El Monteixo se veía desde mi ventana, una presencia imponente, salvo que las nubes dispusieran otra cosa. La gente ya estaba recogiendo setas y los abedules empezaban a ponerse espléndidos, con sus pequeñas hojas iguales a monedas de bronce, brillantes y a punto de caer sobre las sendas. Era el momento de marcharse.

Me despedí de Meritxell y su perrazo Brontë. Ella no había podido ir a la presentación del libro. Otra ausencia presente, otra más, porque fue ella quien organizó esta visita al viejo Pirineo.

Al día siguiente, cuando había dejado las montañas detrás de mí, en una sórdida gasolinera en la que paré a repostar, me llegó un whatsapp de la librería de Alins. Solo una mujer de Vallferrera, del valle del hierro, puede tener coraje suficiente para abrir una librería en un pueblo que en invierno queda bloqueado por la nieve. Cincuenta habitantes, cincuenta lectores conjurando ausencias. Hay que ser de puro hierro. El whatsapp decía que Brontë me echaba de menos. «Y yo a vosotras».



Estany de Naorte
(fotografía de Pedro Sáez)

LA CACERA DE GOBIENZO

Lola Sanchis

—Abuelo, me aburro —le decía a su abuelo un niño de los de entonces.

—Pues saca caceras pa cuando llueva...

El agua de esta sierra nace en nuestro pueblo. El río de la Venta, el de la Teja (o la Taja), el río Pradillo y el de las Fuentes (o las Puentes): los cuatro nacen en Cercedilla y confluyen para dar caudal al Guadarrama. Hablamos hoy de caceras, ya habrá tiempo de perderse otro día por los arroyos y escuchar historias de embalses, molinos, turbinas y regadíos.

Garantizar el acceso al agua, su adecuada gestión y máximo aprovechamiento, es una constante que recorre de parte a parte la historia y la geografía de España. Por eso no es de extrañar que una de las instituciones más antiguas de nuestro ordenamiento jurídico sea el Tribunal de las Aguas de la Vega de Valencia, que versa precisamente sobre la gestión del agua en la Comunidad de Regantes de la tan insigne huerta valenciana. Los Síndicos de las Acequias son los representantes de las ocho comunidades en que se divide la región, y sus decisiones tienen rango de fallo judicial y son de obligado cumplimiento.

Un sistema menos complejo pero similar es el de las caceras que históricamente han recorrido nuestro municipio. El diccionario de Autoridades de 1729 define *cacera* como la «zanja o canal que se hace para sangrar algún río caudal y conducir agua para regar los campos, huertas y plantíos de árboles, que por otros nombres se llama caz o cauce y regadera».

Así, la cacera de Collado, a la que daba nombre su uso, ya que se utilizaba para conducir el agua desde el Reajo del Puerto hasta el municipio de Collado Mediano; la cacera del Caz, que la trasladaba desde el río de la Venta al molino de la Estación, por encima de la ladera del Hornillo, una cacera esta de escasa longitud pero de gran relevancia, ya que alimentaba el aljibe que daba servicio al molino, garantizaba el riego de los huertos de la zona y proporcionaba el agua necesaria para el cuidado del ganado, después de todo lo cual el agua sobrante revertía de nuevo al río de la Venta, y por supuesto la cacera de Gobienzo, protagonista de las líneas que siguen.

La cacera de Gobienzo, de la que ya hay constancia documental a principios del siglo XVIII, discurría por la vertiente este del valle de la Fuenfría y fue todo un ejemplo de gestión acertada y aprovechamiento del agua. Entre sus múltiples usos, hay quien todavía recuerda las «carreras de palitos», que entretenían a los niños y que

nos permiten imaginar hoy el esmero en el cuidado y la limpieza del canal, ya que los tales palitos podían navegar sin incidentes desde su inicio, allá por el embalse de Las Dehesas, hasta su conclusión.

Pero más allá de este destino lúdico, la cacera de Gobienzo tuvo una inmensa y variada utilidad práctica en relación con el regadío, el aprovechamiento de los pastos de los predios por los que discurría y la generación de energía eléctrica. Recorrámosla entonces despacio desde sus orígenes.

Inicialmente esta cacera se creó para facilitar el riego de los huertos que los vecinos del municipio cultivaban en la zona de El Cerquijo y Las Cerquillonas (actualmente conocida también como Los Triangulares). Transcurría desde el río de La Venta, por debajo del actual embalse de Las Dehesas, hasta los Depósitos, en la ladera oeste de Cerro Colgado, prácticamente en paralelo al hoy llamado camino del Agua, después de realizar también algunas incursiones en suelo privado por

la zona de la Cerca Barranco. De ahí bajaba por la calle de la antigua carnicería de nuestro vecino Pablo Montalvo, hoy calle Cacera de Gobienzo, y continuaba por las escaleras del Casino hasta los huertos. Debió de existir además una bifurcación que, desde la zona de los Depósitos, diera servicio al área de El Cerquijo.

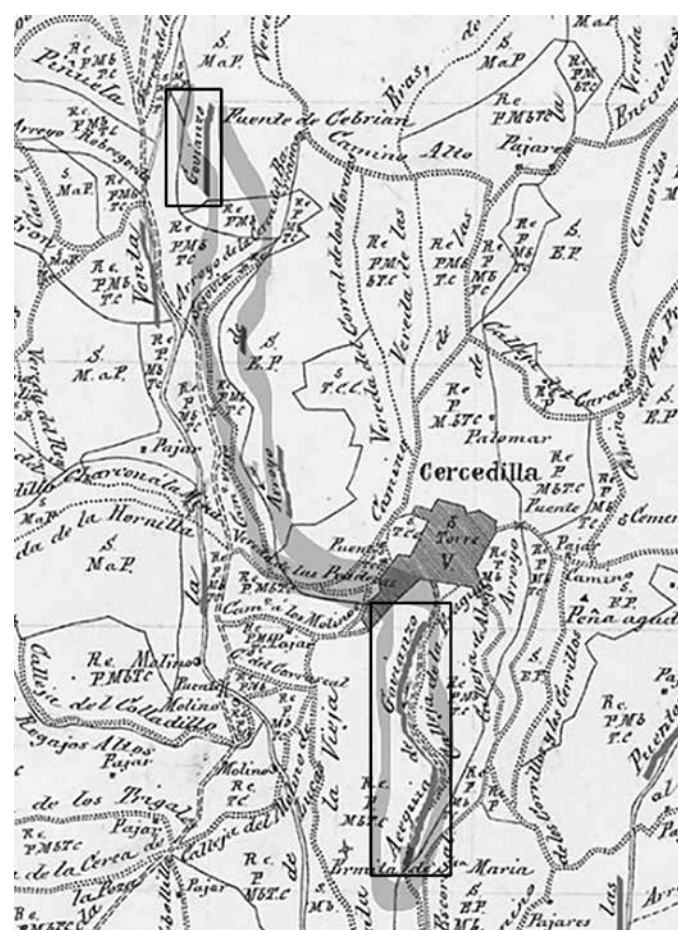
En 1925 se construyó, junto al Prado Nuevo y aprovechando el desnivel existente, la central eléctrica municipal, conocida como la Fábrica de la Luz, con el objetivo de alimentar el alumbrado público del municipio. Los maestros de obra fueron los hermanos Ezequiel y Tomás Montalvo Romero. Los dos depósitos todavía hoy existentes recibían el agua de la cacera de Gobienzo para dar servicio a la fábrica, y desde ese momento este fue su principal cometido. Se calculaba que con la medida de dos estanques podía generarse energía suficiente para abastecer el alumbrado durante un día entero, por lo que cuando dicha cantidad se alcanzaba quedaba permitido el aprovechamiento del agua restante para el regadío de las huertas situadas en el transcurso de la cacera y para mejorar los pastos en los prados de la zona mediante la apertura de unas pequeñas compuertas situadas a lo largo del canal.

Los distintos usos de la cacera se mantuvieron después de la guerra, tal y como se desprende de otro documento conservado en el archivo municipal, que data de 1943 y versa sobre la convocatoria de una subasta para la reparación de la misma. El Ayuntamiento destinaba a un empleado municipal para el mantenimiento y buen uso de la cacera. El último de estos encargados fue don Gregorio Rubio, padre, abuelo y bisabuelo de ciertos vecinos nuestros con mucho arraigo. Entre sus funciones, mantener la cacera limpia para que los depósitos se llenaran correctamente todos los días, reparar los pequeños desperfectos que pudieran acontecer y cuidar de que ningún ganadero desviara agua de forma inadecuada o hiciera uso de ella antes del momento permitido.

La Fábrica de la Luz estuvo en funcionamiento hasta los años setenta, momento en el que la cacera comenzó caer en desuso, y con ella todas las funciones accesorias que mantenía.

Hoy es posible dar un delicioso paseo por su recorrido, en el que todavía pueden distinguirse vestigios de las infraestructuras de la cacera, así como pequeños puentes

y las construcciones accesorias necesarias para prestar los servicios secundarios que tenía asignados. Os recomiendo que disfrutéis de este paseo histórico, igual que hice yo para preparar esta colaboración, inmejorablemente conducida por dos grandes amigos cuya inestimable contribución agradezco desde aquí.



A la derecha, mapa de 1875 que recoge el recorrido de la cacera; abajo, restos de la infraestructura: márgenes, arquetas y rieles de hierro para la paleta e incluso algún tramo soterrado bajo losas de granito (fotografías de Lola Sanchis)



DE LA ESTACIÓN AL CENTRO

Marcos Montes García y María Cifuentes Ochoa



Cercedilla y senderismo, Cercedilla y excursionistas, rutas en Cercedilla... La asociación de ideas entre nuestro pueblo y caminar bajo las copas de los pinos es casi instantánea.

Y si nos paramos a pensarlo un poco más, enseguida acude a nuestra cabeza otra idílica imagen serrana: casas de piedra, calles irregulares, macetas en las ventanas y tejados a la vista, de esos que en la ciudad es tan raro ver. Pero más allá de esas bonitas estampas, ¿cómo se camina de verdad por estas calles? ¿Es cierto lo que se dice de que en este pueblo «no hay aceras» y que por eso todos sus habitantes circulan por las calzadas? Vamos a comprobarlo.

Mientras no se invente el teletransporte, el desplazamiento hasta este entorno verde necesita de algún medio de locomoción capaz de cubrir en un tiempo razonable la distancia hasta la capital, origen habitual de los viajes. «La congestión generada por la afluencia masiva de turistas a los núcleos urbanos implica una pérdida de tiempo y de

recursos para todos los ciudadanos, importantes ineficiencias económicas, mal aprovechamiento del espacio urbano y un claro deterioro en la calidad del aire». No lo decimos nosotros, lo dice Renfe-Adif en su reciente Plan Integral de Mejorade los servicios de Cercanías. Y es que teniendo como tiene Cercedilla desde 1888 un servicio de tren con conexión a y desde Madrid cada hora, venir hasta aquí en coche a excursionar son ganas de contaminar el aire limpio que habíamos venido con ansias de respirar.

Así que, como tenemos por costumbre, nos vamos desde Madrid a Cercedilla en tren. Después de la estación de Pitis atravesamos el monte de El Pardo. En este tramo el paisaje es un encinar adehesado en el que pueden verse grupos de ciervos paciando o tumbados a la sombra, peleando o entregados a la berrea

—depende del momento del día y de la estación del año—. A veces puede llegar a verse hasta algún jabalí.

La hora y pico de trayecto se pasa rápido: Pinar de Las Rozas, Las Matas, Torreldones, Galapagar - La Navata, Villalba, Los Negrals, Alpedrete, Collado Mediano, Los Molinos y Cercedilla. Los excursionistas llenamos el andén y entonces recuerdo la marquesina a un agua que antes lo protegía, apoyada sobre pilares de fundición. Esa cubierta se eliminó a principios de este siglo y aún me parece que al andén le falta algo.

Vamos saliendo en fila india a la calle, pues la única puerta abierta del vestíbulo crea un cuello de botella que impide cualquier amontonamiento en el exterior. El edificio original de la estación se construyó en 1888 y, si bien ha sufrido modificaciones, su pintoresco estilo



Estación de Cercanías de Cercedilla en el año 2000, con la marquesina del andén
(fotografía de JL Cortijo Martín)



Placa del I. G. N. señalando la altitud en el ayuntamiento
(fotografía de los autores)



Escalinata de subida al paseo Muruve, acceso peatonal al casco urbano de Cercedilla
(fotografía de los autores)

montañés lo ha convertido en una de las estampas clásicas del pueblo.

Dejamos la estación a nuestras espaldas y nos preparamos para subir una cuesta. En Cercedilla todo son cuestas. Según las placas en relieve del Instituto Geográfico y Catastral, Red de Nivelaciones, la estación está a 1159,0 metros sobre el nivel del mar; la placa que está en el ayuntamiento indica 1187,6 metros. Unos veintiocho metros de diferencia de cota. No parece tanto, pero si te lo imaginas como un edificio de nueve pisos, pues la subida ya te parece otra cosa. Para ir calentando piernas, lo primero es subir hasta el paseo Muruve —llamado así en homenaje al ingeniero de la línea Villalba-Segovia— por la escalinata que hay pasado el aparcamiento de la estación. ¿Una escalera para ir andando hasta el pueblo? Así se indica en el cartel que acaban de poner, y el paseante avisado sabe que esa es la mejor opción. Tomar la estrecha acera de subida, que en principio parece la decisión más lógica, enseguida es jugarse la vida al pasar la Vuelta de la Era, cuando el bordillo desaparece y solo unas marcas en el suelo protegen al caminante de los coches que pasan en ambos sentidos. No nos renta. Escalinata, pues. Por lo que se refiere a la accesibilidad, la primera en la frente.

EL PUEBLO A PIE

El paseo Muruve es un remanso de paz. Caminamos entre fincas y hoteles centenarios. En el jardín de Villa Electa un cedro de tronco doble se alza enorme y majestuoso. No hay paso de coches, solo los aparcados en la calzada por la que, a falta de aceras, vamos los paseantes. La subida es cómoda hasta que se acaba el paseo, frente al parque enrejado de Pradoluengo. A partir de ahí la calzada —no la romana, sino la vial— se extiende de lado a lado de la calle. Junto a la recia verja del parque unos contenedores de vidrio, papel y plástico estorban el paso. Hay que rodearlos y seguir sobre el asfalto. La residencia de ancianos parece un *drive-in*, con salida directa a la calzada. Es curioso.

Residencia de ancianos con salida directa
a la M-622
(fotografía de los autores)



Un poco más arriba cruzamos el paso a nivel del famoso eléctrico del Guadarrama, «el tranvía», que decimos aquí. En el cruce hay una acumulación de elementos ferroviarios: una pequeña caseta, hoy en desuso, desde la que se vigilaba la barrera del paso, semáforos en ambos sentidos, cuadros eléctricos y varios tramos de barandillas que parecen colocados sin ton ni son, pero que en realidad están ahí para impedir el paso de vehículos de dos ruedas cuando la barrera está bajada.

Cruce del itinerario peatonal con las vías
del tren eléctrico
(fotografía de los autores)





Superados los obstáculos, enseguida tenemos que cambiarnos de acera, pues en este lado sencillamente desaparece. La de la otra mano no llega al metro veinte de ancho y acomoda también la parada del autobús urbano e interurbano, pero al menos protege del paso de los coches, que en este tramo de la M-622 no van precisamente despacio. Así que por aquí continuamos, incómodos y envidiosos porque varias plazas de aparcamiento —Correos está enfrente— se adueñan del espacio allí donde podría ensancharse la acera. Ahora vuelve a ser algo más ancha la otra, y más entretenida, pues los comercios que había en este lado han echado todos el cierre definitivo.

Nos anima ver, no muy lejos, el perfil de las típicas casas parrás, con sus cubiertas muy inclinadas de teja roja y sus ventanas recercadas de ladrillo. También reconocemos los abetos de la Biblioteca Municipal, y los plátanos de sombra del jardincillo, que marcan el inicio del casco urbano. Ya casi estamos. De la mano izquierda de la M-622 bajan algunas calles con escaleras. Más adelante, a la derecha, sale, ancha como una autopista, la calle de San Andrés. No hay paso de peatones para cruzarla. La única posibilidad de hacerlo correctamente consiste en pasarse a la acera del Bazar de la Sierra y luego volver a cruzar a la altura de la panadería La Fama, actualmente cerrada. Entramos en zona urbana y de bares: vuelven las estrecheces y de nuevo hay que bajar al asfalto para caminar. Aceras por las que solo se puede ir de a uno, salpicadas de farolas inoportunas, señales de tráfico y postes de electricidad. Si vas empujando un carrito de bebé o llevas a un niño pequeño o a un anciano de la mano, prepárate... Si vas en silla de ruedas, ni aunque te prepares.

Arriba, plazas de aparcamiento en la calle Marquesa de Casa López, frente a Correos; en el centro, en el mismo trayecto, en la calle Mayor, acera de acceso a la Biblioteca Municipal, y abajo, encuentro de la M-622 con la calle de San Andrés; tres imágenes del itinerario peatonal entre la estación de tren y el centro urbano de Cercedilla tomadas en 2021 (fotografías de los autores)

EL PUEBLO A PIE

Llegamos a un punto neurálgico, el Cuatro Caminos del pueblo, donde confluyen las calles del Doctor Cañadas, la Carrera del Señor y la de la Fragua con la calle Mayor/M-622. Vehículos y viandantes compartimos alegremente el ancho asfalto en esta «área comercial». Los coches aparcen donde pueden y en justa correspondencia los paseantes cruzamos también por todas partes, no solo por el pasito peatonal. Estamos entrando en el meollo y la carretera ya no da más de sí y tiene que desdoblarse. En este parteaguas entre la calle del Carmen —sentido de ida— y la calle Mayor —sentido de vuelta— estaba antaño el Negresco, pero quién se acuerda ya.

Calle Mayor en el último tramo antes de desdoblarse en los dos sentidos de circulación, con estrechamiento de la acera (fotografía de los autores)



Caminamos a contracorriente de los coches por la calle Mayor. Hasta llegar a la plaza del Ayuntamiento las aceras son dignas de ese nombre: uno puede cruzarse con otra persona y hasta pararse a hablar. La calle se ensancha y empieza a parecerse a una plaza, y aquí las aceras y la calzada se encuentran al mismo nivel. No es dejadez, al contrario: el pavimento de adoquines y las baldosas de granito muestran una intención de humanizar. Algo así como un aviso a conductores: este es territorio peatonal; se les permite pasar, pero despacito y sin prioridad. En este tramo humanizado está el Museo del Esquí y la estatua de bronce de Paquito, en posición de campeón, como se merece que lo recordemos. Y está también el excelentísimo ayuntamiento, enfrentado su reloj al más airoso del Centro de Mayores, antiguas Escuelas, que cuenta con el detalle de una rampa: excepcional.

A esta plaza auténtica, delimitada por edificios con vida en su interior, le ha salido una competidora en la plaza Nueva. La Nueva es un amplio mirador sobre el valle del río Guadarrama,

así como la cubierta dura de un aparcamiento subterráneo de 223 plazas repartidas en dos alturas. Al no estar resguardada por edificios sino abierta al valle y desprovista de árboles de sombra, la plaza Nueva es muy fría en invierno y una solana en verano; eso sí, resulta totalmente accesible, tan plana que no parece estar en este pueblo. En un rincón poco visible, un diminuto parque infantil parece querer esconderse de la chiquillería que pudiera querer utilizarlo.

Tanto los visitantes ocasionales como los vecinos hacen uso abundante del aparcamiento, gratuito y municipal, y se genera mucho movimiento —no siempre seguro—, ya que la rampa de entrada y salida se encuentra en otro de los «puntos calientes» del casco. Donde en su día estuvo el potro de herrar hoy hay una raqueta viaria donde se juntan comercios diversos, unos cuantos bares con sus terrazas, la marquesina del autobús que va a Madrid y todo el tráfico, peatonal y motorizado, que tal acumulación de actividad suele crear. No sabemos si será intencionado, pero

en los alrededores de la plaza nueva se ha conseguido reproducir la esencia de la ciudad del siglo xx: consagrada al vehículo privado y llena por todas partes de señalización vial.

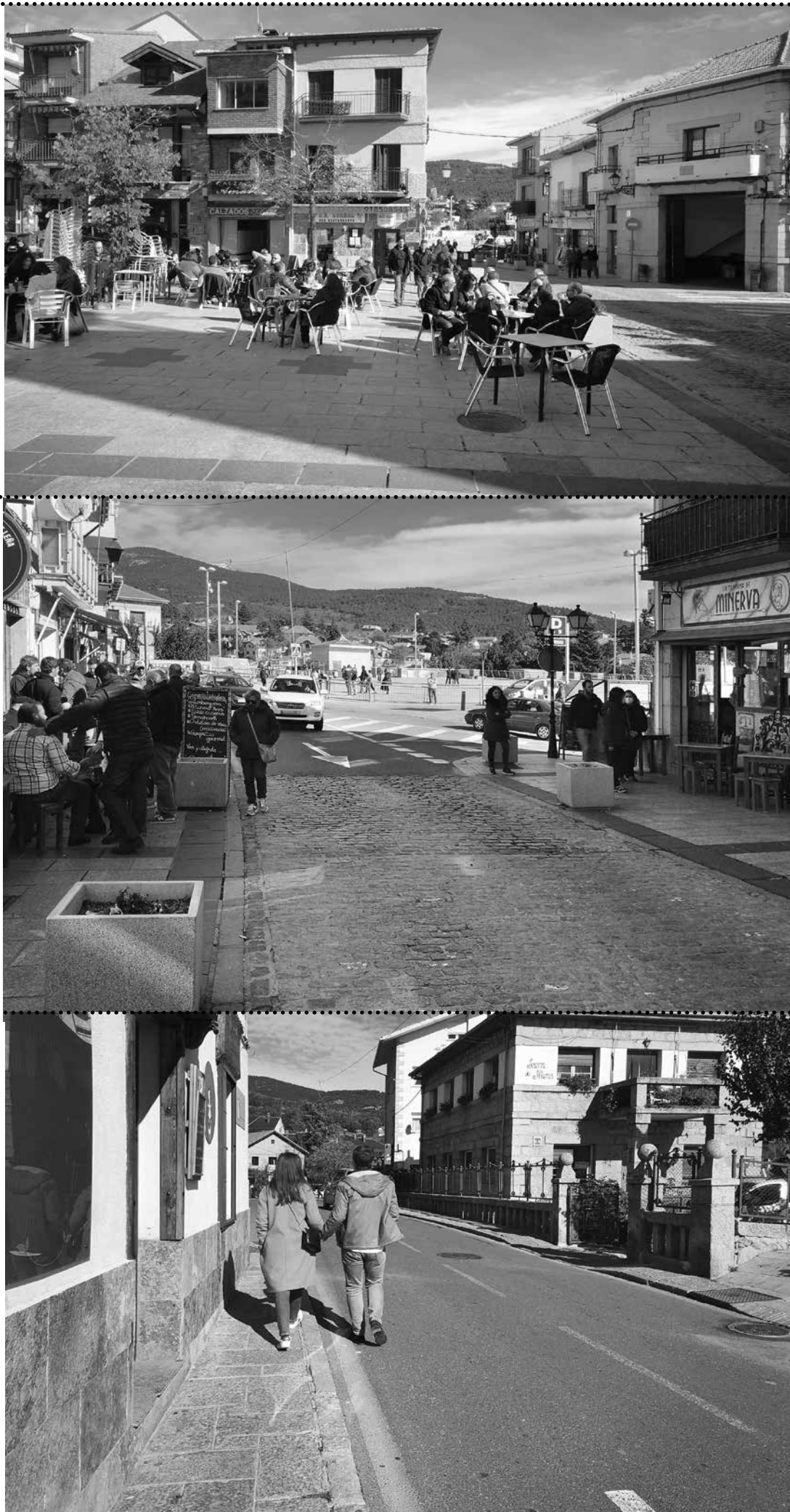
El aparcamiento, por descontado, tiene plazas reservadas para personas con discapacidad, lo que puntúa a favor de la accesibilidad. ¿No sería suficiente con eso, con poder llegar en coche hasta el corazón del pueblo, aparcar, subir en ascensor hasta la plaza Nueva y desde allí darse un garbeo por la plaza Mayor? ¿No basta con haber hecho accesible para los turistas ese tramo tan pintoresco y animado? ¿Qué más barreras se pueden eliminar? ¿A qué más se puede aspirar? Pues a mucho más. Se puede aspirar a la «accesibilidad universal», cuyo primer requisito es la accesibilidad física —después vienen la accesibilidad cognitiva, la auditiva y la visual, que merecerían otro artículo—. Queremos que caminar por el pueblo sea seguro y cómodo para todo el mundo, también para las personas con movilidad reducida. Todos podemos ver reducida nuestra movilidad en

algún momento, no pensemos solo en las sillas de ruedas: personas con movilidad reducida son quienes empujan carritos y sillitas de bebés, las mujeres embarazadas, los ancianos, las personas con niños pequeños o con dificultad para caminar...

El espacio finito y limitado de las calles debería repartirse con más equidad. Las zonas más densas del casco podrían convertirse en áreas de tráfico calmado en las que los coches no tuvieran prioridad. Podría seguir humanizándose el trayecto desde la estación, haciéndolo más paseable para todos, visitantes y vecinos. Las peatonalizaciones «puras» no suelen ser la solución, al menos no la primera solución. Lo primero es calmar el tráfico: menos vehículos a menor velocidad. Las plazas de aparcamiento que se han conseguido bajo la plaza Nueva y en el *parking* exterior —también gratuito y municipal— deben servir para eliminar el exceso de vehículos aparcados en aquellos lugares de la vía pública donde las aceras no tienen el ancho mínimo (que en la Comunidad de Madrid son 120 cm, recomendables 150 cm, si bien para que se considere itinerario peatonal accesible el ancho libre debe llegar a 180 cm). Incluso, puestos a imaginar, la escalinata que sube al paseo Muruve podría salvarse con un ascensor urbano.

Cercedilla es puerta de entrada al Parque Nacional de la Sierra del Guadarrama. Y tiene lo necesario para convertirse en una puerta ejemplar. Una puerta que se pueda cruzar en transporte público, en autobús o, mejor, en un tren que forma parte de una infraestructura ferroviaria centenaria y cuya renovación mediante el Plan de Mejora Integral de los Servicios de Cercanías de Madrid 2018-2025 es una gran oportunidad. Ojalá no se deje pasar y se aproveche para incorporar al imaginario paseable de los montes el de unas calles por las que sea un placer caminar.

Arriba, plaza Mayor con tratamiento «humanizado» del viario; en el centro, conexión entre la plaza Mayor y la plaza Nueva, con excesiva presencia de calzada y poca acera, y abajo, junto a estas líneas, acera insuficiente frente a la plaza Nueva (fotografías de los autores)



TWO LIVES IN THIS VILLAGE

Mig Oakley & Martin J. Walker

MIG

Cuando estudiaba el bachillerato en Inglaterra leímos *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway, que trata de la Guerra Civil en la sierra de Madrid. El libro me hechizó. No solo por la forma de escribir de Hemingway sino también por la manera de evocar la cultura y la vida españolas, con expresiones directamente en castellano. Después de cursar Historia y Ciencias Políticas en la uni, decidí que no quería ir a Londres como todos mis colegas, sino que quería vivir un año en el extranjero. Salió un trabajo de profesor de inglés en la escuela Berlitz en España, y pude elegir entre Madrid, Barcelona, Sevilla o Valencia. Elegí Madrid. Esto fue en enero del 90.

Fui el primer miembro de mi familia en pisar tierra española. Llegué un domingo por la noche, y el taxista me cobró 8500 de las antiguas pesetas por llevarme de Barajas a Plaza de España (el trayecto costaba unas 1200 pesetas por aquel entonces). Desde luego, el tipo debió de celebrar Reyes por todo lo alto. Esa fue la única vez que me han timado en España.

Me dejó en Cibeles, así que fui andando con mis maletas por Gran Vía hasta Plaza de España. La calle estaba llena de gente, y yo pensaba: «¿Qué coño hace toda esta gente aquí a las once de la noche de un domingo?» (pero en inglés, claro: *What the hell...?*).

Esa noche cené (¡pasadas las once!) en una jamonería en San Bernardo. Pedí una «coño» de cerveza y un bocadillo de «jabón»..., pero me entendieron. En menos de una hora había aprendido mis primeras palabras en castellano: *bocadillo, cerveza y jamón*.

Iba a quedarme en España solo un año, pero me enamoré de Madrid. Viví en diferentes barrios por el centro de la ciudad durante doce años, hasta que me casé y me vine a Cercedilla.


Lo curioso es que acabé viviendo en las mismas montañas donde se ambienta la novela de Hemingway sobre la Guerra Civil. De hecho, en la novela se menciona Cercedilla.

Mientras enseñaba inglés en Madrid, aprendía castellano y estudiaba para cer-

tificarme como traductor. Me hice autónomo en el 96. Años más tarde, cuando volví a leer *Por quién doblan las campanas*, me di cuenta de que hay muchos errores en el castellano que utiliza Hemingway, pero ¿qué importa? Me sigue encantando el libro y me acuerdo de esa historia cada vez que tocan las campanas de la iglesia de San Sebastián. Así que..., ¿quién tiene la culpa de que yo haya acabado viviendo en España, en Madrid, en Cercedilla? ¡Hemingway!

Llevo veinticinco años trabajando como traductor autónomo y profesor de traducción inversa (español-inglés) en la Universidad Europea de Madrid. También doy alguna clase de inglés. Desde que vivo en Cercedilla, tengo la suerte de poder trabajar desde casa, así que a mí el confinamiento provocado por el covid-19 no me afectó demasiado.

El hecho de vivir en una cultura extranjera me causa una satisfacción permanente. Aunque he de decir que ya no me parece tan extranjera; de hecho, llevo más años viviendo en España de los que viví en Inglaterra. Y durante todo



este tiempo he cambiado mucho: ya no me siento como un inglés. Supongo que soy una mezcla de todo lo que he vivido, tanto allí como aquí. Pero sé que la gente que no me conoce me ve como un guiri. Cuando salgo de Cercedilla, cuando voy a la Costa del Sol en verano, soy un guiri más. No me importa. Lo gracioso es que acaban de concederme la nacionalidad española, así que cuando la gente por allí me vea y me oiga hablar y me pregunte «¿De dónde eres?», voy a decir: «¡Soy español! ¡De Cercedilla!».

¿Qué he logrado durante todos estos años en España? Pues, primero, la felicidad: el amor, casarme, mis hijas, mi perra... ¿Y mi familia de Inglaterra? Intenté escaparme, pero me han seguido el rastro hasta la Sierra: ¡mis padres ahora viven también en Cercedilla! Y no solo eso, ¡son mis vecinos! ¡Y mi hermana en Collado Mediano!

Luego están mis pequeños grandes logros personales. He traducido al inglés un libro de historia española, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, y yo

Scribble face boy I, marzo de 2021; bolígrafo sobre papel (dibujo de Mig Oakley)

mismo he escrito uno sobre cocina española (no publicado). Con mi mujer y un amigo nuestro toco en un grupo de música folk que se llama An Darach y damos pequeños conciertos en distintos sitios, como en el hospital de La Fuenfría, por ejemplo. Y con mi querido profe de guitarra he luchado por aprender flamenco para llegar a ser «el Pollito de Cercedilla». Pero no lo pillo. No me sale del alma. Lo que me sale es un flamenco más bien *country*... ¿Un nuevo género musical tal vez?

Y también me pasó que hace ya diez años de pronto me di cuenta de que necesitaba hacer algo plástico creativo. No tengo ninguna formación artística, pero una noche me senté a la mesa del salón y empecé a tontear con pinturas y papel de acuarela. Luego fui utilizando acrílicos, bolis de tinta, cera, bolis de gel, lápiz..., de todo. Me encanta la idea de no tener que seguir ninguna regla, ningún formato. Puedo hacer lo que quiera. Cuando la cosa sale bien, hago exposiciones de mis cuadros; por ejemplo, he expuesto en el Museo del Esquí, en la Casa Museo Julio Escobar de Los Molinos, en el café El Aleph de Cercedilla... Justo antes de la pandemia había organizado una exposición en el local de la Fundación Cultural, y los cuadros se quedaron allí atrapados todo el confinamiento. Y el verano pasado participé en la Feria de Artesanía de Los Molinos con un puesto. ¡Me encantó!

¿Qué puedo decir de mi arte? Me gusta utilizar diferentes técnicas, probar diferentes estilos y tratar diferentes temas. Para mí, el arte es explorar, es una cuestión de prueba y error. Y me encanta

ese enfoque más bien práctico y manual. En cuanto a los resultados, como dicen en el mundo del fútbol, prefiero hablar sobre el terreno de juego, o sea, que mis cuadros hablen por mí.



Camino del Agua, Cercedilla, 2017, acuarela sobre papel
(obra de Mig Oakley)

Y otra pasión más, esta muy reciente: la ornitología. Durante el confinamiento empecé a contar las especies de aves que habitan por mi parte de Cerce, Cerro Colgao. Hasta ahora llevo noventa y tres y me gustaría poder sacarles fotos a todas. También hago listas para Cercedilla (incluidos Peñalara y Cotos) y para España. Ayer mismo conseguí dos pájaros nuevos cuando subí a la laguna con mi amigo Paco, el de Photo On, un gran apasionado de las aves: el mirlo capiblanco y el zorzal real. ¡Preciosos ambos!

Cercedilla para mí significa familia, comunidad, amigos, buena vida. He visto algo del mundo y he vivido en otros lugares, pero nada como nuestra querida Cerce. Vivimos en un enclave especial, privilegiado, y creo que eso se nota en la gente que decide establecerse aquí. Si están aquí es porque quieren estar aquí. Igual que los que tuvieron la suerte de nacer aquí y aquí se han quedado. Dicen que en Cercedilla hay dos estaciones: el invierno y la del tren. Bueno, pues a mí el frío no me importa tanto y la verdad es que cojo el tren para ir a Madrid cada vez menos. Tanta gente me agobia. Y todo lo que necesito lo tengo aquí.

MARTIN

Aunque siempre me he considerado un mancuriano —originario de Manchester—, en realidad nací en Redcar, una pequeña ciudad costera dominada hoy por una potentísima industria química. Solo puedo recordar tres cosas sobre Redcar.

A la entrada de la playa había una mina marina, una estructura enorme y negra como un puercoespín, que había sido abandonada en los años de la Segunda Guerra Mundial. Siempre he dado por sentado que ya la habrán desmantelado. El segundo recuerdo es el de la cocina que hacía las veces de sala de estar de alguien a quien yo no conocía pero que

quizás estaba cuidando la casa en la que vivimos durante un tiempo. En el lugar de honor, encima de la mesa de la cocina, había una maqueta a escala del parlamento británico —el palacio de Westminster— hecha con cerillas usadas. La siguiente vez que visitamos la casa, las cerillas estaban todas tiradas dentro de la chimenea. Yo tenía entonces cinco años y nunca he llegado a saber si ese vandalismo había tenido que ver con la desesperación por la política británica o con algún tipo de desesperación personal. El tercer recuerdo es, en el viaje de traslado de Redcar a Manchester, la visión de un barco en el mar con la proa apuntando al cielo, hundiéndose en el horizonte.

Después, de niño y de adolescente en Manchester, nunca tuve ninguna duda de que me convertiría en un artista. En 1965 hice varias entrevistas académicas y se me abrieron entre otras las puertas del Hornsey College of Art de Londres y el Liverpool College of Art. Elegí Hornsey, así que me perdí el fenómeno de los Beatles y empecé un curso de diseño gráfico.

Después, en 1968, se produjeron las revueltas que iban a marcar la historia de Europa durante la siguiente década. Luchas en las fábricas, disturbios en las calles, un líder estudiantil asesinado en Alemania... En Irlanda del Norte, un nuevo

grupo más joven entre aquellos que buscaban la independencia luchó contra el ejército británico y los extremistas protestantes. En Inglaterra hubo muchas ocupaciones de fábricas y se produjo la ocupación prolongada de varios colegios mayores y algunas universidades, entre ellas la de Hornsey. Allí los estudiantes, después de haber expulsado a la administración y a los profesores poco empáticos con su causa, dirigieron durante un tiempo la universidad. Pero cuando se puso fin a aquella ocupación, ocho estudiantes, yo entre ellos, fuimos expulsados.

Entre 1968 y el año 2000, parte de mi desordenada vida consistió en diseñar e imprimir carteles políticos para diferentes colectivos, primero para grupos de teatro político y luego con el Poster-Film Collective, para grupos políticos que luchaban contra el colonialismo en África y América Latina.

En los años anteriores a conocer a Viviana, mi mujer, me aficioné a la xilografía. Me sorprendió lo atmosférica que podía llegar a ser una impresión a partir de un bloque de madera. Por alguna razón, las xilografías liberaban una extraña serie de imágenes subconscientes. Tuve la suerte de encontrar un impresor en Hackney, Londres, que parecía feliz de complacerme en esta forma de arte completamente anticuada. Pero la xilografía era para mí una actividad paralela, por así decirlo.

En mi vida real trabajaba de forma constante investigando y siendo activista de

diversas organizaciones, y escribiendo sobre los ataques que esos grupos sufrían por parte de los poderes establecidos y sus instrumentos de represión. Volví a Manchester durante una tempo-

tion. La HCDA fue uno de los doscientos grupos infiltrados por policías en aquella época, y de hecho finalmente se disolvió, cuando se hizo evidente que la policía estaba organizando su agenda.



Mujer llevando su mundo a cuestas (2005), xilografía de Martin reimpresa el pasado mes de noviembre con la ayuda de Pablo Manzanares en el local de la Asociación de Artesanos y Artistas de Cercedilla

rada, e investigué los ataques a los acusados después de que la policía escoltara a Leon Brittain a través de un piquete en la universidad. Y enseguida, ya de vuelta en Londres, me pidieron que formara un grupo con otros activistas en Hackney, que llegó a conocerse con el nombre de Hackney Community Defence Associa-

Entre 1988 y 1993 me dediqué a escribir lo que se convertiría en un libro fundamental dentro de mi trayectoria, *Dirty medicine: Science, big business, and the assault on natural health care* (*Medicina corrupta: el gran negocio de la ciencia y el ataque a la medicina natural*). Ese libro me cambió la vida. Desde ese momento trabajé casi exclusivamente para grupos de medicina alternativa, y las grandes farmacéuticas no iban a hacérmelo pasar demasiado bien. En cualquier caso, el de la medicina alternativa es un mundo fascinante, y además fue por ahí como acabé recalando en España.

El fallecido terapeuta Alfredo Embid era por entonces, en la década de los noventa, un reconocido activista, escritor y organizador de la medicina alternativa en España y el resto del mundo de habla hispana. Con la ayuda de un pequeño equipo, logró publicar durante una temporada una gruesa revista trimestral.

Y ahí entra Viviana, que se encargaba de hacer las traducciones del inglés y la maquetación de la revista de Alfredo, en uno de cuyos números apareció una reseña halagadora de mi libro. Alfredo también convocaba congresos internacionales cada dos años, y en 1995 me pidió que participara en uno de ellos,

que tuvo lugar en Girona. Viviana fue mi intérprete y desde ese momento comenzó para nosotros un constante vaivén entre Londres y Madrid.

Estábamos profundamente enamorados y enseguida nos planteamos la pregunta inevitable: ¿dónde podíamos vivir juntos? Como solo uno de nosotros hablaba dos idiomas, podría parecer que la decisión era fácil de tomar, pero otros asuntos entraron en la discusión. Por una parte yo tenía el convencimiento de que no debía alejar a Viviana de sus amigos ni de su cultura, y por otra empezaba a darme cuenta de que Gran Bretaña se estaba hundiendo por culpa de sus políticos, hombres y mujeres desesperadamente inadecuados cuyos ojos se iluminaban con el brillo de la libra esterlina. Entonces tomamos la decisión de instalarnos en España. Pensé que después de todo no me sería muy difícil aprender al menos el español necesario para comunicarme. Qué equivocado estaba...

Viviana había visitado Cercedilla en el pasado y cuando me mostró el pueblo me enamoré inmediatamente de él. Sin embargo, antes de que pudiéramos instalarnos, a mi madre le diagnosticaron un cáncer, y Viviana y yo nos quedamos en Inglaterra para asumir junto a mi hermana el cuidado de nuestra madre. Durante ese tiempo Viviana y yo nos casamos y nació nuestro hijo.

Cuando finalmente regresamos a Cercedilla, después de la muerte de mi madre, nos instalamos en un pequeño edificio de pisos, al lado del ferrocarril que va de Cercedilla a Cotos. El edificio se llama, todavía hoy, Villa Emilia. Allí conocimos a Joaquín, María Jesús, Lucrecia, Lorena y Leonardo, nuestros vecinos. Con Joaquín a menudo hablábamos sobre la Guerra Civil, y gracias a él pude saber que los cerros de alrededor de Cercedilla fueron escenario de algunas batallas. Lucrecia era una solterona mordaz que, sin embargo, parecía sentir un sincero afecto por nuestro hijo y, más tarde, por nuestra hija, que nació cinco años después de habernos mudado. No aprendí español de ninguna de estas personas ni iba a aprenderlo tampoco de ninguna otra en el futuro.

Antes de instalarme en Cercedilla yo había aprendido a hacer azulejos, una artesanía muy española, y al poco de llegar conocí en Segovia a Juan Daniel, el último hijo de la familia Zuloaga, artesanos de siempre del azulejo. Permanecí durante un tiempo en los márgenes de su consolidado negocio y me complació

poder producir azulejos mientras estuve allí. Juan Daniel fue muy generoso con su tiempo y con sus piezas y las de su padre. Siempre me he sentido en deuda con él: de alguna forma, él me puso de nuevo en contacto conmigo mismo.

Cercedilla me pareció un lugar tranquilo y agradable, incluso a pesar de los comentarios a menudo sarcásticos sobre mi desconocimiento del castellano. Soy escritor y el motor de mi mente funciona en inglés y solamente en inglés, qué le voy a hacer. A menudo me he preguntado el porqué de mi incapacidad para aprender idiomas, y la única respuesta que se me ocurre es que mi cabeza tal vez esté tan llena de mi lengua materna que no quede en ella espacio para ninguna otra.

Cuando comenzó la discusión sobre el doctor Wakefield y sus observaciones en relación al daño que la vacuna triple vírica (MMR) estaba causando entre la población infantil —su investigación partía del hospital Royal Free de Londres—, volví a Inglaterra para involucrarme en su caso. Y luego, cuando el Consejo Mé-

dico General del Reino Unido presentó cargos contra él y otros dos destacados médicos británicos, me uní a los padres que no habían podido asistir al juicio y redacté informes semanales para ellos.

Durante ese tiempo me encontré una Inglaterra dominada por la corrupción farmacéutica. Me gustaba volver a casa en España, no solo por estar con mi familia sino también por el acogedor ambiente de Cercedilla. Después del caso Wakefield, me pasé más de diez años escribiendo dos libros sobre el tema y todas las trampas y el engaño que lo rodearon. Pero ninguno de esos dos libros se publicará jamás, ya que Gran Bretaña ha caído en un cráter de censura pretendidamente benigna.

El paisaje de Cercedilla me evoca el Peak District, la región montañosa cerca de Manchester por donde casi todas las mañanas de domingo yo solía dar largos paseos con mi padre. Ojalá toda mi familia viviera aquí, aunque tendría que asegurarme de que aprendieran algo de español antes de establecerse...



Póster político diseñado por Martin en 1985; ese año, Cherry Groce recibió un disparo de la policía en su casa que la postró en una silla de ruedas hasta que murió en 2011; la policía estaba haciendo una redada en el distrito de Broadwater Farm en busca, entre otros, de su hijo; el tiroteo y la represiva operación policial provocaron revueltas en el principal distrito negro y después en Brixton



CERCEDILLA, PASADO Y FUTURO

Tomás Montalvo

En estos años, concretamente entre 2018 y 2025, se están cumpliendo cien años desde la época de mayor desarrollo de la historia de Cercedilla. El concepto de «desarrollo» inspira hoy consideraciones contrapuestas, pero de lo que no cabe duda es de que la aparición del veraneo, tanto de recreo como por motivos de salud, provocó una serie de cambios que Cercedilla supo aprovechar. La llegada del tren, en 1888, fue el punto de partida de esa transformación.

En 1918 el Ayuntamiento publica un bando en el que solicita que se lleven a cabo cambios significativos en la vida cotidiana de la gente para hacer más cómoda la experiencia del veraneante; es decir, en ese momento ya existe la conciencia de que el turismo es una oportunidad para el desarrollo local. Y también en 1918 se procede a llevar a las casas del pueblo el

agua corriente, para lo que se conforma la sociedad El Helecharón, a la que contribuyen vecinos y veraneantes con pequeñas cuotas que les darán después derecho a tener agua gratis en sus viviendas.

En 1919 empieza la construcción del sanatorio de La Fuenfría, una iniciativa privada que apoya el Ayuntamiento de la localidad. Y ese mismo año se conceden los terrenos para la construcción del ferrocarril al Puerto de Navacerrada, y empiezan las obras.

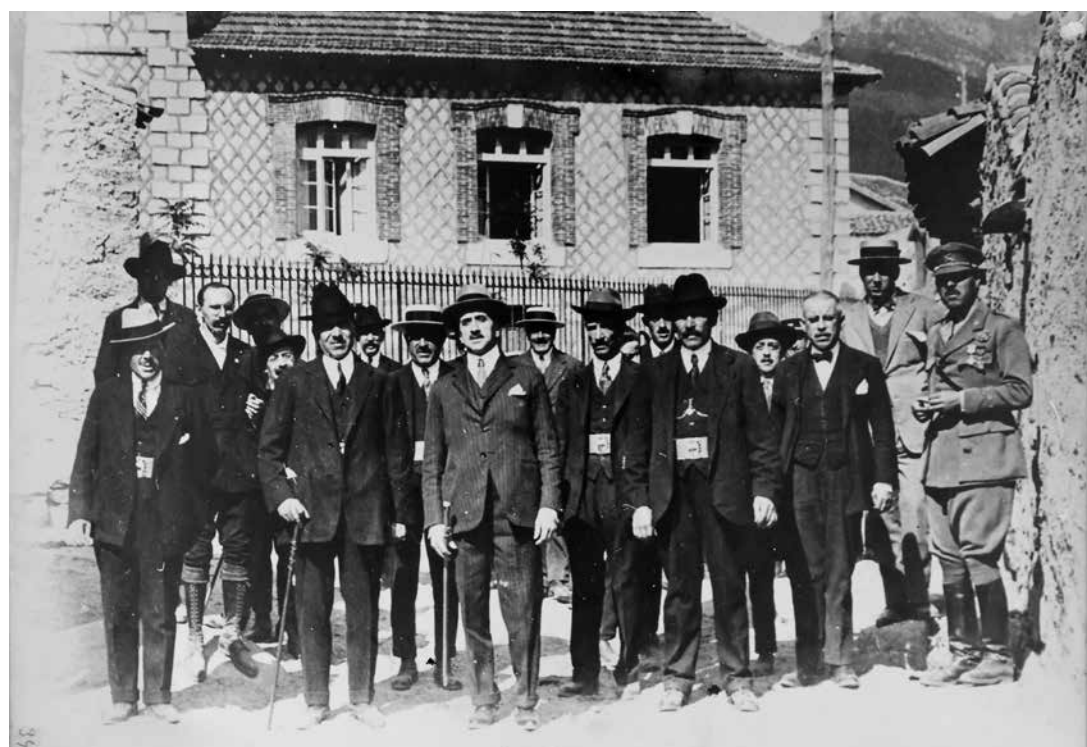
En 1920 se constituye la sociedad El Progreso, con el fin de construir una plaza de toros fija y con un funcionamiento basado también en la participación de vecinos y veraneantes.

El 12 de julio de 1923 los reyes inauguran el ferrocarril eléctrico al Puerto. Y dos

años después se construyen la Escuela de Niñas (hoy Club de Mayores), el Matadero Municipal (hoy centro cultural Luis Rosales) y la Fábrica de la Luz (hoy museo). Ese mismo año de 1925 se le concede al Ayuntamiento el tratamiento de Excelentísimo.

Hasta aquí el recuento de los principales cambios que experimentó Cercedilla hace cien años. Los traigo hoy a colación no por el puro deleite nostálgico de echar la vista atrás, sino con el objetivo de extraer del pasado algún aprendizaje útil para nuestro futuro. Creo que ha llegado el momento de volver a tomar algunas decisiones importantes. El análisis de la situación quizá no resulte tan fácil de hacer como el que llevaron a cabo nuestros abuelos, pero sin duda las circunstancias están pidiendo a gritos que nos pongamos a pensar en qué tipo de pueblo es el que queremos. Hay problemas en Cercedilla que no pueden seguir sin solución. Y a pesar de todo, este sigue siendo el lugar de recreo elegido por muchos: estudiar el abanico de motivos de nuestros visitantes tal vez sea un buen primer paso para generar un plan al que orientar todos los esfuerzos, un plan que dé solución a las necesidades y que nos sirva para construir juntos un pueblo con futuro.

Esta tarea, la de definir el tipo de pueblo que queremos, ha de ser afrontada con la mayor participación posible, igual que hace cien años. Por eso me preocupa tanto constatar que la participación está dormida. ¡Despertad, vecinos, por favor, antes de que sea demasiado tarde!



Miembros de la corporación municipal y comitiva de personalidades durante la inauguración de la Escuela de Niñas (detrás) en 1925 (fotografía procedente del archivo particular de Mercedes Gómez Serrano e hijos)

EL MONSTRUO DE LAS GALLETAS

Jorge Jimeno

Los niños son maravillosos. Sobre todo los que apenas se mueven, no gritan y desde luego no lloran. Esos que casi no te enteras de que existen. A los demás no los soporto. En general intento acercarme a ellos lo menos posible, pero no siempre se consigue. Hoy el destino me la ha jugado y aún me tiemblan las piernas.

Todo comenzó ayer en la plaza Nueva.

Elisa estaba sentada en un banco y su hijo jugaba en eso que creo que llaman «parque infantil». Debía de estar aburrida porque cuando me vio salir del parking comenzó a gritar mi nombre y vino a mi encuentro. Qué contrariedad, no me quedó más remedio que hablar con ella.

—¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás? —dijo con demasiada energía.

—Bien, no subo mucho al pueblo. ¿Y tú qué tal?

—Bien, aquí con Mateo... Mírale, es ese de la sudadera amarilla que está subido a la red con esos otros dos. ¿Le reconoces? Ha crecido un montón...

—Ajá.

Yo habría terminado ahí la conversación. Pero Elisa se empeñó en seguir.

—Justo me estaba acordando de ti el otro día y me preguntaba cómo te iría en tu casa nueva.

—Llevo viviendo allí cuatro años.

—Sí, por eso, es que hace tanto que no hablamos... Me acuerdo de que me contaste que estabas muy contento con el jardín, las vistas... Me dijiste que un día ibas a invitarme para que la conociera, pero ya ves, hasta hoy.

—Había dicho yo eso? Debía de estar confundándome con otro, pero continué con el típico ofrecimiento de cortesía que esperaba diera paso a otros cuatro años de silencio.

—Pues cuando quieras.

—Merendamos mañana, ¿puedes?

—Sí, claro.

Me había pillado a traición. Soy buenísimo con las excusas, pero no estaba preparado para esa auto invitación a quemarropa.

—Cuando Mateo salga de la escuela vamos para allá. Yo calculo que a eso de las cinco. Sé dónde está, no hace falta que me mandes la ubicación.

—Estupendo. Me voy que tengo prisa. Mañana nos vemos.

Mierda.

Bueno, Jimeno, no te preocupes, mañana te inventas algo...

Pero el resto del día me quedé pensativo. No podía dejar de reprocharme mi falta de reflejos. También me preguntaba por qué Elisa tenía tanto interés en venir a mi casa. ¿Estaba ligando conmigo? Me miré en el espejo y se me dibujó una sonrisilla en la boca, pero entonces me acordé del niño y creo que me pareció ver brotar alguna cana.

Al día siguiente casi me había olvidado de lo sucedido. O al menos pude olvidarme por completo a ratos, mientras esperaba el momento adecuado para ponerle un whatsapp y decirle que me había surgido una reunión, imposible quedar. A eso de las tres de la tarde, decidí que era el momento.

Mierda, no tengo su teléfono, me dije, y justo en ese momento empecé a sentir un dolor agudo en el pecho.

¿Qué me estaba pasando últimamente? Esta torpeza sí que era imperdonable. ¿Cómo no había comprobado si tenía su número? Seguramente lo había borrado en alguna limpieza de memoria. O igual nunca había llegado a tenerlo, yo qué sé.

Jimeno, piensa... ¿Irme de casa? ¿Quemar la casa? ¿Quemar el pueblo?

Me llevó un buen rato recuperar la calma. Valoré las consecuencias que podría tener ir adelante con la invitación. Sería horrible en cualquier caso, pero no tenía por qué durar más de una

hora, siempre que me comportara con la frialdad que siempre le había mostrado a Elisa. Podía hacerlo, sobre todo si el niño se entretenía con sus cosas de niño y no se me acercaba mucho. Que hiciera los deberes... ¿Le pondrían deberes en la escuela? Dicen que en esos sitios no hay disciplina, que invitan a las criaturas a desarrollar la bestia que llevan dentro.

Me encaminé abrumado a mi escuela despensa.

¿Qué tomará esta gente? Seguro que el niño trae su propia merienda. Sí, fijo, del mocosito no tengo por qué preocuparme.

¿Y Elisa? Seguro que es más de té que de café...

En algún sitio había alguna bolsita de esas que uso cuando algo se me indigesta.

¿Y de comer?

Mira por dónde, tenía la combinación perfecta: galletas de chocolate marca blanca y una caja vacía de unas *cookies eco-gourmet* donde iban a quedar de maravilla.

Me felicité por haber guardado la caja, un regalo de mi madre de hacía dos Navidades. Yo nunca gastaría más dinero en unas galletas que saben igual que las normales. Apenas conocía a Elisa, pero intuía que a ella el rollo *eco-gourmet* le iba a saber fenomenal.

Sonó el timbre.

Había preparado la mesa en el jardín. Hacía frío, pero allí había menos probabilidades de que se rompiera algo.

—¿No crees que hace mucho frío para merendar fuera? —dijo Elisa al tiempo que se abrazaba a sí misma.

—A mí me encanta esta temperatura. Además así podemos disfrutar del jardín. Miré al cielo: por favor que no se pusiera a llover... ni a nevar.

Elisa aceptó sentarse fuera, sin quitarse el abrigo.

—Igual Mateo sí que quiere estar dentro —dijo.

—Con lo bien que se está aquí. Además, esta mesa es más grande que la de dentro, así puede ponerse a hacer los deberes mientras nosotros tomamos... el té.

—En la escuelita no les ponen deberes. Me lo temía.

—Bueno, pues así puede correr por el jardín.

El niño me miraba raro.

—Mamá, ¿puedo coger una galleta?

—Espera, mi amor, voy a asegurarme.

Elisa cogió la caja y empezó a leer los ingredientes.

—Y eso, ¿por qué? —Empezaba a sentir cierta angustia.

—Es que es alérgico al aceite de palma.

—¿Alérgico?

—Sí, casi se muere. Porque le cogieron a tiempo que si no...

—¿Y seguro que es al aceite de palma?

—Los médicos no lo saben seguro todavía, pero tiene que ser eso. Hasta que le hagan las pruebas tenemos que ir con mucho cuidado, ¿verdad, Mateo?

Ahora era yo el que miraba raro al niño.

—Perfectas—dijo Elisa al terminar de leer la etiqueta—, estas galletas son excelentes. Yo a veces compro productos de esta marca, me parece de las mejores del mercado, aunque no habíamos probado las galletas, ¿verdad, Mateo? Es muy importante cuidar la alimentación, somos lo que comemos.

—¡¡¡Esperad un momento!!! —Mi angustia ya no era «cierta angustia», era una punzada atornillándoseme en el esternón.

—¿Por qué?

—Es que antes de empezar a merendar me gusta hacer un rito de agradecimiento a la tierra por los alimentos que vamos a tomar. Ahora vengo. No comáis nada aún.

Entré en la casa y busqué la verdadera caja en el cubo de la basura: 41 % de aceite de palma.

Mierda, mierda, mierda, dije entre dientes, golpeando la pared con el puño cerrado.

Volví al jardín vislumbrando solo a medias una posible estrategia.

—¿Y bien? ¿En qué consiste esa bendición? —me preguntó Elisa alegremente expectante.

—¿Eh? No, he estado dándole vueltas a lo del aceite de palma... ¿Y si la empresa miente en los ingredientes?

—Qué van a mentir, no pueden, se les caería el pelo. Además, ya les habría denunciado alguien. Y te digo que esta marca es muy buena.

—Qué suerte.

—Sí. ¿Bendecimos?

Se notaba que a Elisa le gustaba eso de la bendición... Me lo había imaginado.

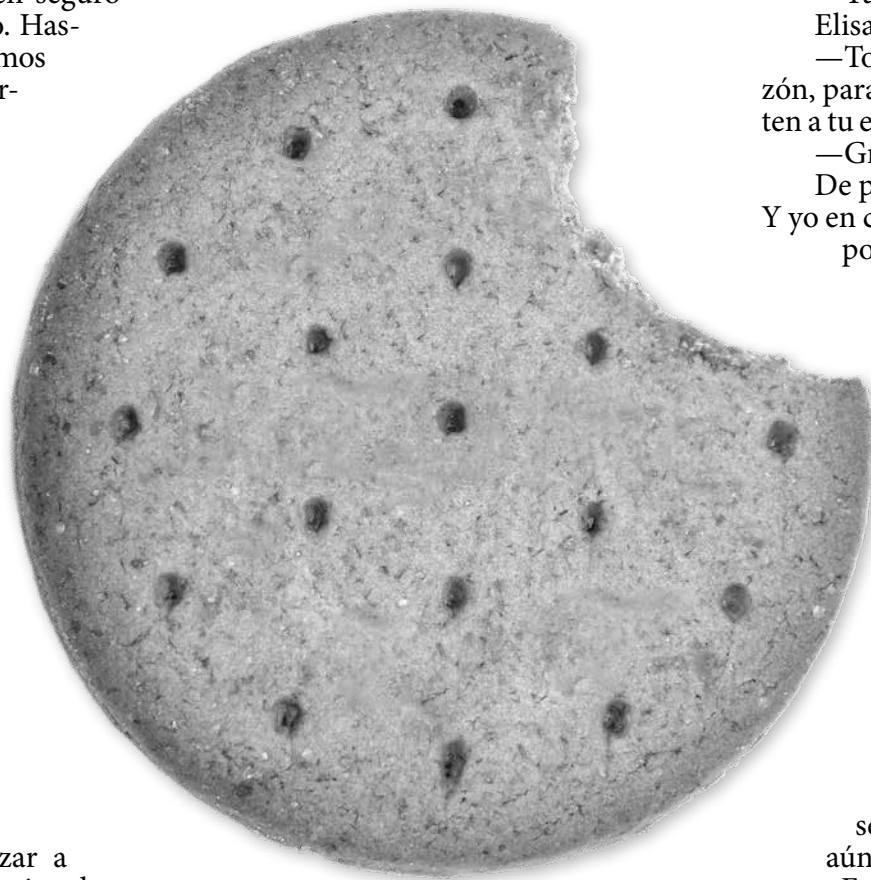
—Sí, claro.

Repetí cuatro tonterías que había visto en alguna película. El niño volvía a mirarme raro.

—Mamá, ¿puedo ya?

—Sí, mi amor.

El tiempo es relativo. A ojos de Elisa, Mateo cogió la galleta y se la metió en la boca en cinco segundos. En mi mente el niño tardó al menos un minuto en completar el gesto. Reprimí el impulso de detenerle unas mil veces. ¿Qué era más importante?, ¿la salud de un niño o mi propia imagen? Sin duda tomé la decisión correcta.



—Y si le da reacción, ¿dónde hay que llevarle? ¿Al centro de salud o al hospital de Villalba?

—No te preocupes, que no le va a pasar nada —rio Elisa.

—Por eso no tengo hijos, porque estaría siempre preocupado por su salud...

—Por eso y porque no tienes pareja. Porque no tienes, ¿verdad?

Sí, quería ligar conmigo.

—Por eso también, claro. No, no tengo.

El niño cogió otra galleta. Empecé a sudar.

—¿Están buenas, mi vida?

—Fiquífirmas —dijo el niño con la boca llena.

—Donde estén las cosas bien hechas... Yo no como por la dieta.

—¿Dieta? Si estás muy delgada.

—No —rio de nuevo—, no es por eso. Es por el gluten.

—¿Eres intolerante?

—Intolerante no, pero me siento mucho mejor si no como gluten. Todos deberíamos comer casi sin gluten.

El niño cogió una galleta más. Ya iban tres.

—¿Y el gluten del niño no lo controlas?

—Bueno, a su edad...

—Pues igual habría que controlarlo cuanto antes —dije a la vez que retiraba las galletas de su lado.

—Mamá, este señor es muy raro.

Elisa rio. Creo recordar que yo también.

—Mateo, mi vida, ¿cómo dices eso?

—Tú también lo dices en casa.

Elisa rio. Creo recordar que yo no.

—Toma, Mateo, tu madre tiene razón, para qué te vas a preocupar del gluten a tu edad. Coge todas las que quieras.

—Gracias. —Cogió otras dos.

De pronto notaba a Elisa incómoda. Y yo en cambio empezaba a sentirme un poco mejor.

—Lo siento, ya sabes cómo son los niños, escuchan algo fuera de contexto y luego lo repiten y la hacen a una sentirse mal, pero yo no pienso eso.

—No te preocupes, ya se sabe cómo son los niños...

—Desde el brote por el aceite de palma lo está pasando mal.

Miré a Mateo, que seguía comiendo galletas. Había perdido ya la cuenta.

—Los médicos dicen que seguramente la próxima vez será aún peor.

Empecé a sudar de nuevo.

—Y cuando le dio la otra vez, ¿cuánto tiempo pasó desde que se comió las galletas hasta que empezaron los síntomas?

—Media hora o así. Menudo susto. Miré el reloj.

—¿Por qué?

—No, por nada, por ver.

—¿Por ver qué?

—Nada.

Silencio.

—¿Y cómo se lo notaste?

—Se le empezó a hinchar el cuello y apenas podía respirar.

—Bueno, eso está bien, es muy visible.

—¿Por qué?

—No, por nada, por ver.

—¿Por ver qué?

—Nada.

Silencio.

El niño ya había dejado de comer galletas y volvía a mirarme raro.

QUÉ CUENTO TIENES, JIMENO

Todos estábamos incómodos. Elisa intentó sacar algún tema de conversación. Yo intenté seguirla, sin éxito. Estaba demasiado concentrado en mirar el cuello del niño. Si le daba el brote había que actuar rápido... Igual me reducían la condena por actitud colaboradora.

—Pues creo que nos vamos a ir yendo —dijo Elisa, imagino que harta ya de silencios incómodos.

Miré el reloj, aún faltaban quince minutos.

—No, aún no podéis ir.

Ahora fue Elisa quien me miró raro.

—¿Por qué?

—Porque Mateo aún no me ha contado cómo se lo pasa en la escolita.

—Mamá, este señor es muy eso que no se puede decir.

Elisa acarició la cabezota de su hijo.

—Cuéntale cómo te lo pasas en la escolita y nos vamos, que hace mucho frío.

—No quiero.

De alguna forma tenía yo que llenar el tiempo...

—Cómo son esas escolitas, ¿verdad? Cómo ayudan a que los niños se expresen con libertad. No como cuando nosotros éramos pequeños, que si venía un señor raro y nos preguntaba algo le contestábamos aunque no tuviéramos ganas. Podíamos estar hablando al menos quince minutos cuando alguien nos hacía preguntas raras. Estos niños de ahora aprenden a expresarse de verdad.

No como nosotros. Por eso lo de las intolerancias. Las expresan todas, hasta las más ridículas. Nosotros no nos atrevíamos. ¿Alergia al aceite de palma? Vamos, mi madre te daba un sopapo que se te quitaban las ganas de expresarte.

Podía seguir por ese camino un buen rato, pero Elisa me interrumpió. Algo parecía no haberle gustado nada.

—¿Tienes algún problema con la escolita de mi hijo?

—¿Yo? No.

—Pues me lo parece, la verdad.

—¡Qué va! Si yo tuviera un hijo lo llevaría a una escolita de esas sin duda ninguna. Y nunca le daría aceite de palma, por si acaso.

—¿Tú te estás cachondeando de mí?

—¿Yo? No.

—¿Y de mi hijo?

—Por favor, si me encanta tu hijo. Menudo chaval más majete, qué forma más madura de expresarse. Si algún día necesitas salir y no sabes con quién dejarlo, no dudes en llamarme.

—¡Nooo! —se alarmó el pequeño troglodita.

—Tranquilo, mi amor, eso no va a ocurrir.

Miré el reloj. Aún quedaban diez minutos.

—Nos vamos —dijo Elisa cogiendo al niño de la mano.

—¿Así sin más?

—¿Sin más qué?

—Sin una foto de recuerdo aunque sea. Que luego pasarán cuatro años sin que nos volvamos a ver. Así al menos tenemos una foto para mirarla de vez en cuando.

Sí, Jimeno, buena idea. En el tejemaneje de hacer la foto podían pasar diez minutos sin problema.

Elisa dudó, pero al final accedió.

—Uy, en esta no has salido bien. Espera que repito.

Entre *selfie* y *selfie* aprovechaba para comprobar en la pantalla del teléfono que el cuello del niño seguía de su tamaño habitual.

—Ay, no, con flash no.

Para desesperación de madre e hijo, conseguí entretenerlos hasta que se cumplió la media hora desde la primera ingesta. Miré al cuello del niño ya sin ningún disimulo para asegurarme de que no había ninguna señal.

—Bueno, pues ya os podéis ir.

Al llegar a la puerta Elisa se dio media vuelta:

—Jimeno, eres muy raro.

Dudé unos segundos. Estuve a punto de abrir la boca y darle la buena noticia que podría haber hecho la vida de su hijo un poco más sencilla. Pero ¿para qué adelantarme? Seguro que pronto lo descubrirían también en la escolita.



EL MONTALVO

LÁGRIMAS ROJAS

Cecilia Ledesma

Cuenta la leyenda que en la orilla del Paraná vivía una india de nombre Anahí que en los atardeceres deleitaba a la gente de su tribu con canciones inspiradas en sus dioses y en el amor a su tierra. Cuando llegaron los conquistadores y arrasaron con todo y arrebataron los ídolos y la libertad al pueblo guaraní, Anahí fue hecha cautiva y se pasaba los días llorando y las noches en vela. Hasta que una madrugada el sueño venció al centinela y la india Anahí logró escapar. Corrió hacia la selva. Y desde la espesura pudo oír los gritos del centinela, que despertaron a sus compañeros. Un grupo de hombres armados se lanzó a perseguirla como si de una cacería se tratase. Consiguieron atraparla. La ataron a un hermoso árbol que era un árbol sin nombre en la lengua de los captores, y le prendieron fuego. Pero al subir las llamas por el tronco, en lugar de arder y consumirse, el cuerpo de ella se fundió con el cuerpo del árbol, más verde y más hermoso entonces, inasequible a las llamas. De

las lágrimas de Anahí brotaron flores de sangre.

El ceibo florece en octubre y las alas de sus pétalos parecen pequeños dedales rojos.

El cuerpo de una mujer envuelto en llamas, para asombro de todos, se convierte en fulgor vegetal eternamente vivo y circular, tanto en la luz como en la noche, conectado con la tierra en sus raíces y con el cielo en sus hojas. Razón e intuición, cerebro y cuerpo, la mujer-árbol contempla el mundo y acepta sus cambios y lo magnetiza.

Ya no hay marcha atrás, el momento exacto es justo donde se está. La transformación ha ocurrido y el Montalvo ahora es teatro y es cine, por supuesto, pero también es cultura audiovisual, música, danza, circo, poesía, moda, gastronomía. Florecen las artes en el espacio refundado, con nuevos vínculos, con raíces más hondas y amparadas de micelio.



Cecilia Ledesma
(fotografía de Daniel Medina)

A la izquierda, imagen del logotipo de
Montalvo Audiovisual
(ilustración de Lucas Fernández)



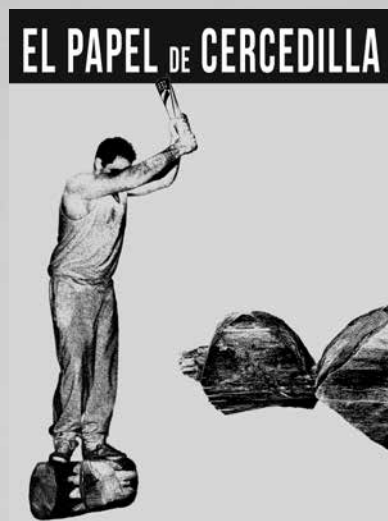
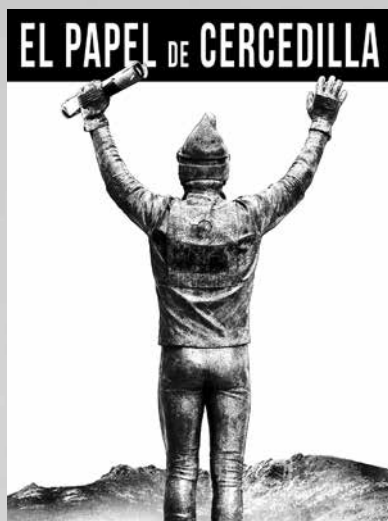
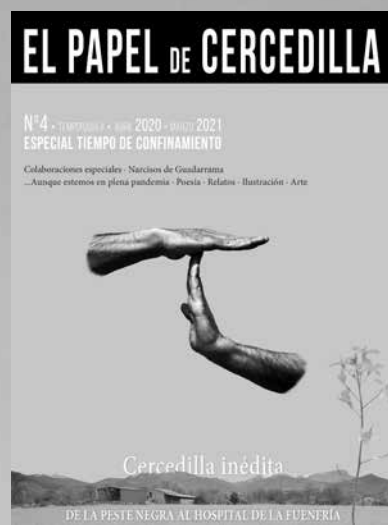
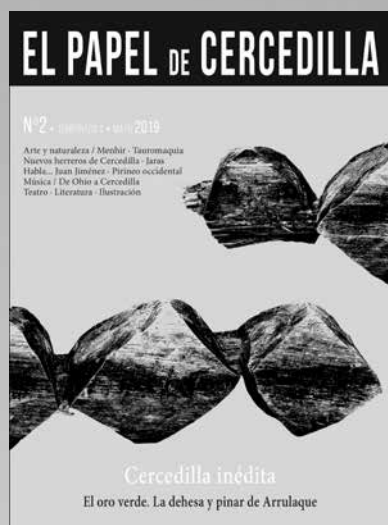
EL PAPEL DE CERCEDILLA

Los números anteriores de la revista y otras publicaciones de la Fundación Cultural de Cercedilla pueden conseguirse en los establecimientos colaboradores del pueblo o a través del correo electrónico de la Fundación que figura en la última página. Adquiriéndolos contribuyes a continuar con el proyecto.

Al norte, Cercedilla posee su paisaje más emblemático: la silueta caligráfica de Siete Picos es la firma de la región. Pero al este y al oeste se prolonga la sierra —la cuerda de las Cabrillas, la Maliciosa, el Montón de Trigo, Peña Aguila, la Peñota—, en un único paisaje continuo y hermoso

El valle de Cercedilla. Geología y paisaje de Eduardo Acaso,
publicado por la Fundación Cultural de Cercedilla





te Picos (cumbre)

Alto de Guarramillas (Bola del Mundo)

Maliciosa

Pto. de Navacerrada

Cuerda de las Cabrillas

HUECO DE SIETE PICOS
(RIO PRADILLO)

VALLE DE NAVALMEDIO
(REAJO DEL PUERTO)

POESÍA

Rosana Aquaroni

VI LA CIERVA QUE EL BOSQUE
me puso en el camino.

Sus ojos
eran huesos de níspero brillando bajo el agua.
Habló mientras la nieve se llenaba de pájaros.

Hay que vivirlo todo

Y en su hocico de musgo temblaba un avispero.

Sobre el tapiz de luz
como un encaje dentro de la sangre
giraban las esporas
que dejan en el aire los helechos.

Después
suspendido ya el tiempo
atrapada en el ámbar del instante
levantó la cabeza
—su cuerpo moteado
sus cuatro extremidades—.

Desde entonces,
no digo la verdad.

Cada mañana vuelvo
al camino del Agua por ver si ella regresa.

En las horas de insomnio
siento su lengua que arde como un alga en la cara.

Ya me vence el cansancio.

Pero si ella regresa,
si la cierva viniera de nuevo a mis oídos
yo le pondría fin
a estas palabras.

CARTAS DEL LECTOR

Invitamos al lector a remitirnos sus críticas enfurecidas, sus propuestas geniales, sus cuchilladas y hasta sus elogios si se tercia. Le invitamos a convertirse en autor para poder a nuestra vez criticarlo sin piedad. Hemos tomado la palabra, pero no queremos apropiarnos del discurso. No os quedéis callados, por favor.

fundacionculturalcercedilla@gmail.com

Apartado de correos n.º 13 28470 Cercedilla - Madrid

EN LA WEB



Página web de la revista:

elpapeldecercedilla.com

Página web de la Fundación Cultural:

fundacionculturaldecercedilla.org

Bosque otoñal de pino silvestre y rebollo en el Hueco de Siete Picos (fotografía de Daniel G. Pelillo)



EL PAPEL DE CERCEDILLA

